

EDUCACION

Año III

OCTUBRE

1943

S U M A R I O

EDITORIAL

DISCURSO DEL CAUDILLO EN EL ACTO INAUGURAL
DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

DISCURSO DEL EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN
NACIONAL, D. JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN

COLABORACION:

Pío Zabala: *Jornada memorable.*—Marqués de Lozoya: *La Ciudad Universitaria, recinto de Arte.* Ramón Ferreiro: *Dos Escuelas Especiales en la Ciudad Universitaria.*—Manuel Aznar: *La Guerra d' España en la Ciudad Universitaria.*—Modesto López Otero: *La Arquitectura de la Ciudad Universitaria.*—Fray Justo Pérez de Urbel: *La Religión en nuestra Universidad.*—José Moscardó: *El espíritu deportivo de las juventudes en la nueva Universidad.*—Fernando Enríquez de Salamanca: *La Cátedra de Universidad.*—Carlos Sánchez Peguero: *Los problemas económicos de la Ciudad Universitaria de Madrid.*—Carlos M.^o R. de Valcárcel: *Los estudiantes españoles ante la Ley de Ordenación de la Universidad.*—P. Félix García: *Colegios Mayores.*—Ciriaco Pérez Bustamante: *La Universidad Española en América.*

ASTERISCOS.—*Crónica de la inauguración de la Ciudad Universitaria.*—*La Universidad Española concede la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al Sr. Ibáñez Martín.*

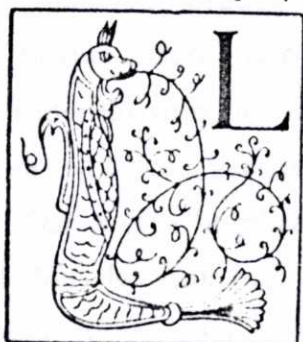
CUADRO DE
COLABORADORES DE LA

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

Cayetano ALCAZAR. — Dámaso ALONSO. — Carlos ALONSO DEL REAL. — Sabino ALVAREZ-GENDIN. — Fernando ALVAREZ DE SOTOMAYOR. — Claro ALLUE SALVADOR. — Luis ARAUJO COSTA. — Celso AREVALO. — Paz de BORRON. — Juan BOSCH MARIN. — Giuseppe BOTTAI. — Eloy BULLON. — Angel CARRILLO DE ALBORNOZ, S. J. — Eduardo CARVAJAL. — Arturo M.^o CAYUELA, S. J. — Carlos CLAVERIA. — Carlos CONSIGLIO. — José M.^o de COSSIO. — Adelardo COVARSI. — Eugenio CUELLO CALON. — Sancho DAVILA. — Eugenio D'ORS. — Eleuterio ELORDUY, S. J. — Fernando ENRIQUEZ DE SALAMANCA. — Joaquín ENTRAMBASAGUAS. — Pío ESCUDERO. — Concha ESPINA. — Joaquín ESPINOSA. — José FORNS. — José FRANCÉS. — Mercedes GAIBROIS DE BALLESTEROS. — Pascual GALINDO. — Juan GARRIDO LESTACHE. — Nicolás GONZALEZ RUIZ. — Julio F. GUILLEN. — José IBANEZ MARTIN. — Eduardo IBARRA. — Alfonso INIESTA. — Francisco IÑIGUEZ. — Carlos JIMENEZ DIAZ. — Pedro LAIN ENTRALGO. — Modesto LOPEZ OTERO. — Manuel LORA TAMAYO. — Marqués de LOZOYA. — Rafael de LUIS DIAZ. — Antonio MAGARIÑOS. — José MALLART. — Alfredo MARQUERIE. — Condesa de MAYALDE. — Ramón MENENDEZ PIDAL. — Eloy Montero. — General MOSCARDO. — Pedro MUGURUZA. — Rafael NARBONA. — Luis ORTIZ MUÑOZ. — José M.^o PABON Y SUAREZ DE URBINA. — Ciriaco PEREZ BUSTAMANTE. — Fray Justo PEREZ DE URBEL. — Guillermo PETERSEN. — Pilar PRIMO DE RIVERA. — Lorenzo RIBER. — Martín de RIQUER. — Blanca de los RIOS. — Tomás ROMOJARO. — Félix ROS. — Carlos RUIZ DEL CASTILLO. — Regino SAINZ DE LA MAZA. — Manuel SANCHEZ CAMARGO. — Francisco Javier SANCHEZ CANTON. — Carlos SANCHEZ PEGUERO. — Angel SANTOS RUIZ. — Antonio TOVAR. — Joaquín TURINA. — A. VALLEJO NAJERA

DIRECTOR: Pedro ROCAMORA

EDITORIAL



LA Ciudad Universitaria—reconstruída por el celo y la fe del Caudillo—ha abierto sus puertas al estudio y al trabajo de una disciplinada y fervorosa juventud.

En la fecha conmemorativa de la Hispanidad, Franco ha querido que las líneas de una nueva arquitectura respondan, en el plano físico, al nuevo estilo que la Ley de Ordenación Universitaria había inaugurado para la Universidad española en el ámbito de lo espiritual.

Una doble empresa se ha realizado así paralelamente: No sólo se ha dado un sentido inédito y distinto a la vieja Universidad, sino que hasta a sus piedras se ha querido llevar ese hálito de juvenil remozamiento.

En una fase esperanzadora ha entrado nuestra vida universitaria.

La empresa espiritual de España tiene ya cauce por donde fluir. Este lo suministra, mejor que nada, la Universidad.

Todo afán de renovación histórica tiene siempre una se-

creta concomitancia con el mundo de lo universitario. Se piensa que la Universidad presta al hombre una visión intelectualizada de su Patria. No sienten la Historia de ésta, en efecto, lo mismo el campesino que el Licenciado. Lo que para aquél es un puro agnosticismo, tiene para éste una significación trascendente. El primero, forma de la vida que le rodea una concepción fenoménica y relativa. La Patria es lo que ven sus ojos—acostumbrados a no deslindar inéditos horizontes—; la tierra que pisan sus pies; el confín estrecho en el que resume su sedentarismo de hombre adscrito, inevitablemente, a la tiranía—g'loriosa y cruel—de la gleba.

Dar a este hombre una impronta política es tarea elemental. Mas los que han realizado esta misión entre nosotros, no lo han hecho casi nunca con limpia finalidad. De la Universidad—o de su contorno—vinieron casi siempre los que pretendían sacudir ese mundo arremansado y bucólico de la aldea española. Ellos no eran agnósticos. Habían intelectualizado la Historia y pretendían darla en cada caso un rumbo distinto con fórmulas salvadoras que aireaban como tremolantes banderas, por los campos de España, ante el asombro atónito de la multitud.

La Universidad así, no se ocupó de conocer a España. Quiso definirla. Y, sin comprenderla, la dirigió con la audacia de un marinero rebelde que arrebatase las cartas de ruta a su capitán. Los nombres de aquellos que desde la Universidad pasaron a proclamar en las columnas de los periódicos, en las tribunas parlamentarias, el "finis Hispaniae", como solemne profecía irrefutable, confirman la justicia de nuestra afirmación.

Aquellos hombres habían formado a su estilo, y conforme a su ideología, a toda la serie de generaciones que España ciegamente les confiara.

Pero aquéllos no eran la Universidad. La Universidad es esta realidad actual y viva de hoy.

Aquí, en este paisaje heroico de lo que fué "frente de Madrid", se alza ya una Universidad, que si es nueva en sus piedras, proclama a voces su voluntad de serlo, ante todo, de espíritu.

De ahora en adelante, ya no saldrán de sus aulas más que hombres que hayan aprendido para siempre la suprema lección de que la ciencia es nada cuando no lleva a la Verdad y al Bien.

EL CAUDILLO DE ESPAÑA—ESTIMU-
O E IMPULSO DE LA CULTURA
ACIONAL—, A QUIEN LA UNIVER-
SIDAD ESPAÑOLA DEBE EL RENAI-
SAMIENTO PRODIGIOSO DE SU ES-
PÍRITU Y DE SU ARQUITECTURA



DISCURSO DEL CAUDILLO

En el acto de inauguración de la Ciudad Universitaria y apertura del curso académico 1943-1944, el Caudillo pronunció el siguiente trascendental discurso:

Profesores y alumnos universitarios:

Hace ya cerca de cinco años, desde que el último clarín anunció el final de nuestras batallas y desde que ondearon sobre nuestros campos y ciudades las banderas victoriosas de la paz, que vivimos día a día una vida penosa y dura, consagrada por entero a la empresa generosa de reconstruir una Patria en ruinas, restableciendo su estructura nacional, revalorando sus perfiles históricos, encajándola de nuevo en la senda de su substancia milenaria y superando a la vez, sin reparar en la lejanía de la meta ni en la inquietud de los incesantes obstáculos, la situación material y moral en que estaba sumido nuestro pueblo, cuando alboreó el comienzo de nuestra Cruzada.

Para los que con insensatez o inconsciencia creían que el triunfo de la guerra abriría una etapa paradisíaca y frívola, propicia para la holganza y ajena a toda abnegación y sacrificio, la realidad aplastante de este ejemplo de esfuerzo sin tregua, debe servir de lección. Porque nunca, en ninguno de los momentos políticos de nuestra última centuria, ha tenido que afrontar Gobierno alguno más abrumadora multitud de problemas nacionales; nunca se ha visto cercada la actividad gubernamental de dificultades mayores; nunca ha sido preciso laborar desde las alturas del Poder con más intensidad y denuedo y con más firme serenidad y corazón.

Para los descontentos, para los impacientes, para los incomprensivos, que ni antes ni ahora supieron medir la angustia de los instantes de peligro ni apreciar la magnitud de los problemas en orden a los recursos de su escalonada solución, actos como el

que hoy presenciamos, habrán de ser también altamente aleccionadores. Porque nunca tampoco se acometió a la vez con mayor diligencia la realización de un más amplio programa de política nacional, en el que era urgente restaurarlo todo y crearlo todo. La vida social y política, la agricultura y la industria, la Hacienda, los Ejércitos, el orden religioso y el orden de la cultura, todo demandaba a la par restauración, resurgimiento, norma y sistema.

Era razón que en esta gigantesca pugna de reconstrucción de la Patria se exigieran también sacrificios a todos los españoles. Sacrificios que han sido y son, por destino de la Providencia, mínimos y fútiles si se comparan con los que la conflagración mundial ha impuesto a todos los pueblos. Porque en esta hora suprema de zozobra universal, España puede considerarse, entre todas las naciones de Europa, por haber sabido conservar el tesoro de la paz, como el refugio sereno de la civilización y hasta de la tranquilidad de la vida, segura de inquietudes y amenazas.

En este ambiente de paz ha sido posible que nuestro Estado se entregara con entusiasmo a la tarea de aumentar la riqueza española, de mejorar el nivel de nuestra vida, de sanear y robustecer la economía, de dignificar el trabajo, cercenando, hora a hora, las asperezas de un casi inaccesible camino, donde anidaban todas las flaquezas humanas, las del descontento y la desesperanza, las de la incompreensión y el desprecio, cuando no las de la perfidia y la traición.

Todo este colosal esfuerzo no ha querido mantenerse en el estadio puro de un mejoramiento materialista. Funesto y suicida es levantar el nivel de la vida si ésta no se hace cristiana y digna, si no se le imprime una huella de reforma interior. Es ley de la Historia el predominio y supremacía del espíritu. Los pueblos no son mejores por un progreso material, ni éste se engendra por puro azar o fatalismo. El progreso requiere sólidas virtudes colectivas, cuya determinante radica en la conciencia individual. Un espíritu nacional no se impone como por arte de magia ni se crea sin una elaboración complicada y difícil, que nace en lo íntimo

de las almas y se cultiva en los corazones de la niñez y de la juventud.

Por eso, característica de nuestra Revolución, en consonancia con la más pura tradición española, es cimentar nuestro progreso en la raíz profunda de una vida del espíritu. España representa, sobre todo, la postura espiritual de un pueblo ante los problemas de la vida y de la Historia. Por eso, el Estado se ha sentido, hoy más que nunca, colaborador de la Iglesia en la restauración del orden cristiano y se ha propuesto, a la vez, apoyar su existencia presente y futura en la unidad espiritual de los españoles, lograda en el campo de la educación.

En este campo, en efecto, se sitúan hoy dos grandes anhelos de la política nacional. De una parte, la ardiente inquietud por la creación de una ciencia verdadera, sometida inexorablemente al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Patria; de otra, la preocupación porque una densa y auténtica cultura cristiana penetre en todos los ámbitos de la nación y nos dé la promesa de una juventud fuerte y unida para cumplir sin vacilación nuestro destino ante la Historia.

A acusar un paso en tan difícil senda, a demostrar que vive el espíritu de España en la hora en que se quiebran en el mundo todos los valores morales, hemos acudido aquí, a este solar ya ilustre, en que se abrazan simbólicamente las armas y las letras, las que labraron juntas las mejores grandezas de nuestra nación, y las que juntas serán el sostén y la esperanza de la Patria redimida.

I

Las armas crearon nuestra España de hoy. Por si ello pudiera olvidarse, aquí está la realidad inmortal de este campo de Marte, hoy trocado en palacios de Minerva. Todo es reciente, a pesar de la inmensa transformación. Aquí acampó nuestra cruzada victoriosa, aquí se tremolaron nuestras banderas, aquí se clavó con tenacidad la avanzada sitiadora y aquí se empapó la tierra con la

sangre generosa de nuestros caídos. Por entre estos edificios serpenteó la línea de combate y tronaron los cañones y estallaron las minas. Todo fué reducto firme de resistencia, inquebrantable amenaza, inverosímil espolón ahincado en la ciudad cercana. Aquí sucumbió la flor de la mejor juventud, inmolada en el más puro de los sacrificios. Diríase que ha sido prodigiosa su fecundidad. Ellos quedaron sepultados entre las ruinas, y hoy las ruinas han desaparecido para servir de cimiento a estos colosales edificios, que son ahora como monumentos votivos a la gloria de los muertos. Sobre el solar heroico que fué su tumba, España ha reconstruido este vasto recinto, consagrado a las letras, con lo que les tributa el mejor de los homenajes, con lo que se sienta la más esencial de sus afirmaciones espirituales. Ninguna Ciudad Universitaria del viejo continente puede enorgullecerse de tal ejecutoria, porque si esta Ciudad fué antes el anhelo de un reinado y la preocupación gloriosa de un monarca, es, desde ahora para siempre, memoria perenne de una juventud que salvó, con la muerte, a su Patria, y obra de un régimen vindicador del signo espiritual de la civilización y de la vida.

Por eso era indispensable emprender la restauración con la máxima diligencia y rapidez. Nuestro Estado, que aspira al mejor servicio de España, había de aceptar esta empresa con criterio de continuidad, tal como surgió en su primera y más bella iniciativa. Pero al reconstruirla totalmente, al volver a labrarla piedra por piedra, liberándola de su ruina, había de exaltarla y ampliarla en términos tales, que puede también sentir el orgullo de su creación y considerarla, en muchos aspectos, como obra nueva. Porque nuestra labor no ha sido sólo transformar en nuevos edificios el ingente montón de escombros en que vino a parar la Ciudad Universitaria en 1936, con el ritmo de agilidad característico del nuevo Estado; ha sido también el convertirla en realidad ineludible. Ha pasado ya el tiempo en que se la miraba como una esperanza o como una ilusión. Si ahora no se inaugura en su totalidad, el avance notable que revelan sus restantes construcciones y, sobre todo, la prontitud con que el Gobierno ha cubierto

íntegramente su presupuesto, prometen para brevísimo plazo la terminación completa de las obras.

Esta Ciudad significa, ante todo, un cambio profundo en la política universitaria del Estado. Su mínima aspiración material revela que se ha transformado el hogar donde han de formarse las generaciones juveniles. Al recorrer estas nuevas Facultades, dotadas de edificios amplios y luminosos, de instrumentos de trabajo y de estudio, de laboratorios, bibliotecas, seminarios, capillas y campos de deportes; al iniciar la serie de Colegios Mayores, al contemplar la magnificencia de los edificios destinados a las altas Escuelas Técnicas, se adquiere la convicción de que se ha tramutado el ambiente triste de abandono en que vivieron por espacio de muchos lustros, entre nosotros, los locales destinados a primeros Centros de cultura. Porque no se ha limitado tan sólo a esta Ciudad Universitaria de la capital la acción reformadora del régimen. En el momento presente, todas las Universidades de la nación están también transformando sus edificios con mejoras importantes, con nuevas construcciones, con instalaciones modernas, con amplitud de instrumentos de trabajo para lograr el mínimo de decoro exigible a la altura de su misión. Ello en proporción tal como nunca la alcanzaron nuestras Universidades en el último siglo, porque nunca tampoco laboró el Estado en materia universitaria con más firme ilusión reformadora y nunca logró en plazo tan breve resultados más satisfactorios. En todas las Universidades quedará marcada la huella reconstructiva del régimen, todas podrán señalar con piedra blanca este instante de la vida española en que nuestro Estado ha tenido la voluntad de cambiar su fisonomía y de dotarlas, en lo material, de cuanto es indispensable para el cumplimiento de su función.

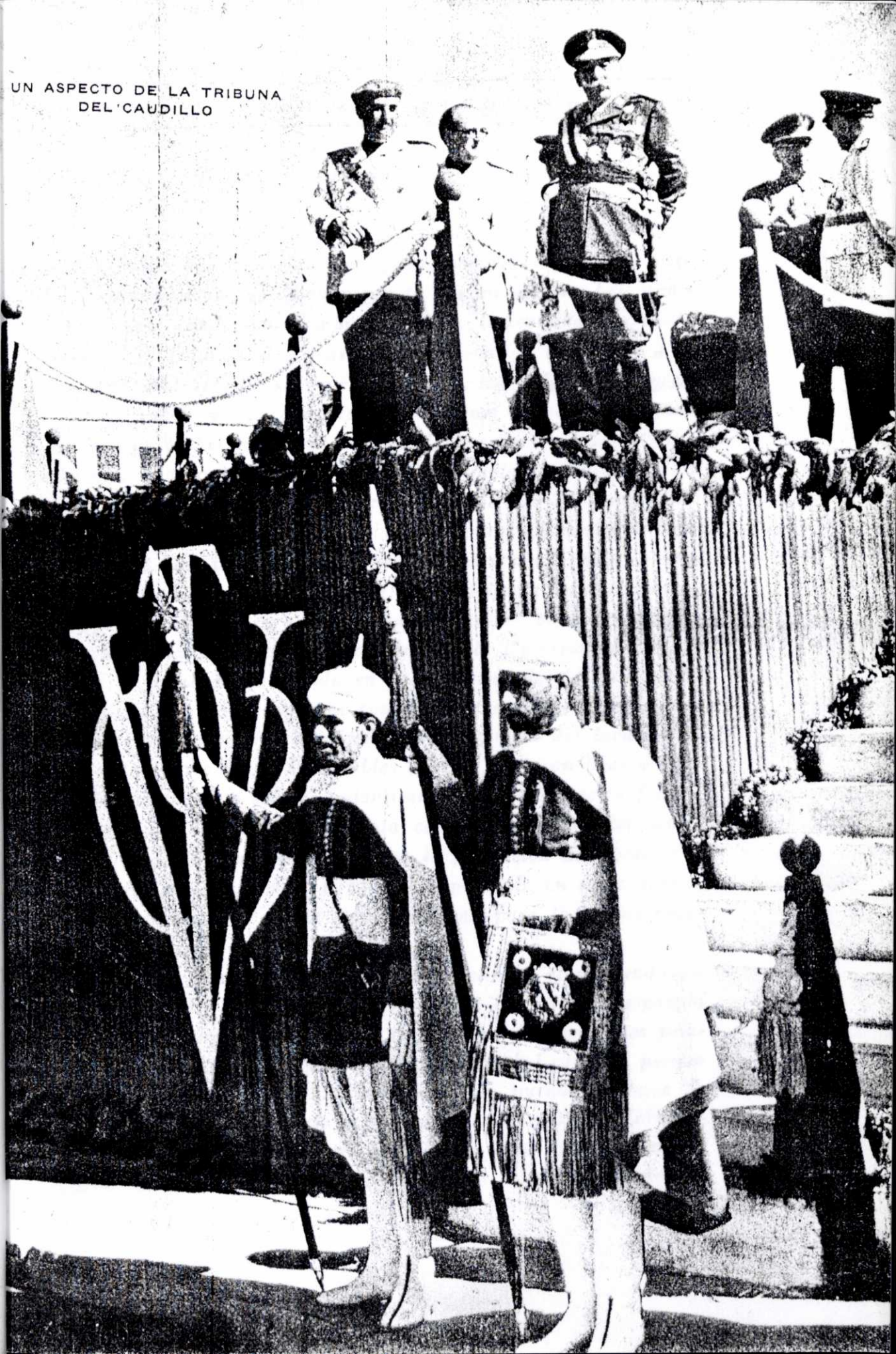
II

Pero la Universidad no es sólo un conjunto más o menos bello de edificios modernos, dotados de los medios didácticos y de los

instrumentos necesarios para el trabajo y el estudio. La Universidad es «alma máter». Y mal puede llenar esta augusta misión maternal de alumbrar hijos y alimentarlos espiritualmente para la Patria si no posee, ante todo, un claro concepto de su deber y un entusiasmo fervoroso para cumplirlo. Importaba a nuestro Estado no sólo mejorar y robustecer el cuerpo universitario, sino vivificar el alma, infundir un espíritu, crear un nuevo ser en el que encarnara el sentido cristiano de la vida y el concepto supremo del servicio a los destinos de nuestra Historia, que forman la entraña de nuestro Movimiento. Por eso, la primera Ley que elaboraron las Cortes Españolas ha sido la de Ordenación Universitaria, con la que se tiende a remediar la triste decadencia en que, por espacio de un siglo, ha vivido nuestra Universidad, consumida por la anemia espiritual que le privaba de ejercer la plenitud de sus funciones, tiranizada por la campante heterodoxia, que llegó incluso a fraguar en ella las más monstruosas negaciones del espíritu nacional.

La nueva Ley fecunda de contenido orgánico el concepto universitario, ampliando su enteco funcionalismo. Se robustece y garantiza, ante todo, la función docente, revalorando las Facultades, colocándolas en condiciones de rendir hasta el máximun en el empeño generoso de transmitir la cultura superior a las inteligencias juveniles. Nuestra nueva Universidad sabrá fundamentalmente enseñar, sin que esta sagrada tarea sea desviada por ningún otro propósito que le reste eficacia y prestancia. Este afán de devolver al «alma mater» el prestigio y la plenitud de la función docente, con todos los medios necesarios para concebirla como obra de vocación y apostolado, hubiera bastado para justificar una reforma universitaria. Pero nuestra Universidad ambiciona mucho más. En la hora presente de España ha de exigírsele el altísimo deber de crear ciencia por virtud del esfuerzo investigador, y ha de formar al profesional ensanchando así el marco estricto de la docencia. Lo uno y lo otro son imperativos de la vida social, porque el progreso de la ciencia aplicada es base de la eco-

UN ASPECTO DE LA TRIBUNA
DEL CAUDILLO



nomía, y el profesional útil es indispensable para el servicio de la sociedad y del Estado.

Estas funciones, acompañadas de la no menos trascendente de transmitir las creaciones científicas, por el intercambio interior e internacional, se coronan por la que en nuestra Ley significa la más fundamental innovación. La Universidad española recupera su tradicional y más fecunda tarea: la de educar a la juventud. A través de sus nuevos órganos, los Colegios Mayores, que son nuevos en su adaptación al sistema universitario, pero representan la herencia más preclara de nuestra historia docente, la Universidad garantizará a la Patria la unidad espiritual de los españoles del futuro. La triste experiencia de una institución entregada al libre arbitrio de doctrinas malsanas, ha mostrado bien claramente que, por encima del profesional y del técnico de una determinada rama científica, importaba en España formar al hombre. Y ello no sólo en sus facultades mentales, sino, de manera principalísima, en su con textura moral. A la Universidad cumple forjar al hombre equilibrado en la vida, dotado de un sentido cristiano capaz de comportarse como tal entre sus semejantes, sin que la soberbia científica le coloque por encima del bien y del mal, y le aparte de sus inexorables deberes para con Dios y para con la Patria. Este sentido auténticamente humano de la formación universitaria se complementa con la educación del sentimiento y de la conducta social, con la formación del carácter y con el cultivo de la fortaleza física para producir, en consecuencia, el hombre completo que la Patria reclama para todas sus necesidades vitales.

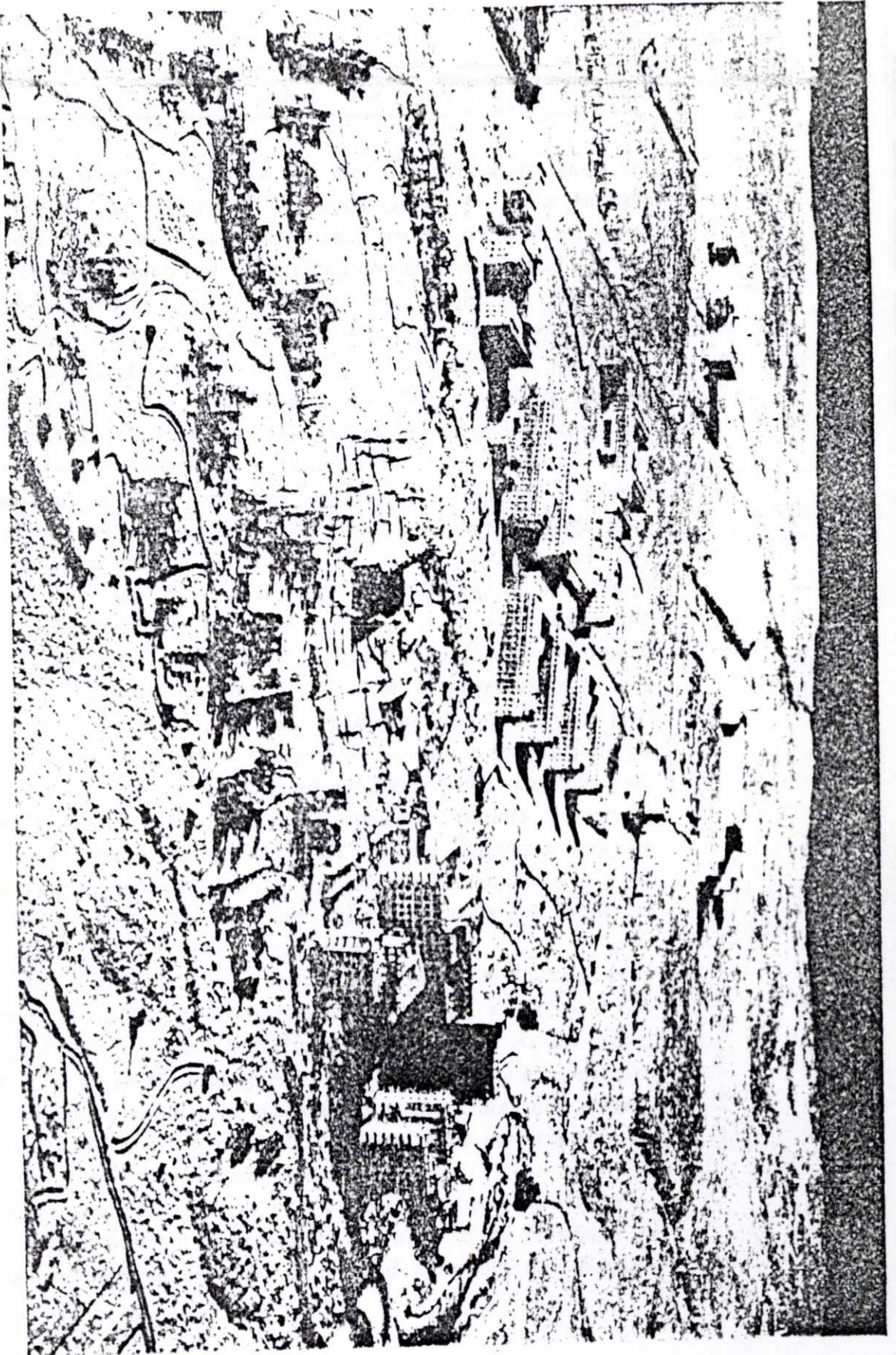
Bastarían estas características para delinear el profundo espíritu infundido por el Estado a la nueva Universidad española que con esta organización puede responder a los poderosos principios inspiradores: Dios y la Patria. Universidad católica, porque no hay ciencia ni enseñanza verdadera que pueda apartarse de quien es la suprema ciencia y la más soberana verdad. Universidad española, porque sin servir a la Patria como poderoso instrumento educador de sus hijos, su misión se falsea y se convierte

en centro subersivo, del que brotan, en lo ideológico y en lo moral, nefastas aberraciones del espíritu. Como la ciencia es una, una es también la verdad de España, y esta verdad constituye para los españoles un código sagrado, en el que hay que formar a las generaciones estudiosas, so pena de un delito de lesa Patria.

Con tales perspectivas en lo material y en lo espiritual, la nueva Universidad vislumbra una meta que nunca, ni en los mejores siglos imperiales, pudo alcanzar. Porque nosotros, con ambicioso entusiasmo, no miramos a la tradición como punto de llegada, y estimamos que el apogeo histórico de nuestra vieja vida universitaria es sólo un hito del camino, tras el que se descubre un más radiante horizonte de grandeza. Pero ese ideal depende ya tan sólo de nuestro esfuerzo, de nuestra fe en el futuro, de la actividad y diligencia incansable que pongamos al servicio de tal esperanza. La nueva Universidad española no será ni por los medios materiales, ni siquiera por el magnífico instrumento legal que diseña su renovado contorno y traza su restaurada y monumental arquitectura. Será, en suma, lo que ponga en ella el elemento humano que la integra, lo que imprima el espíritu de sus maestros y la voluntad laboriosa de sus escolares. Mas siempre habrá para la Historia un hecho incontrovertible. Que la España surgida de la más dura contienda de este siglo, abrió de par en par las puertas de la Universidad a las auras más puras de la restauración tradicional y al ambiente fecundo del mejor de los renacimientos modernos.

III

Junto a este gigantesco impulso de la vida universitaria, hay que colocar la otra magna tarea que el Estado, sin romper la vinculación con la Universidad, ha emprendido para asegurar un total resurgimiento de la ciencia española. Contra los protagonistas pseudo-científicos de la heterodoxia hispana, máximos responsables de la catástrofe ideológica y moral de que hubo que redimir con las armas a nuestro pueblo, España reafirmó su fe en



Maqueta de la Ciudad Universitaria, en la que se reproduce la destrucción ocasionada por la guerra

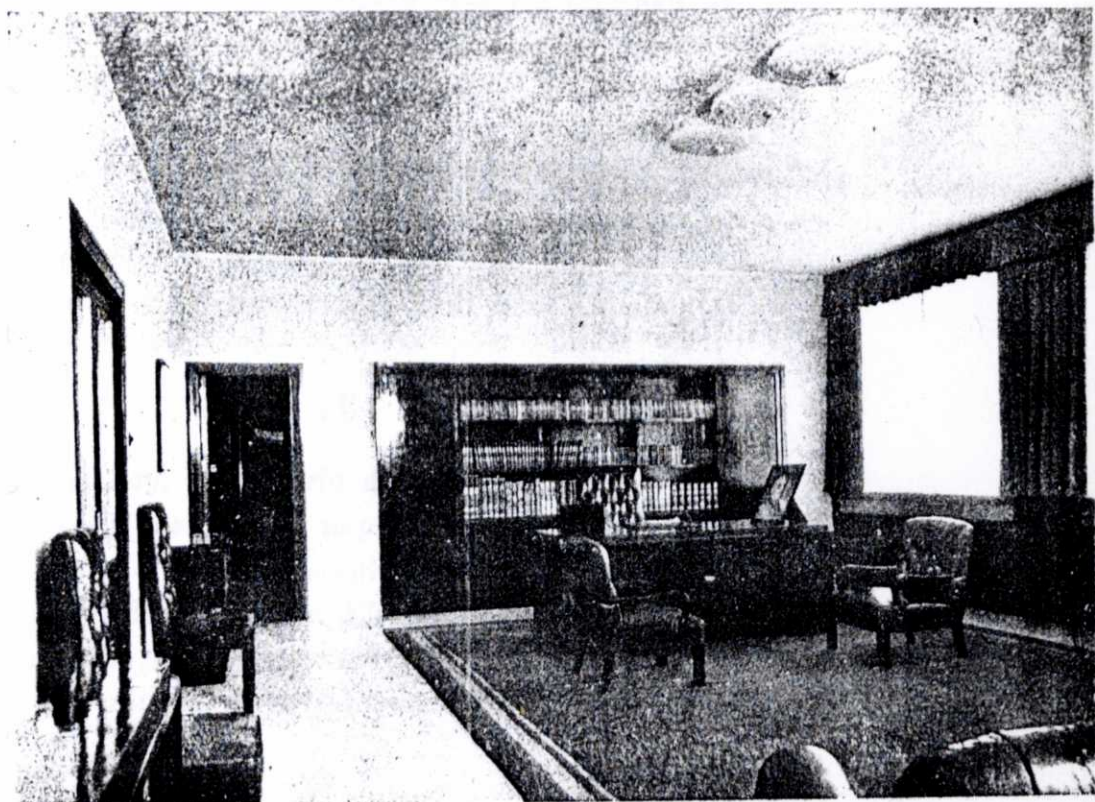
el prestigio histórico de su tradición científica, incontaminada del europeísmo de importación. Y, apoyada en esa fe, ha acometido la empresa de suscitar un renacimiento, en el que nuestra ciencia aparece en la plenitud de sus cualidades universales, esto es, como ciencia para la Verdad y para el Bien, concebida como unidad filosófica, encaminada a Dios, y dirigida a la realización del progreso. Ese tesoro inmutable de nuestra tradición científica, al resurgir, engranado a la España moderna, representa uno de los más firmes valores nacionales. Porque la ciencia viene a ser, dentro de nuestra doctrina, un poderoso aglutinante para la unidad política, un instrumento forjador del espíritu nacional y un servicio inexcusable que el Estado demanda para impulsar la grandeza de la Patria. Yo recalco desde aquí este gran principio que nuestra Revolución ha impuesto al trabajo científico, el de considerarlo como un deber social, o sea, como una aportación obligatoria al interés público que el Estado reclama a todos los intelectuales. Porque si la ciencia, al penetrar en lo más íntimo de la materia y de la vida, aprovechando las energías físicas y biológicas de la naturaleza en beneficio de la prosperidad de los pueblos, sirve universalmente al progreso económico colectivo, al valorarse dentro de un país como servicio al Estado, desarrolla el bienestar nacional de la Patria. El día que España, a impulso de una fuerte ciencia aplicada, explote industrialmente sus riquezas naturales, se habrán desenvuelto brillantemente todos los recursos de nuestra potencia económica.

Por ello, al crearse el gran órgano nacional de la Ciencia, cuya magnitud rebasa la esfera universitaria, esto es, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha querido el Estado agrupar en él a todos los trabajadores de la inteligencia, planteándoles los grandes problemas espirituales y materiales que el bien común demanda, y a los que la laboriosa y tenaz investigación de la ciencia ha de encontrar una solución eficaz.

Y es, en verdad, orgulloso para nosotros afirmar en estos momentos en que la ciencia cultivada más allá de las fronteras se ha puesto al servicio del odio y de la destrucción, que España



Al fondo del Campo de Deportes se recorta la silueta clásica del Colegio Mayor



Interior de uno de los despachos de la Facultad de Ciencias

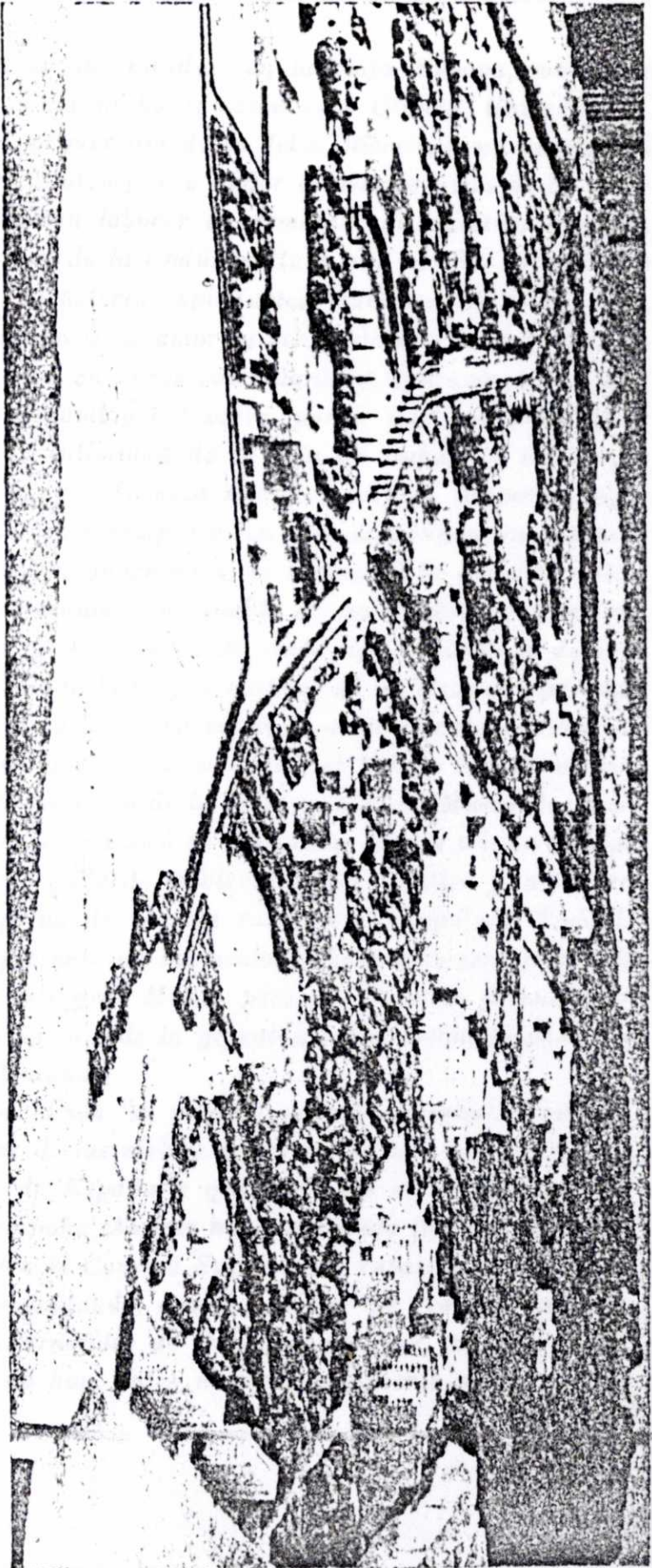
acusa ya un halagador resurgimiento científico en todas las ramas del saber humano. Día a día fructifica en cosecha apreciable la simiente que el Consejo lanzara hace tres años, a través de sus florecientes y multiplicados Institutos, cuyos cuadros se robustecen con la nueva juventud investigadora. Nunca en España ha existido como hoy una treintena de Institutos dedicados a la creación de ciencia, ni han visto la luz, aparte de centenares de publicaciones, más de cincuenta revistas nacionales periódicas, consagradas a divulgar los resultados de la investigación. Ni ha regateado el Estado tampoco los recursos necesarios para alojar a los investigadores en nuevos y magníficos edificios, dotados de las instalaciones e instrumentos aptos para el trabajo, que forman ya una incipiente red nacional, porque se han buscado los núcleos investigadores en todos los puntos importantes del territorio, propicios para el desarrollo rápido y eficaz de la actividad científica, en enlace, unas veces, con las corporaciones públicas, y otras, con las propias instituciones privadas.

Desde el mundo inorgánico de la materia, desde la zona organizada de lo biológico hasta la esfera más encumbrada del espíritu, en el recinto de la ciencia pura, o en el estadio dinámico de la técnica, ha sacudido a la vida intelectual española una como fuerza mágica de agitación y de impulso, jamás conocida entre nosotros, que ha hecho entrar en fase de producción a toda la falange culla de nuestros universitarios e investigadores, con un rendimiento tal, que, en pocos años, será una realidad formidable y aleccionadora el renacimiento total de la ciencia hispánica.

IV

La fiesta de hoy, aniversario del más grande de los acontecimientos de la Historia, nos impulsa a dirigirnos desde aquí, desde este Centro espiritual de cultura y de ciencia, a nuestros hermanos del otro lado del mar. Ellos forman con nosotros la comunidad hispánica, estrechamente unida por los vínculos de la Religión y del idioma. Para las juventudes hispanoamericanas

PANORAMICA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA RECONSTRUIDA



que quieran cursar sus estudios en la vieja Europa, madre de la civilización se ha hecho también esta Ciudad Universitaria, la cual, desde el primer día de su feliz iniciativa, ya acarició la ilusión de servir de albergue y hogar a cuantos hijos de la América hispana desearan laborar en armonía con nuestros maestros y discípulos, en pro de la común cultura que nos ha definido en la Historia con caracteres espirituales fraternos. A todos ellos, España abre sus brazos de amor, y celosa de esta hermandad, ha instituído becas, que en breve comenzarán a aplicarse, como paso decisivo a un intercambio del saber, por el que nos conozcamos mutuamente en la intimidad de la vida de trabajo y estudio, y estrechemos con mayor firmeza nuestras mutuas simpatías espirituales. Por este trato recíproco, en que se pongan en contacto las almas de nuestras juventudes, se afianzará la amistad indestructible y la fraternidad entrañable de los pueblos que, en un día como el de hoy, hace cerca de cinco siglos, nacieron de una misma sangre y hablan la lengua gloriosa de nuestros antepasados.

Como prenda de esta nueva etapa de acercamiento cultural de España y los pueblos americanos, quiere el Estado inaugurar hoy simbólicamente el comienzo de la construcción del Museo de América, que muy pronto se alzará en el corazón de esta misma Ciudad Universitaria, como gallardo emblema conmemorativo y, a la par, como índice perpetuo de nuestra comunidad espiritual. Toda la vida histórica y presente de las naciones hermanas será reflejada en los salones de este gran Museo, para que nuestros jóvenes tengan siempre ante la mirada la gigantesca aportación hispánica a la civilización del mundo.

Gigantesca aportación, en verdad, que sólo el estudio concienzudo podrá liberar de las nieblas siniestras de una leyenda tejida por los enemigos de España y que cada día va resultando más vana, gracias al empeño con que nuestro Estado impulsa la cultura americanista. En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se está consolidando, con el carácter de realidad cumplida, el Instituto «Fernández de Oviedo», que, por su tenaz labor investigadora, es ya hoy, entre nosotros, un fuerte núcleo de es-

tudiosos de la *Historia de América*. Y mucho promete, en el sentido de formar jóvenes amantes de esta disciplina, la recién creada *Escuela Hispalense de Estudios Hispanoamericanos*, alojada en la vecindad ilustre del *Archivo de Indias*, la cual, ya este último verano, desde el *Santuario de La Rábida*, ha lanzado al mundo hispánico su cordial saludo y su llamada de colaboración. Escuela que poseerá una magnífica residencia para estudiantes de Hispanoamérica, la de *Santa María del Buen Aire*, emplazada en el más bello paraje de las cercanías de Sevilla, con cuanto de tranquilidad y de encanto es exigible a una institución moderna consagrada a la formación y al estudio.

V

Por el esplendor con que se inicia nuestra era universitaria, por el fulgor con que amancece la nueva ciencia española y por el entusiasmo con que asociamos a esta gran empresa espiritual a los pueblos hermanos de América, España acusa hoy, contra todos los detractores de su resurgimiento, contra cuantos nos motejan ridículamente de oscurantistas y enemigos de la cultura, un esplendoroso renacimiento científico como jamás lo haya conocido nuestra historia contemporánea. Porque esta acción cultural del Estado, ya de suyo magnífica en la esfera de la investigación y de la enseñanza superior, se ha extendido también a todos los sectores de la Educación nacional, desde los mismos días en que comenzara nuestro Movimiento. Así, ha renovado la legislación de Enseñanza Media, ha multiplicado por todo el territorio nacional la erección de nuevos Institutos, algunos de los cuales pueden parangonarse con los mejores de Europa; ha reformado, en lo material y en lo docente, las altas Escuelas Técnicas, dotándolas de suntuosos edificios; ha construido multitud de nuevas Escuelas de Comercio y de Trabajo, y ha fomentado, con la consideración de Monumentos nacionales, con la gloriosa campaña de la recuperación reparadora del desastre y saqueo de nuestro Tesoro artístico, con la creación de nuevos Museos y la reforma y re-

instalación de los principales, y con la fundación de nuevas Escuelas Superiores de Bellas Artes, la defensa del Patrimonio Artístico Nacional, en términos tales, que no se recuerda ninguna etapa política contemporánea en la que el Estado haya mimado con mayor entusiasmo a las artes plásticas o a la música. Ahí está la creación y dotación de la Orquesta Nacional, el establecimiento del Instituto de Musicología, el magnífico edificio destinado a primer Conservatorio, la reforma de la vieja legislación de nuestros Centros de enseñanza musical y el apoyo generoso del Estado a las instituciones artísticas privadas, como prueba palmaria de que en el renacimiento cultural de la Patria, las Bellas Artes todas ocupan puesto privilegiado de honor.

Por si este esbozo no fuera de por sí elocuente, la labor cultural aún se agiganta en mayores proporciones si se considera el esfuerzo con que se ha acudido a restablecer los cuadros docentes en todos los grados de la Enseñanza, reclutando con rigor el nuevo Profesorado y Magisterio, y mejorando sus consignaciones como no se había logrado realizar en los últimos lustros. Y aún estamos en vísperas de la reforma de la Primera Enseñanza, que, en breve, examinarán las Cortes, con la que se hará llegar este acuciante deseo de renovación total de la cultura a los últimos rincones de la Nación.

Para los falsarios, para los contumaces propagadores que en el extranjero difunden con ignominia una supuesta decadencia de España en el orden de la cultura, esta realidad aplastante es la más rotunda condenación de su cínico proceder. De la España en ruinas que ellos dejaron ha surgido otra España que camina apresuradamente, por el prestigio de su ciencia y por el impulso de su profunda transformación cultural, al más encumbrado culmen de grandeza y de gloria.

VI

Pero toda esta robusta empresa pende aún, en su mejoramiento definitivo y en su conservación más eficaz, de vosotros, profesores

españoles. Y no menos también de vosotros, alumnos que me escucháis.

El Estado español se siente hoy orgulloso de la pléyade de maestros que supieron amar a España en la hora amarga y difícil, cuando ostentar este amor en la Cátedra era un delito y una afrenta; cuando la ridícula heterodoxia pretendía asfixiar el espíritu de la Nación, desertando de la auténtica ciencia y prostituyendo la dignidad sagrada de la función docente. Sois vosotros los que mantuvisteis el fuego santo del espíritu cristiano y español, los que conservasteis la herencia científica de los inmortales maestros de la gran España del XVI. Y a vosotros se ha unido la nueva y aguerrida falange del Profesorado joven, con lo que se ha asegurado para la Patria la conquista moral de la Universidad. De vuestro sacrificio, de vuestro entusiasmo, de vuestra consagración a la tarea de ofrendar a España una nueva generación estudiosa de escolares, depende, en último grado, este glorioso resurgir de nuestra cultura. Porque la juventud que está en vuestras manos es la mejor juventud hispana, acrisolada y robustecida por todos los sacrificios, alentada por la sangre de los que supieron fecundar simbólicamente este recinto universitario, como ejemplo permanente de que sus hermanos se entregarían por entero, con obediencia y disciplina, a la empresa de su propia formación. Si ellos sirvieron a la Patria con la muerte, estos escolares todos han de servirle con la vida; pero con una vida cristiana y digna, consagrada al trabajo y al estudio, que es ahora su único y primordial deber. Trabajar con inigualado entusiasmo en la tarea de la propia educación cristiana y española, he aquí la suprema consigna para la juventud en la hora presente. Porque ese trabajo, enmarcado en un espíritu de unidad, es la clave de una España grande y triunfadora, donde, por el imperio de la cultura, vayamos hacia Dios y seamos todos mejores para su servicio y homenaje. ¡Arriba España!



EL CAUDILLO, PRESIDENDO LA NAUGURACION DE CURSO ACA- DENICO 1943-44

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

«He aquí Señor, en disciplinada actitud de revista militar, a lo más florido del mundo intelectual español. Hoy la falange de la cultura presenta armas ante su Caudillo. Están compactos los cuadros y las unidades de este ejército de la Ciencia. No falta nadie. Aquí están los que mientras Vos ganábais la guerra de nuestra liberación con la espada, combatían espiritualmente a vuestro lado encendidos en una misma unidad de fe, esgrimiendo con singular maestría el vivo ariete de la idea, la palabra o el razonamiento para hacer expugnables y caedizas las murallas altivas del error. Aquí, esa joven y predestinada generación que nos salvó a España por el dolor y por la sangre y supo hacer de su vida un luminoso sacrificio alegre. Y aquí también, Señor, como en todos los instantes en que España vibra con un mismo acorde inmortal, hoy como siempre al amparo del vértice único que justifica en último término la razón suprema de nuestra unidad, nos hemos cobijado para la celebración de este acto, bajo la sombra protectora del símbolo de la Cruz.

Esta es, Señor, la gran parada de la cultura hispánica, que ha elegido este momento para rendir honores a un Caudillo admirable que tuvo la virtud de reivindicar para ella el rango de la más acrisolada aristocracia. Por eso hoy, estudiantes y maestros, catedráticos e investigadores, los que han hecho del estudio un acto de servicio y los que se han consagrado al cultivo de la Ciencia como la más noble contribución al acuciante imperativo de la Patria, se agrupan en apretada fila para ofreceros en este acto el homenaje limpio de su clara y desnuda fidelidad.

Son éstos, Señor, cuadros leales. No cabe en ellos otro afán que el del trabajo tenaz, generoso y fecundo de cada hora cumplido en el recogimiento de las Cátedras, los Seminarios, o los Laboratorios como la más delicada y solemne misión de honor. Hay aquí sumadas muchas horas de desvelo, muchas frentes encanecidas, demasiadas vidas medio enterradas de libros durante años enteros en el augusto silencio de las bibliotecas para que no figuren estos hombres, que así viven y mueren, entre los fieles servidores de la grandeza histórica de España.

Mas para la eficacia de estas dos formas de heroísmo—el bélico y el científico—hacía falta un estímulo poderoso que los acuciase, encendiendo en ellos el aliento de un fervor español. Para esta obra ingente de levantar a España, de aventurarla en nuevas rutas de ambición y trabajo, de espolear su ritmo, de ennoblecer y remontar su vuelo, saben, tanto los que hoy visten uniforme castrense como los que se cubren con las nobles mucetas doctorales, que un hombre—erguido con su espada de luz en uno de los más dramáticos vértices de la Historia—pudo encarnar este brio poderoso por el que nuestra Patria supo despertarse milagrosamente, antes de que la muerte la sorprendiese soñando, de su viejo y sombrío adormecimiento. Este hombre es el Caudillo de España, al que hoy la Ciencia española quiere, con su presencia en este acto, simbolizar una forma de rendida contribución al más alto y generoso mecenazgo político que nuestra Historia haya conocido.

Esta Ciudad Universitaria es una prueba de ello. Un espíritu de indiferencia hacia las diversas manifestaciones de la cultura hubiera hecho imposible esta empresa singular de reconstrucción. Sólo un sentido de profunda inquietud por los problemas del espíritu—traducidos por la obra trascendente de la docencia o de la investigación—ha conseguido lograr la prodigiosa transformación de este glorioso paisaje de ruina.

Fué, sin embargo, inevitable la obra devastadora de la guerra. Tuvo aquí ésta caracteres de símbolo. El fuego y el plomo

recorrieron el ámbito del escenario bélico para purificar el espíritu que se encerraba detrás de sus muros.

Porque nuestra guerra no se hizo solamente para acabar con unos hombres o para sustituir unos partidos. La Cruzada de nuestra liberación se hizo para concluir con el estilo de ser de una época en la que el pensamiento y la inteligencia, el cultivo de las letras y la consagración a las artes, la fábrica y el taller, el foro y la Universidad, todo, en fin, había equivocado su camino. Cuando España seguía derroteros de muerte sonó el clarín de nuestra Cruzada como grito de alerta que denunciase el riesgo.

La guerra convirtió entonces en ruinas estos muros. Y fué entonces también cuando el viento limpio de las alturas de Somosierra y de las cumbres velazqueñas del Guadarrama bajó, con el clamor de nuestras canciones militares y el ondear de nuestras banderas, hasta esta pobre llanura de Madrid para que aquel aire puro de nuestra Castilla teológica e inmortal barriese de una vez para siempre las penumbras ideológicas y doctrinales que enrarecían el ámbito de la vieja Universidad española, en la que la juventud—cortadas las alas del entusiasmo y de la fe—se ahogaba paulatinamente en un trágico torbellino de odios y resentimientos.

De aquellas ruinas, un milagro de fe ha levantado esta arquitectura. Mas, hubiera sido inútil tal esfuerzo si no le hubiese acompañado otro afán que el de la pura obra materializada. Al lado de ella, un trabajo de reconstrucción espiritual se ha elaborado durante estos dos últimos años. A una Universidad que revive en su forma, tenía que corresponder una Universidad de nuevo contenido. España ha alcanzado así, paralelamente, la instauración, con la piedra nueva, del nuevo orden universitario.

La paz de España nos reclama ahora para una trascendente misión. Ordenada la vida universitaria dentro de una concepción entera, varonil y cristiana de la tarea que ha de asumir la futura Universidad, era ya sazón oportuna para que las aulas de esta Ciudad Universitaria se abriesen gozosamente ante una perspectiva esperanzada de estudio y de trabajo. Es verdad que

el mundo se debate en una de las más dramáticas contiendas que haya podido recoger la Historia; mas si por especial Providencia divina el genio político de un Caudillo excepcional mantiene a nuestra Patria alejada prodigiosamente de aquella angustiadora tiniebla universal, es porque, sin duda, a España le corresponde en estos momentos una irrenunciable tarea que asumir: la de preparar a sus juventudes, que antes ya conocieron los duros sacrificios de la Milicia en los confines de la propia geografía hispánica, para afrontar el otro sacrificio, no menos amargo y exigente, que impone la vida de la paz.

Es un hecho cierto que los pueblos entran en la guerra con más facilidad de la que salen de ella. La liquidación de todas las contiendas bélicas supone, en la mayor parte de los casos, una crisis del sistema moral por el que se articula la vida de los pueblos. Acaso esta realidad histórica tenga su inexorable cumplimiento en el instante en que con el sonido del último disparo se inaugure en el mundo la Era difícil de la paz.

España ha concebido las líneas de su vida futura bajo la meditación de este grave problema. Por ello se ha esforzado en multiplicar su actividad en esa zona que representa, al lado de los sistemas caedizos y de las fórmulas transitorias, la política permanente y eterna de la cultura. Contra la leyenda de una decadencia de Occidente, España, depositaria desde hace siglos de los valores espirituales más representativos de esa civilización occidental, siente sobre sí la grave responsabilidad de esta hora. Frente al derrumbamiento de los dogmas políticos, ante la arrolladora pleamar del materialismo histórico, nuestra Patria habrá de levantar en alto la bandera de su fe y los inquebrantables postulados de su moral. Por penosa que pueda parecer nuestra tarea, nada podrá detenernos en el destino histórico de nuestra misión.

Los que vengan aquí sólo para obtener el fácil galardón de un título académico, ni nos importan, ni nos son necesarios. A los que busquen a través del estudio el servicio de las supremas

exigencias de la Patria, a los que pongan su inteligencia a contribución de nuestra grandeza histórica, a quienes escuchen la vocación de la ciencia no como un instrumento de su vanidad personal, sino como una sirte recatada en la que el espíritu se solaza en dar gloria a aquel pueblo sobre cuya tierra floreció, a éstos sí que la nueva Universidad ha de abrir amorosamente sus brazos, porque ellos serán los que, cuando el mundo haya perdido la razón, mantengan todavía el pulso firme y la serena inteligencia de la cordura.

No puede ser otro el significado de este acto en un día en el que se celebra la conmemoración histórica de hoy. Pero, además, este momento exige una doble afirmación de gratitud y de recuerdo. De gratitud a los miembros de la Junta Constructora de esta Ciudad Universitaria, que con tanto celo han seguido las consignas que yo, como Ministro de Educación Nacional, les he dado en nombre de nuestro Caudillo. Y de recuerdo para la figura egregia de D. Alfonso XIII, fundador de esta Ciudad Universitaria, cuya iniciativa secundaron con tanto ardor el General D. Miguel Primo de Rivera, Jefe insigne de su Gobierno; don Eduardo Callejo, aquí presente, a quien rindo el homenaje de mi emoción y mi respeto, Ministro entonces de Instrucción Pública, y los miembros de aquella primera Junta Constructora.

Vencidas las vicisitudes del tiempo y del azar, la obra está de nuevo en pie. Ello equivale a decir que, aunque es cierto que España lleva sobre sí el peso de los siglos, su misma vieja historia antes le da brío de madurez que le alicorta el entusiasmo. Por eso no son sus empresas efímeros empeños que decaen en el transecurso de una jornada. Calan hondo sus cimientos, y su visión se tiende sobre los más dilatados horizontes. España sabe meditar y medir. Tal es la razón de que para afirmarse en su realidad política actual se inscriba abiertamente en el cielo de las culturas universales que, pase lo que pase, no han de perecer.

A esto equivale el hecho de que la apertura del curso académico en este año de 1943 se verifique en una Ciudad reconstruída

sobre un escenario de guerra. Porque quizá ningún ámbito más adecuado para el estudio y la meditación que aquél que fué testigo del heroísmo y de la muerte. Esta es la causa de que aquí quiera precisamente rendiros el homenaje de su adhesión la noble Milicia de la cultura.

Dios haga, Señor, que vuestra presencia en este acto sea como el símbolo de las águilas augurales en las fastas coyunturas de la historia de la Humanidad.

¡Arriba España! ¡Viva Franco!

JORNADA MEMORABLE

Por PIO ZABALA Y LERA

Rector de la Universidad de Madrid

LO es para la Universidad española este día 12 de octubre de 1943. Una ingente urbe, brindada por el Caudillo a los universitarios, abre, en tres de sus Facultades, aulas, seminarios y laboratorios a la actividad científica; un Colegio Mayor se dispone a albergar por el momento cerca de doscientos estudiantes. que se verán rodeados no sólo de hogar confortable, sino del ambiente educador que demanda la formación integral del hombre, y una nueva Ley universitaria, producto de la reflexión sobre los puntos vitales del organismo superior docente, alumbra en el espíritu la ilusión de que cuanto éste concebía como camino de redención de la Universidad, comienza a ser vía amplia, de magistral trazado y, además, vigilada solícitamente para que no sufra merma o deterioro por uso indebido.

Los que como yo llevamos recorrido no poco trecho de nuestra última etapa de docencia, si seguimos manteniendo en el alma los mismos fervorosos entusiasmos universitarios de nuestra juventud, al ver en la Ley la definición de nuestros ideales y hasta la garantía de su realización, bendecimos al legislador y nos aprestamos a secundarle, asociándonos al feliz éxito alcanzado como si fuera propio. ¡Y lo es! Pues qué, cuando vemos que un Gobierno acierta en su misión de estatuir lo más conveniente ¿es lícito que por traducir insuperablemente nuestro pensamiento lo combatamos por no ser nosotros, personalmente, los encargados de llevarlo a efecto? ¡Menguado estado de espíritu el de cuantos así puedan pensar!

Cuando veo en la Ley que la misión de la Universidad estriba en educar y formar a la juventud para la vida humana, el cultivo de la ciencia y el ejercicio de la profesión, pero no a la inglesa o a la alemana, sino a la española, doy gracias a Dios, que al conservarme la existencia, me ha permitido no sólo leer tan perfecta enunciación, mas colaborar en el empeño de convertirla en hecho.

En el propio Paraninfo de la Universidad de Madrid, decía yo el año 1919, que paralelamente a la finalidad de instruir y de adiestrar al alumno en las tareas profesionales e investigadoras no debía quedar un solo momento olvidada la misión de educarle, misión que a la Universidad le estaba impuesta con tantos apremios como cualquiera otra de las que podían estimarse por algunos como más propias de su ministerio. Porque la Ciencia, dice Fouillée, no es buena más que relativamente y según el uso que se hace de ella, el arte mismo ofrece peligros; sólo la moralidad es absolutamente buena.

Atentos únicamente a la instrucción, es indudable que hemos dejado en punible abandono la acción educadora que la Universidad está llamada a ejercer sobre sus alumnos. La generalizada cuanto errónea creencia que limita a la familia y al maestro de primeras letras la misión de educar, pugna con aquel sabio concepto, que fijando un momento inicial a ésta, no se atreve a marcarle término, porque reconoce que la existencia humana es toda educación.

Respecto de la función básica de la Universidad, que es la enseñanza, el señor Ministro de Educación Nacional se expresaba en las Cortes con tanta elocuencia como acierto, poniendo de manifiesto el contraste entre los Catedráticos dotados de auténtica vocación por la enseñanza y aquellos otros que, lamentablemente, adulteraban y abandonaban su menester.

Yo he creído siempre, a tal respecto, que hay que dar a la docencia el carácter humano que de consuno demandan el mayor rendimiento del esfuerzo y la grandeza del objeto que se persigue. Amistad, lazo espiritual, corriente de ideas y también

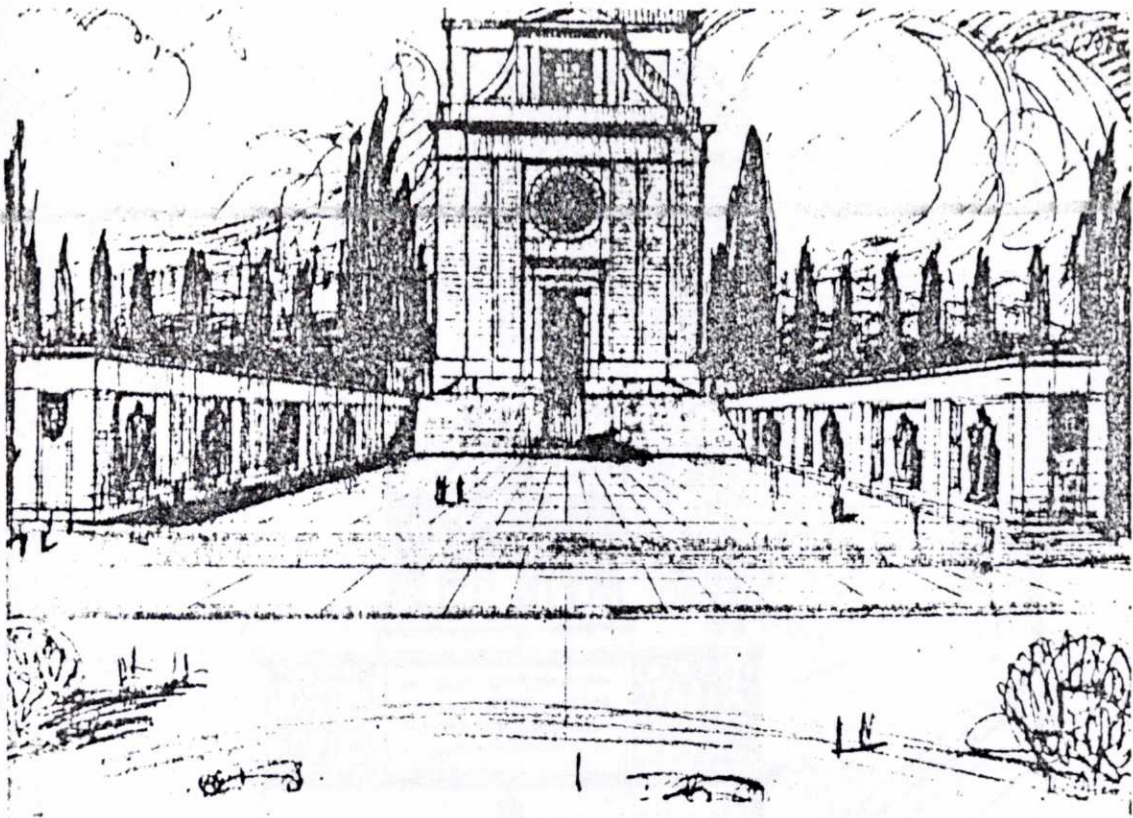
de afecto, que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor, y jamás se reduzca a un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto, decía un ilustro maestro de la Universidad de Oviedo. Es preciso, afirmaba el señor Jimeno, elevar al estudiante, darle la mano de continuo para que suba hasta nosotros; comulgar frecuentemente con él; volver al antiguo porte de nuestras Universidades clásicas. Y no olvidar que el comer de los pajarillos se hace de pico a pico y que deben fecundarse las inteligencias de cerca, no como se fecundan, de lejos, muchas plantas, abandonando el polen a los caprichos del viento y a lo incierto de la distancia. La «enseñanza es amistad», escribe Lavissee; el que aprende es compañero del que enseña, sin más límites en sus relaciones que el natural respeto del joven y la gratitud del que, de algún modo, recibe cosa que le enriquece. Hay que convertir en verdaderos discípulos a los seres mudos que pueblan los bancos de nuestras Cátedras; hay que hacerles comprender que son nuestros modestos, pero verdaderos colaboradores, intimar con ellos; ser, según la edad, sus padres los unos y sus hermanos mayores los otros; tutelar sus inteligencias y sus pasiones de hombres apenas entrados en el palenque de la vida, dispuestos al camino fácil, a la impetuosidad ardorosa, pero también dóciles a los llamamientos del deber, del respeto y del honor.

Sale anualmente de las Universidades un número mayor o menor de alumnos con aprobaciones y hasta notables y sobresalientes que en puridad no merecen. Orgullosos con su bagaje de censuras favorables empiezan la lucha por la vida llenos de entusiasmo, pero desde los primeros combates experimentan los dolores de esas heridas morales llamados desengaños. No encuentran la naturaleza, certeramente hace notar el famoso Doctor Orellana, como ellos la concibieron. Si son médicos, no ven en la clínica la enfermedad como ellos la leyeron en los libros; el diagnóstico es muchas veces un problema con una X gigantesca; el pronóstico ha de cimentarse sobre movedizo terreno de dudas, y la enterapéutica va casi despistado a corregir

una insubordinación orgánica que ignora dónde radica, qué extensión tiene y qué peligro entraña. ¿Y quién es el responsable de cosa tan lamentablemente repetida? En no pocas ocasiones el *magister dixit*, bien desde las páginas del libro deficiente, bien desde las alturas de una cátedra puramente verbalista ocupada sin meditación y estudio de lo que se va a decir; en otros, es justo decirlo, la imposibilidad en que se encuentra un buen maestro falto de locales, de material científico o con número de alumnos que, por lo escandalosamente excesivo, anula, de hecho, su positiva labor docente.

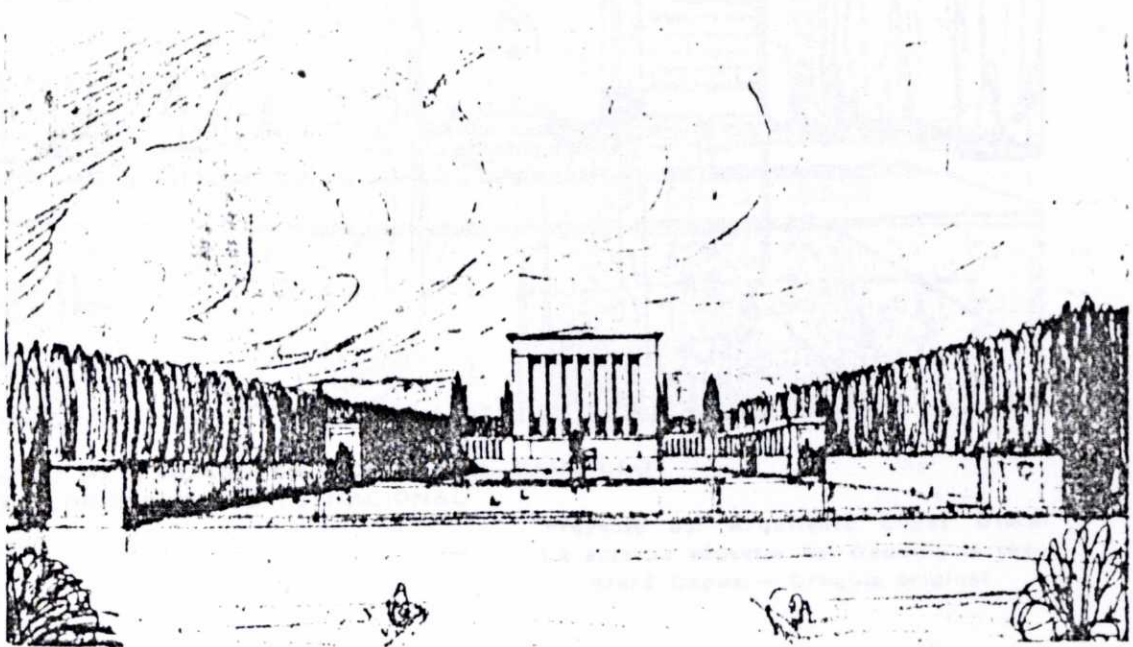
La Ciudad Universitaria que hoy se inaugura en parte y que sin perder su ritmo acelerado se verá, en plazo no lejano, totalmente construída; las mejoras que para la adquisición de medios didácticos se consignarán en los Presupuestos tanto del Estado como del Patronato universitario; la indudable vocación de gran parte del personal docente que, en justicia, tiene ganados la admiración y el respeto de la sociedad, la laudable actitud de los alumnos cada vez más incorporados a la labor universitaria y hasta la posibilidad en casos notoriamente justificados de establecer el «*numerus clausus*» que impida convertir la enseñanza en una ficción, todo, repetimos, se precautela en la Ley, y ha sido objeto de acertadísimas consideraciones ya recogidas por el articulado y elocuentemente expuestas por el señor Ministro de Educación Nacional, en las Cortes españolas.

Agobios de tiempo me obligan a poner término a este artículo, hijo de una pura improvisación. Pero los acontecimientos que hoy permiten vestir a la Universidad de Madrid sus mejores galas son de tal magnitud y los motivos de gratitud que ella siente por el glorioso Caudillo de España son tan hondos, que yo me prometo dar a mi espíritu la necesaria tranquilidad para encarecerlos y bendecirlos, en la medida que mi auténtico entusiasmo me dicta.



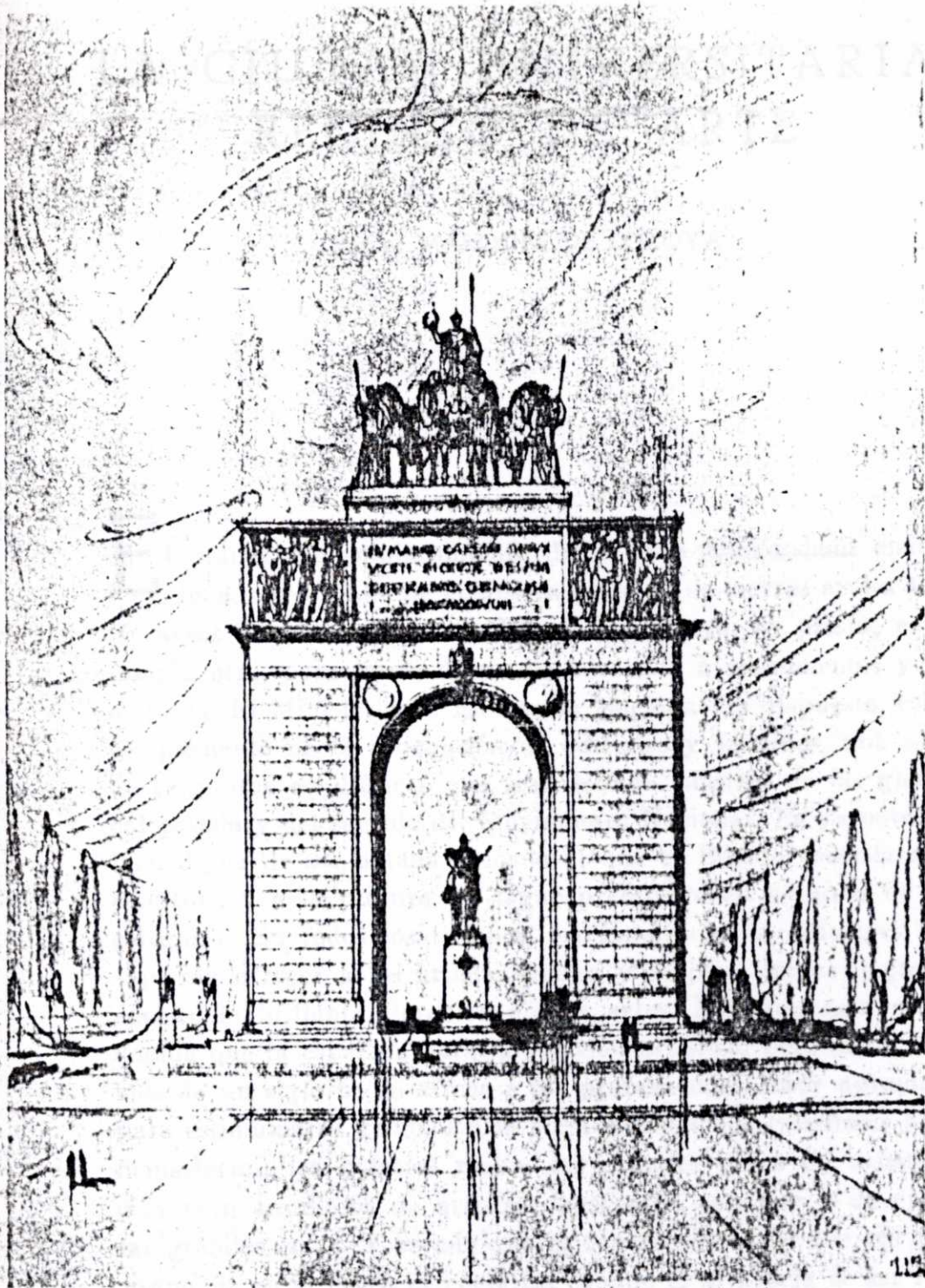
**TEMPLO UNIVERSITARIO DEDICADO A SANTO TOMAS
DE AQUINO Y MONUMENTO AL CARDENAL CISNEROS**

Proyecto del Arquitecto López Otero. — Las
esculturas las modelará el escultor señor Pérez
Comendador. — Croquis original



GRAN PARANINFO Y MONUMENTO A DON ALFONSO XIII

Proyecto del Arquitecto López Otero. — La estatua
de Don Alfonso XIII la modelará el escultor señor
Orduna. — Croquis original



ARCO DE TRIUNFO EN HONOR DEL CAUDILLO
Y GLORIOSO EJERCITO NACIONAL

Proyecto del Arquitecto López Otero.
La estatua ecuestre del Caudillo la rea-
lizará Capuz. — Croquis original

LA CIUDAD UNIVERSITARIA, RECINTO DE ARTE

Por el MARQUES DE LOZOYA

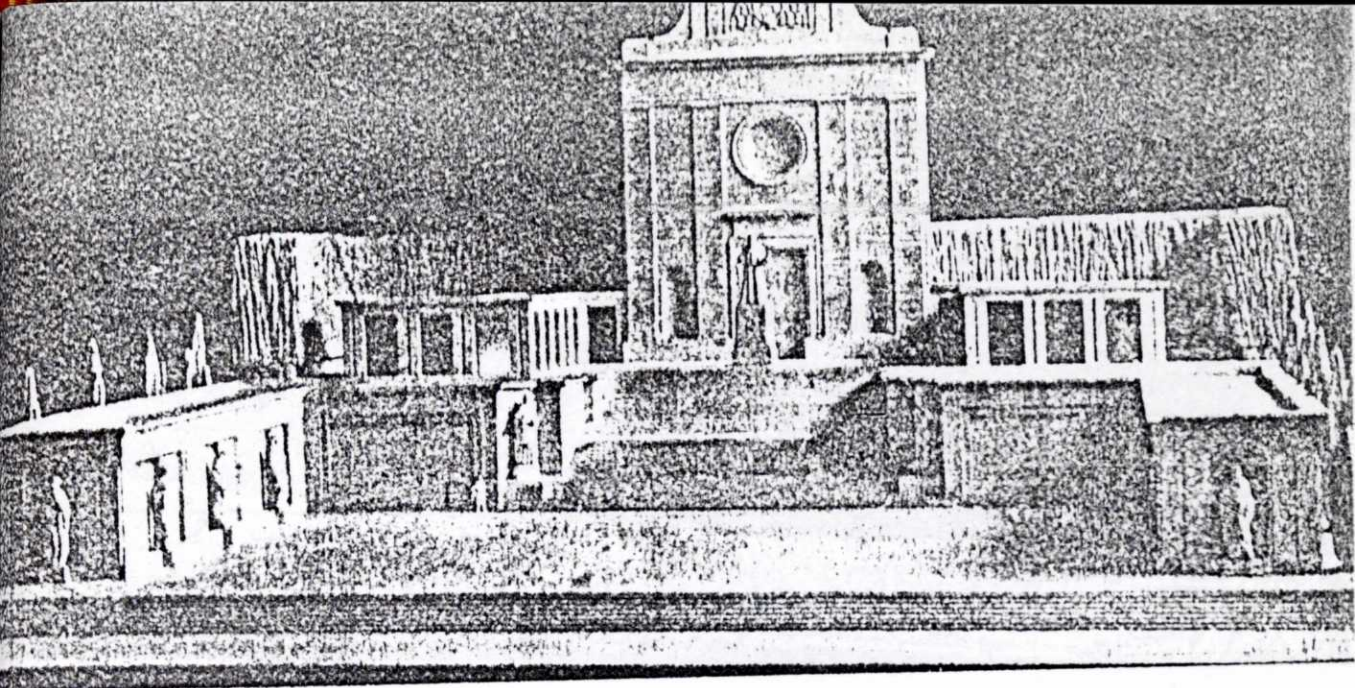
EL admirable emplazamiento de la gran Universidad madrileña, cuyo fondo de encinares grises y de sierras azules tantas veces llevaron al lienzo Velázquez y Goya, se presta, como ningún otro, para servir de marco adecuado a monumentos y esculturas. El Ministerio de Educación Nacional ha dispuesto, como complemento de la ordenación de edificios y jardines, una serie de conjuntos escultóricos que sean lección plástica de las glorias del pasado y del sentido del Movimiento Nacional. Es ya novedad bien digna de ser notada y loada el que el Estado conceda a la escultura y a la pintura un lugar preferente en empresa de tal categoría. En todos los tiempos, los Estados o los príncipes que supieron ofrecer a los artistas nobles y amplias tareas lograron épocas de brillante floración en las artes. Ninguna raza mejor dotada que la española para la creación artística, pero desde hace más de un siglo no se ofrece a los profesionales labor apropiada para estimular su genio. En la vieja España, las catedrales y los monasterios, los palacios reales, las grandes obras de urbanización eran semilleros de artistas capaces de concebir y de ejecutar grandes cosas. Y se advierte el contrasentido de que sea precisamente en la época democrática cuando el arte deja de ser función social y sirve tan sólo para fomentar la vanidad de los artistas y para embellecer las moradas de los burgueses.

Hay también en la disposición de las esculturas que han de ser gala de la Ciudad Universitaria un gran acierto inicial: la obra de los escultores se somete a la ordenación arquitectónica

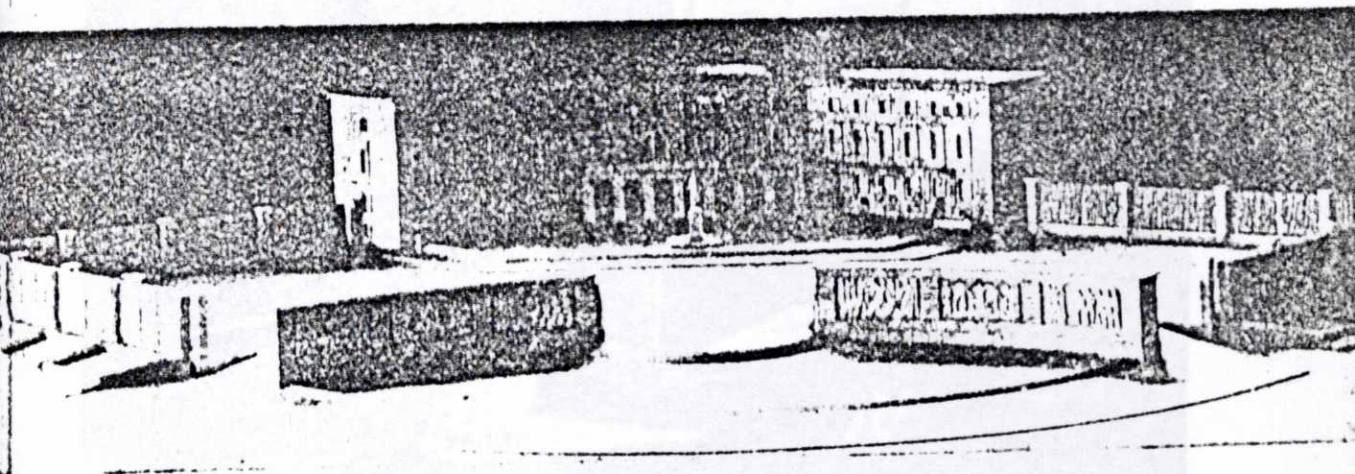
del conjunto, a cuya belleza total ha de subordinarse la concepción de cada una de las obras de arte que lo complementen. En una empresa de esta categoría, el arquitecto ha de ser el dictador y a él deben rendirse escultores y pintores, cualesquiera que sea su genio y su calidad. Así se hacía en las catedrales románicas y góticas, y a este principio deben su belleza imperturbable conjuntos como El Escorial y los palacios y parques borbónicos. En cambio, el siglo XIX, dejando a cada artista campar por sus respetos, estropeó el Retiro e hizo de muchas plazas y avenidas madrileñas caóticos almacenes de bisutería.

En la nueva Universidad de Madrid no habrá apenas estatuas aisladas, sino que se han de agrupar en conjuntos monumentales de gran importancia, en torno de los principales edificios, a los cuales sirven de ornato y complemento, en una perfecta compenetración con su espíritu. Así sucede con el arco triunfal de ingreso—que viene a revivir una forma arquitectónica de tan noble tradición madrileña—, conmemorando las gestas heroicas que empapan de historia aquel solar consagrado a las ciencias. Ante el arco se alzarán la estatua ecuestre del Caudillo, que ha de modelar el gran valenciano José Capuz, heredero de una dinastía de artistas admirables. Toda la obra del insigne escultor sentía como un anhelo de monumentalidad, hasta ahora insatisfecho. En los relieves militares del friso y en la cuádriga gigantesca que sirve de remate, vendrá a plasmarse la recia serenidad de su arte.

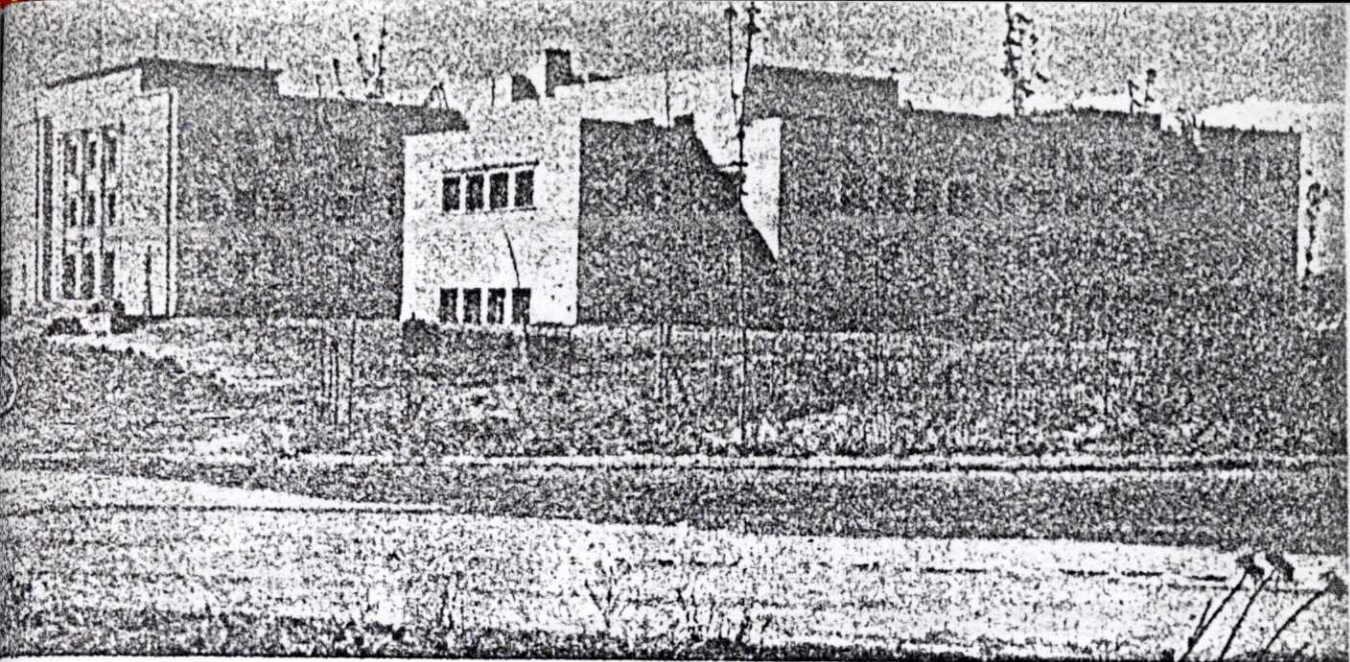
Ante la fachada clásica del gran paraninfo, ha de situarse la efigie de S. M. el Rey don Alfonso XIII, iniciador de la magna tarea que está a punto de ser realizada. El escultor designado para esta obra es Fructuoso Orduna. Delante del edificio destinado a casa social del S. E. U., se proyecta erigir la figura juvenil de José Antonio Primo de Rivera, modelada por Adsuara, el cual ha de esculpir también los relieves conmemorativos de los dos muros que flanquean la escalinata de ingreso. Delante del templo universitario, consagrado a Santo Tomás de Aquino, Enrique Pérez Comendador evocará la figura ascética del Cardenal Cisneros,



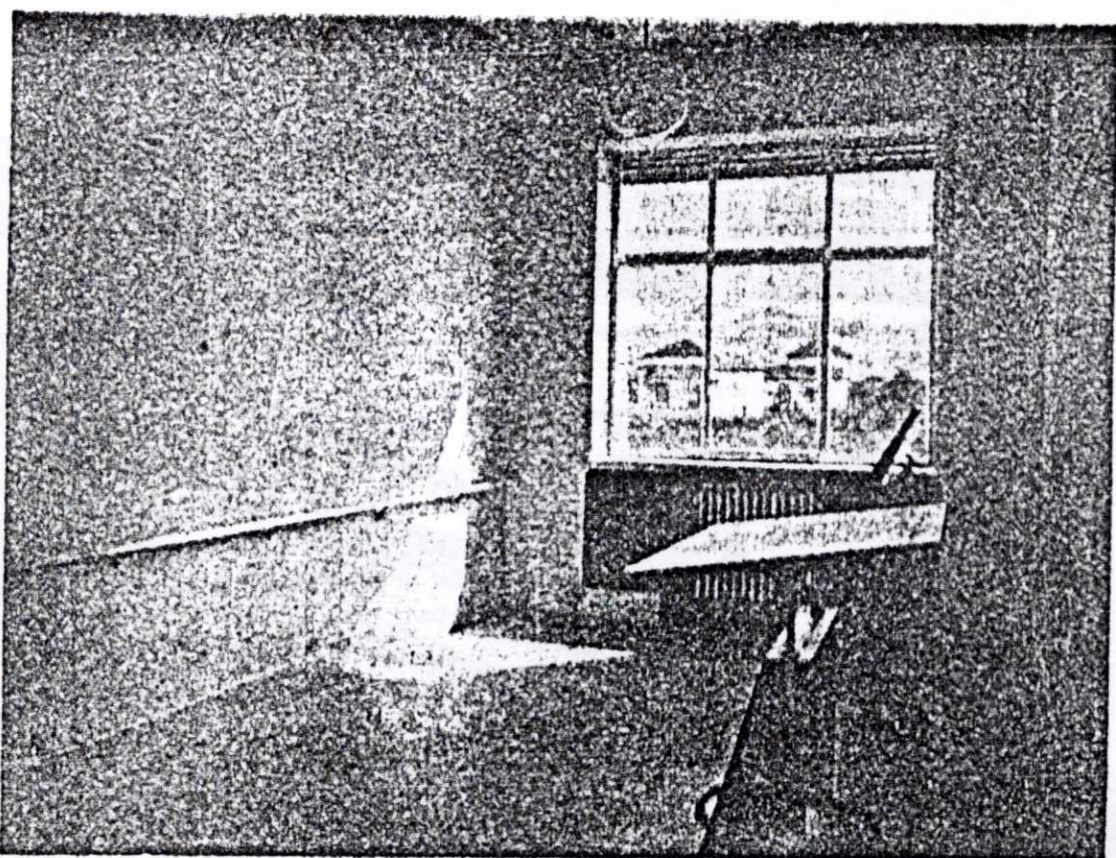
Monumento a José Antonio



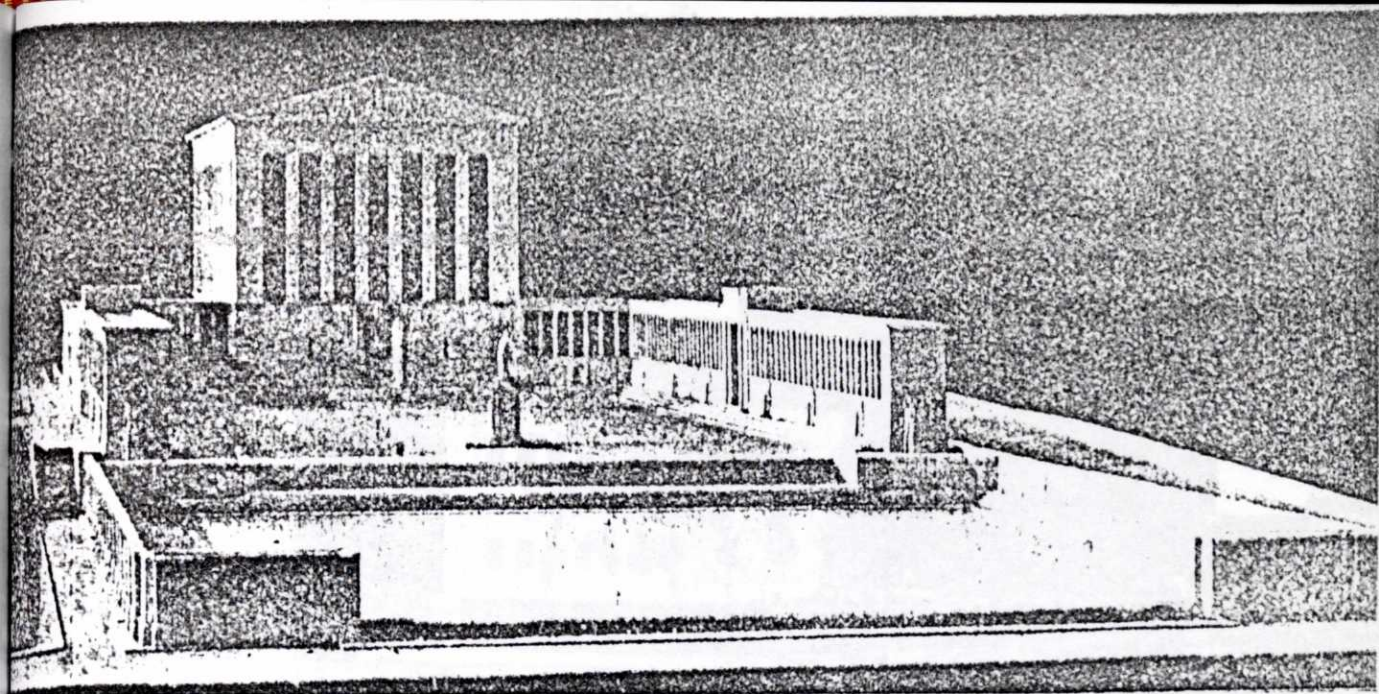
Proyecto de Casa del S. E. U.



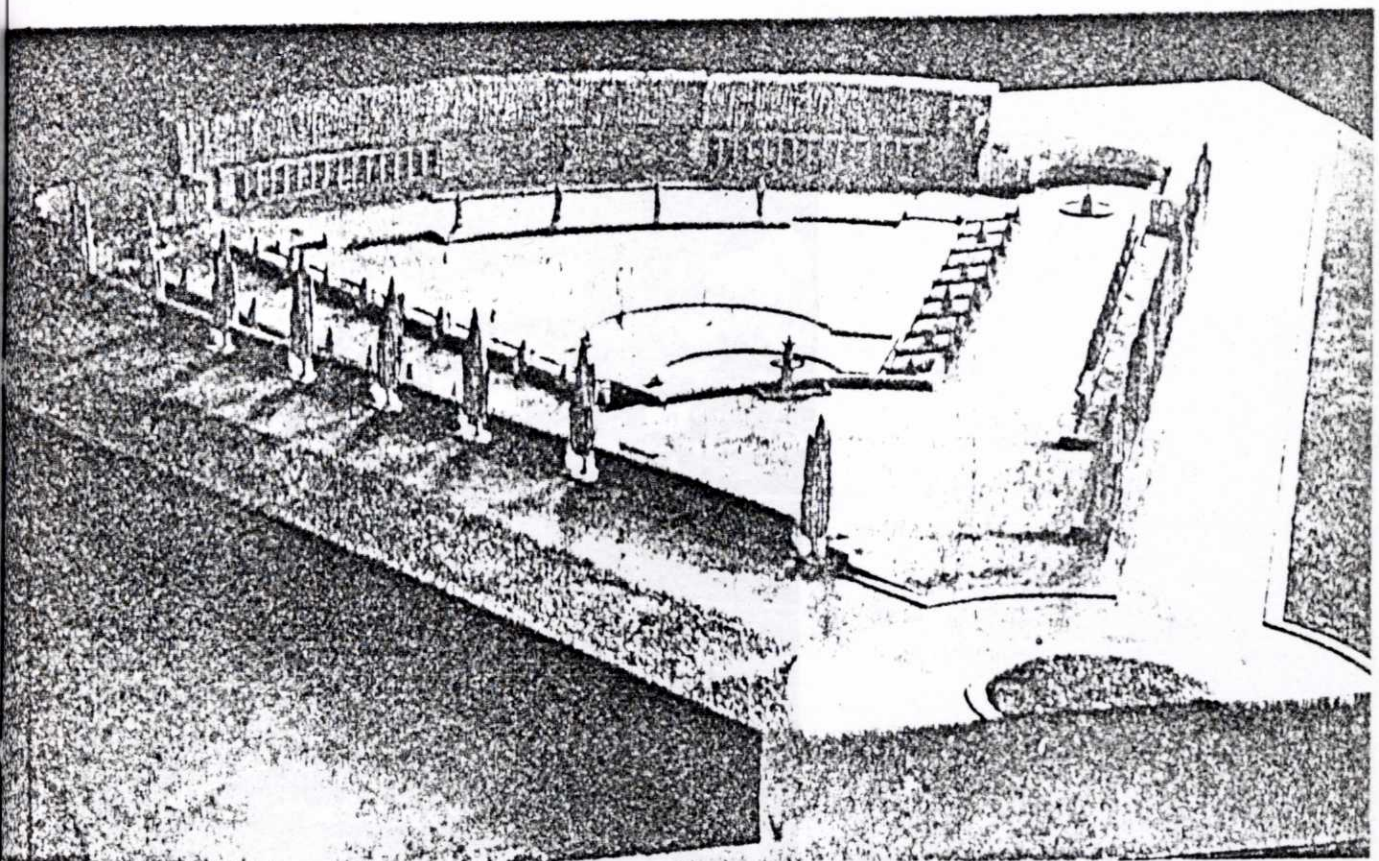
Escuela de Arquitectura



Un Interior de la Escuela de Arquitectura

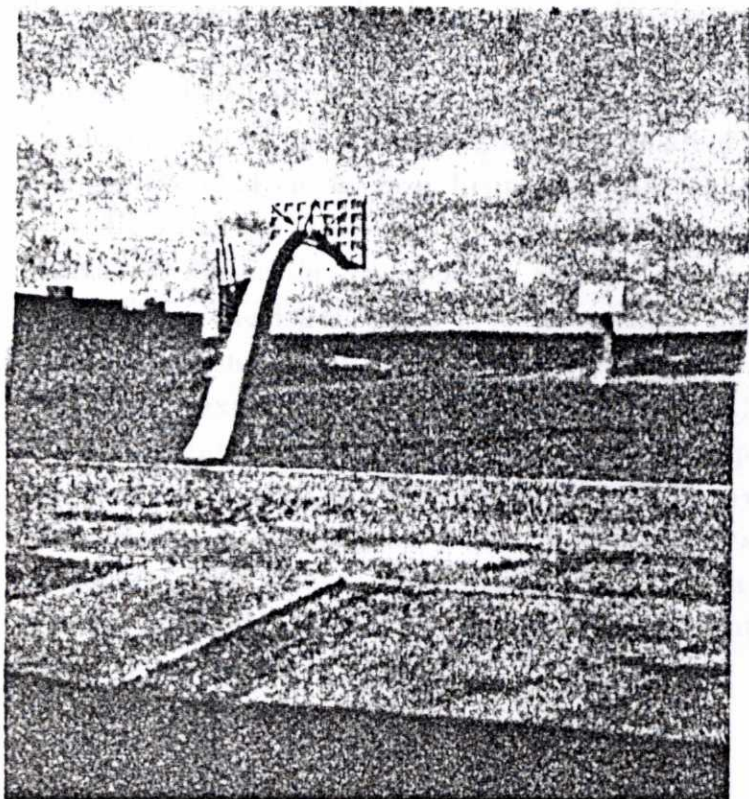
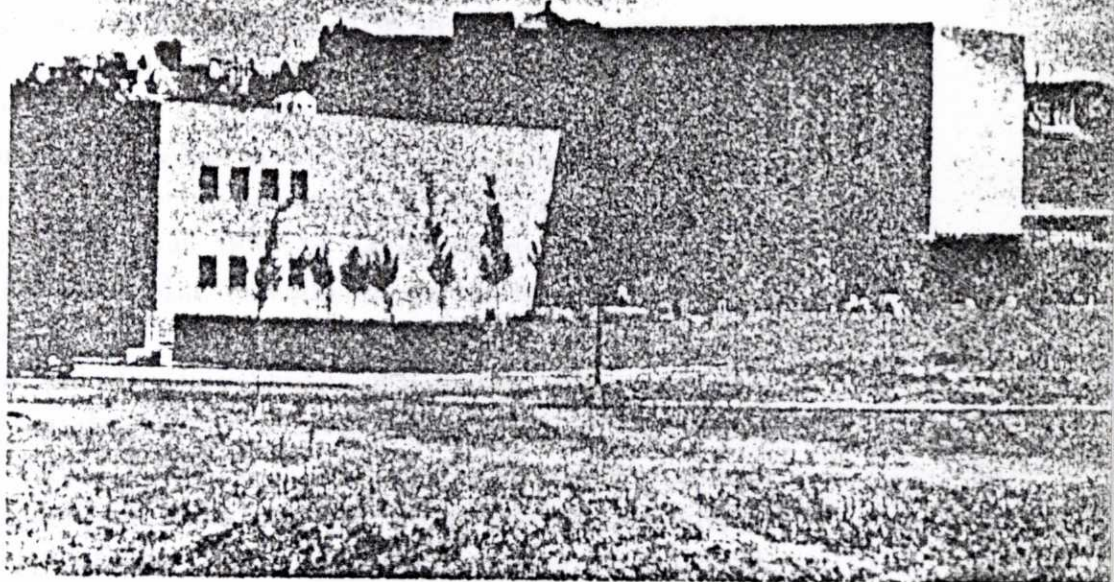


Proyecto de parainfo, con el monumento al fundador de la Ciudad Universitaria, el Rey Don Alfonso XIII



Casa del S. E. U.

La
Central
Térmica



Aspecto de uno de los
campos de deportes

fundador de la Universidad Complutense, al cual harán corte las estatuas de los más insignes maestros de aquella escuela. Otro gran conjunto de escultura, encomendado a José Clará, ha de congregarse en torno de la fuente monumental en que se simboliza el triunfo de las Bellas Artes Españolas, proyectada, como todos los edificios que hemos mencionado, por el arquitecto de la Ciudad Universitaria, don Modesto López Otero. El estadio requerirá también, en su día, la colaboración de los escultores con los arquitectos.

Todos estos palacios imponentes necesitarán, para su ornamentación interna, de grandes pinturas murales. El siglo XIX había casi totalmente prescindido de la pintura monumental, en tanto prevalecía el cuadro de caballete, que constreñía, fatalmente, el genio de los más grandes artistas a una inevitable mezquindad. Es preciso conseguir que los pintores españoles recuerden el arte olvidado de ordenar la decoración de una bóveda o de un muro y plasmarla en la difícil técnica del fresco sirviendo también, en su manera, los planes del arquitecto. La gran tradición de fresquistas españoles que va de Palomino a Goya estaba rota por espacio de casi un siglo, hasta que el Movimiento Nacional, devolviendo el arte al pueblo, ha entregado a los pintores una tarea de posibilidades incalculables.

Algún día, el recinto consagrado en Madrid a la ciencia y a la espiritualidad de la raza hispánica, contará con diversos Museos. Uno hay ya proyectado de interés y trascendencia singularísima: el Museo de América, en el cual se expondrán las colecciones de arqueología y de arte americano, que estaban, hasta ahora, almacenadas en otros Museos, sin haber sido nunca catalogadas ni expuestas debidamente. Será este Centro de importancia capital para el estudio de las culturas precolombinas, de tan perfecta y refinada técnica y de su fusión con elementos metropolitanos para integrar el arte hispano-americano de la época virreinal, cuya riqueza morfológica, al ser cada día mejor conocida y valorada, viene a ser el más alto exponente de la obra cultural del Imperio Español.

DOS ESCUELAS ESPECIALES EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por RAMON FERREIRO

ESOS robinsones de la cultura técnica que tuvo España en las dos últimas centurias, han llegado amorosamente a nuestro recuerdo en el día de la inauguración de la Ciudad Universitaria. Cuando la fe encuentra la necesaria comprensión oficial y se realizan los grandes milagros, una secreta simpatía une al hombre nuevo con los viejos guerrilleros de empeños semejantes, que lucharon, aisladamente, para desbrozar una parte del camino.

Todos los Centros de enseñanza de la técnica superior tienen una historia similar en nuestra Patria. Son hijos de la tenacidad de algún marino sin escuadra, que se lanza infatigable a la conquista de una isla en el brumoso archipiélago de la docencia oficial. Se trata de casos distintos a los de nuestras históricas Universidades, de sólida y ambiciosa fundación. Las Escuelas Especiales surgen siempre en clima desfavorable, gracias al entusiasmo de un hombre o de un grupo reducidísimo de personas que al ver irrealizable su ilusión genérica concentran su anhelo en el logro de una determinada ordenación profesional.

En un interesantísimo autógrafo de don Bernardo de la Torre, que éste legó «a sus hijos los Ingenieros de Montes»—preciada reliquia que se ha perdido, por desgracia, en el incendio que destruyó la Escuela en noviembre de 1936—, indicaba aquel ilustre tutor de la que después fué emperatriz de Francia, las inmensas dificultades que precedieron a la creación de esa Es-

cuela. Una entrevista celebrada el 17 de enero de 1846 con don Agustín Pascual—que acababa de regresar de Sajonia, después de haber cursado allí los estudios de ingeniería de Montes—hizo germinar en don Bernardo el propósito de crear en España un establecimiento dedicado a tal fin. En ese instante empieza su lucha a brazo partido para convertir en realidad su propósito; lucha que él pone de manifiesto ya en uno de los primeros párrafos de su mencionado escrito:

«Pero todo cuanto habíamos hablado sobre los adelantos de la ciencia de Montes en Alemania, y sus consecuencias prodigiosas en la ordenación y fomento de los mismos, era una conversación enteramente perdida si no encontrábamos medios de plantear en España las enseñanzas preliminares y las aplicaciones prácticas de ellas que demanda el Servicio. Aquí principiaron las dificultades que no han terminado todavía. Nos faltaba en el país opinión formada sobre la necesidad, o, al menos, sobre la conveniencia de crear este nuevo Servicio. Nos faltaban recursos oficiales para plantear el pensamiento. Nos faltaba, en suma, que nos entendiera el Gobierno, y, sobre todo, dinero, que entre nosotros se esconde cuando se trata de emplearlo en una cosa útil. Las dificultades que se presentaban eran, sin duda, de aquellas que intimidan a cualquier persona que se propone acometer, con recursos extraños y que están fuera de su alcance, cualquier empresa ardua; pero yo, que en esta parte he discurrido y obrado siempre de otro modo cuando me he encontrado en situaciones análogas, juzgué que, por lo mismo, nos debíamos arrojar a la arena.»

Dificultades arduas, casi invencibles, cegaron siempre la senda de las Escuelas Especiales en sus períodos de gestación. Puede afirmarse que todas deben su vida a la constancia admirable de uno de esos hombres que, de vez en cuando, produce nuestra raza, y que son incansables en su lucha heroica contra la indiferencia y la rutina. Gracias a ellos tuvo nuestra técnica ejemplares establecimientos de enseñanza profesional; pero tal vez por ese origen las Escuelas carecieron en ciertos momentos

~~de garantía, misión y defensa de conjunto, lo que puso en pe-~~
ligro, a veces, su propio desenvolvimiento. Quiere la nueva España que terminen para siempre los desamparos docentes, bajo el caudillaje de cultura de Francisco Franco. La Ciudad Universitaria, nudo espiritual y laboratorio de la cultura española, precisa tener consigo a las escuelas técnicas para lograr la plena formación del hombre y porque—como dijo el Caudillo—en la hora presente de España ha de exigirse a la Universidad el altísimo deber de crear ciencia por virtud del esfuerzo investigador de todos, y ha de formarse al profesional, ensanchando así el marco estricto de la docencia, ya que el progreso de la ciencia aplicada es base de la economía, y el profesional útil es indispensable para el servicio de la Sociedad y del Estado.

Junto a la Universidad, «alma mater» y cuna de valores permanente, las Escuelas Especiales lograrán su pleno desarrollo en esta generosa etapa de revalorización del saber y de perfeccionamiento de la enseñanza, que el Caudillo señaló en su brillantísimo discurso, al decirnos: «Desde el mundo inorgánico de la materia; desde la zona organizada de lo biológico, hasta la esfera más encumbrada del espíritu, en el recinto de la ciencia pura, o en el estudio dinámico de la técnica, ha sacudido a la vida intelectual española una como fuerza mágica de agitación y de impulso, jamás conocida entre nosotros, que ha hecho entrar en fase de producción a toda la falange culta de nuestros universitarios e investigadores, con un rendimiento tal, que en pocos años será una realidad formidable y aleccionadora el renacimiento total de la ciencia hispánica.»

En esta tarea y en esta inquietud las Escuelas Técnicas superiores reclaman su puesto de primera línea, hermanándose la mayor parte con la Universidad, no sólo en la función científica y docente sino en el mismo campo geográfico de combate, en el recinto sagrado de la ciudad del estudio. Quedan en construcción otros edificios para Escuelas Especiales; pero el pasado 12 de octubre se inauguraron ya dos Centros de espléndida concepción, destinado, uno, a Escuela de Ingenieros Agrónomos,

y el otro a Escuela de Arquitectura. Ambos Centros tienen una larga historia de vicisitudes y menosprecio político que voy a consignar brevemente como homenaje a quienes lucharon en épocas duras por el mejoramiento de sus profesiones.

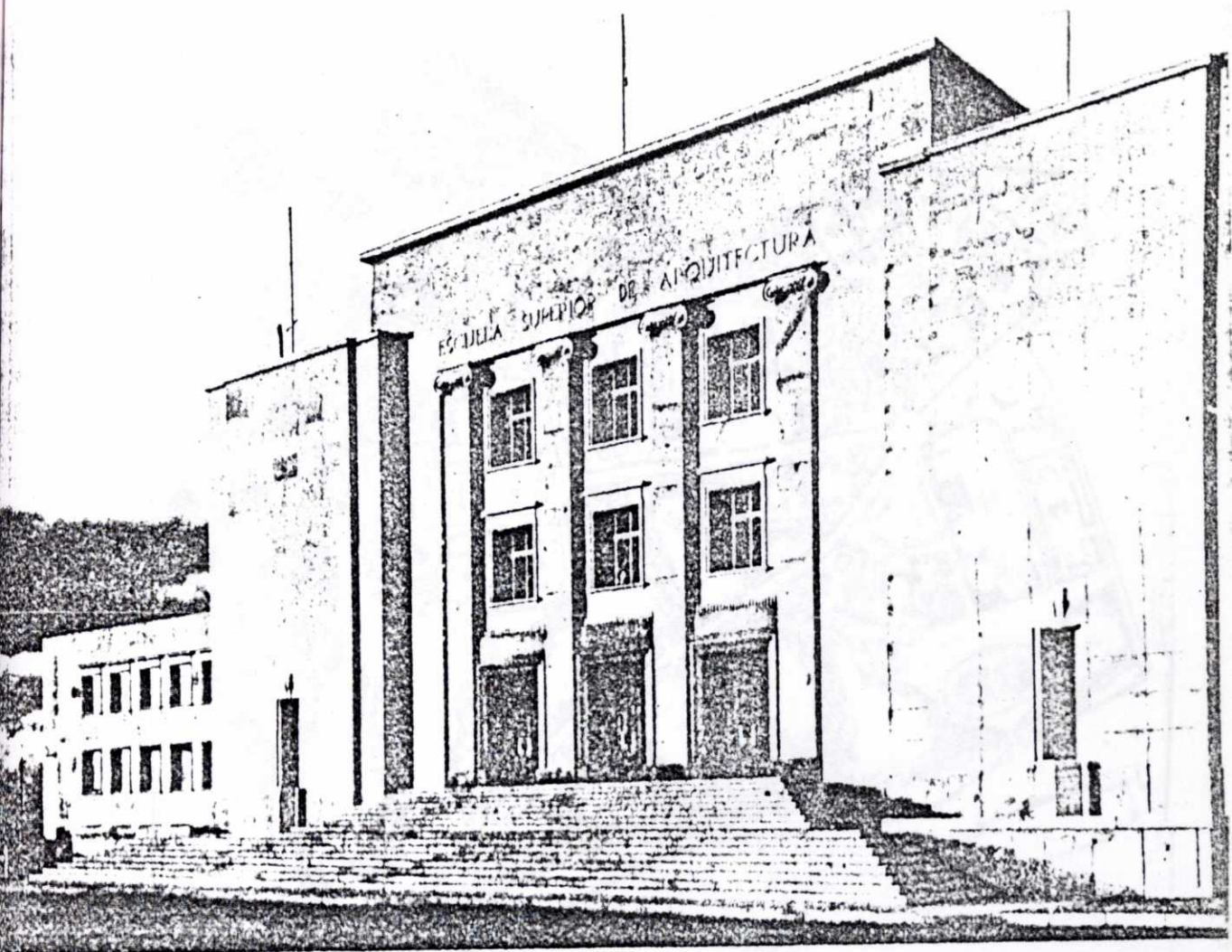
La Escuela Central de Ingenieros Agrónomos puede recabar para sí la gloria de ser como la célula primera, en cuanto a lo material, de la Ciudad Universitaria. Su fábrica, efectivamente, se levantaba ya con anterioridad en el bosque de la Moncloa, como un anticipo de esta congregación de las ciencias, letras y artes, que constituirán en su día el conjunto hermoso y pleno de la Ciudad fuente del saber.

Son, pues, los Ingenieros Agrónomos los primeros habitantes del «alma mater», tendida a un costado de Madrid, en los alrededores de El Pardo y ante el grandioso anfiteatro del Guadarrama. La creación de la Escuela de Ingenieros Agrónomos—como también la de Arquitectura—es una consecuencia de la técnica, estatalmente organizada en el pasado siglo. Ya Jovellanos, portavoz de las necesidades de su época, formulaba en su famoso —y en algunos puntos aún no superado—«Informe sobre la Ley Agraria», la conveniencia de que se multiplicasen los Institutos de útil enseñanza para los propietarios y labradores; a la vez que acusaba la falta de instrucción y la rutina como estorbos que era menester remover para la prosperidad del arte de cultivar los campos. El impulso del progreso agrícola venía determinado por ser fuente principal de riqueza para la Nación, según habían ido predicando con más entusiasmo que eficacia las Sociedades Económicas de Amigos del País.

No podían, empero, bastar las palabras en una enervada histórica como la que sufre España en los inicios del siglo XIX, asolada por una guerra de Independencia y por multitud de rencillas intestinas que hicieron nulos los más saludables propósitos. Había de ser más adelante cuando, a pesar del vendaval tumultuoso de pasiones en torno del Trono, un ilustre hombre público, cuya obra por diversos conceptos perdura en la memoria de los españoles, siendo Ministro de Fomento, creó por Real

decreto de 1 de septiembre de 1855 la Escuela General de Agricultura. Había cedido Isabel II, a este efecto, unos terrenos enclavados en el Real Patrimonio de Aranjuez y conocidos por «La Flamenca». En esta finca, situada en la ubérrima ribera del Tajo, convenientemente transformada, se estableció primitivamente la mencionada Escuela. Pronto resultó insuficiente la instalación, dadas las diversas enseñanzas que la nueva ciencia requería, y así, los alumnos se veían precisados a completar sus estudios en otros Centros de Madrid. Este estado de cosas terminó, en 1865, en que todas las enseñanzas se concentraron en Aranjuez; pero el Poder Ejecutivo que destronó a Isabel II tuvo el pésimo acuerdo de suprimir la Escuela General en noviembre de 1868. Reaccionó luego de su error, y dos meses después, el mismo Ministro de Fomento la restablecía y la trasladaba definitivamente a Madrid, el 28 de enero de 1869. Se habían expedido hasta entonces no más de treinta títulos de Ingenieros.

La Escuela quedó instalada en la posesión de la Florida, con lo que sus condiciones y situación mejoraron notablemente, con la ventaja, además, de disponer en la Moncloa de amplios locales y extensos terrenos para cultivo. La Escuela—dice el historiador Fernández de la Rosa— contaba ya con profesorado compuesto por Ingenieros Agrónomos, y el cuadro de las asignaturas, así preparatorias como tecnológicas, podía estimarse adecuado y suficiente. En 1875, añade, fué creada en esta finca la Estación Agronómica, que al siguiente año formaba parte integrante de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos, denominación con la que se sustituyó la de Escuela General de Agricultura, aunque recuperando este último nombre en virtud del Real decreto de 21 de enero de 1878. Alfonso XII visitó una vez el Centro y ordenó que su título fuese el de «Instituto Agrícola de Alfonso XII». Se instalaron luego varias dependencias y servicios, tales como la Estación Enológica, la de Patología Vegetal y la Pecuaria, más la Granja Central y otros anexos. El Instituto, pues, comprendía la Escuela, la Estación y la Granja,



FACHADA PRINCIPAL DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA



PLANTA GENERAL DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

con sendos directores. El pensamiento del legislador Alonso Martínez había prevalecido incólume y se había ensanchado.

Mas llegó la barbarie roja y todo quedó desolado. Hoy el Cuerpo de Ingenieros Agrónomos, cuya historia de méritos y beneficios al país sería prolijo enumerar, tiene de nuevo hogar en el magnífico edificio de la Ciudad Universitaria levantado por Franco.

La Escuela de Arquitectura es hija también, en cuanto a su función, del llamado siglo de las luces. Su origen es debido igualmente a la necesidad de la especialización, impuesta por el desarrollo y amplitud de las Artes y las Ciencias. Creada por Decreto de 25 de septiembre de 1844, surgió como una sección diferenciada de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El suntuoso y pétreo edificio de la calle de Alcalá, fué el primer albergue oficial de enseñanza de la Arquitectura, que tan alto vuelo había cobrado bajo los insignes maestros del xviii. Carlos III, el rey del «mal de piedra», adquirió el palacio dicho —ya que la casa de la Panadería resultaba inadecuada e insuficiente—, para cobijar entre los mismos muros las Ciencias Naturales y las Artes. La enseñanza académica, según las normas clásicas de Vitrubio, que aún privaban en toda España, formó a generaciones de arquitectos durante más de un siglo, hasta bien entrado el xix. Pero la gran revolución de la técnica y de la investigación en todos los órdenes científicos y artísticos, paralela y adaptada a las nuevas necesidades sociales; la importancia cada vez mayor de la arqueología descubriendo usos y estilos históricos; la Química y la Física, imponiendo nuevos procedimientos para la obtención de materiales; el auge, en fin, de otros sistemas constructivos, fundamentaron la necesidad evidente de discriminar en estudios especiales las nuevas enseñanzas. Así se separó de la antigua y gloriosa Academia la nueva Escuela de Arquitectura.

Los tiempos, idénticos a los de fundación de la Escuela de

Agricultura, no eran favorables, en sus hondas vicisitudes políticas y económicas, al anhelo despertado por la creación de la nueva disciplina. Poco tiempo después la Escuela de Arquitectura, sin adecuados locales en la Academia, se trasladaba provisionalmente a la parte conventual del Colegio Imperial de San Isidro. Provisionalmente: fijémonos, con un poco de rubor, en lo que esta palabra ha significado tantas veces para la administración española. Debe entenderse que la Escuela no conoció ya otra sede, sino ésta que se le ha deparado en la Ciudad Universitaria. De nada valieron las nobles quejas y protestas formuladas, sobre todo a partir de 1875, para mejorar de local. Constan los trabajos y gestiones realizados por algunos ilustres maestros, principalmente Lampérez, sin que el poder público atendiera nunca las demandas. Casi cien años habían de transcurrir para que aquellos mezquinos y oscuros locales, «en el peor edificio de enseñanza de arquitectura de Europa», se convirtieran en la mole majestuosa que se alza hoy en la Ciudad Universitaria.

Cabe en este punto consignar el nombre del ilustre arquitecto don Modesto López Otero, gran realizador de la idea. Como Director de la Escuela desde 1923, renovó las gestiones de sus antecesores respecto a instalación, sin lograr otra cosa que promesas ministeriales. Pero cuando fué designado Arquitecto-Director de la Ciudad Universitaria, cargo que ostenta todavía, encontró por fin la ocasión propicia para la edificación de la Escuela, entre las obras declaradas de urgencia. Con la colaboración del claustro el proyecto fué presentado a la Junta Constructora, encargándose de la ejecución y dirección el Profesor don Pascual Prado. Se terminó el edificio en breve tiempo, hasta el punto de verificarse exámenes en junio de 1936. El sueño quedaba plasmado en realidad, siquiera fuese por breves días, pues el destino heroico de todo el recinto de la Ciudad Universitaria se cumplió también en la Escuela de Arquitectura, devorada por la guerra.

En la mañana del 12 de octubre de 1943, Minerva tiende sus alas sobre estos campos de Marte. La victoria y la paz, dones del cielo, realzan desde ahora los arduos afanes de varias generaciones que soñaron nuevas metas en el campo de la cultura. Lo mismo la Escuela de Ingenieros Agrónomos que la Escuela de Arquitectura llevan en sus muros calor y ensueño de hombres que en otras épocas trabajaron denodadamente por una España mejor. Por eso he querido dedicarles este recuerdo en el día en que renace la Universidad española.

LA GUERRA DE ESPAÑA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por MANUEL AZNAR

DESDE el monte Garabitas se iba por una carretera, entre las famosas encinas de la Casa de Campo, hasta el caserón cuartelero llamado «Casa de Firmes Especiales». Antes había que salvar la «curva de la muerte». Después de las lluvias de un día de invierno, la curva solía convertirse en un fangal y los coches tenían que salvarla a motor callado, deslizándose sobre la arcilla. Silbaban muchas balas en aquel trozo del camino. La «Casa de Firmes Especiales» era el comienzo de la última etapa para dar el salto hasta la Ciudad Universitaria. Por el camino cubierto se bajaba hasta la orilla del río; después venía la frágil pasarela, sin defensas, cruzada de fuegos enemigos.

—Aquí estuvo—explicaba un Alférez de Regulares de Tetuán—el Teniente Coronel durante el asalto.

El Teniente Coronel era don Carlos Asensio, hoy Ministro del Ejército. Es lástima que un pintor de Historia no haya trasladado al lienzo aquellas escenas.

El Teniente Coronel Asensio, más manchego que castellano, con su traza quijotesca, huesudo y avellanado, encendida en fiebres la profunda mirada, estuvo, efectivamente allí, en las orillas del río Manzanares, mandando las prodigiosas tropas que brincaron desde la Casa de Campo a la Ciudad Universitaria. Un poco más atrás, en lo alto de Garabitas, vigilaban los prismáticos del General Varela. El General de las dos Laureadas había concentrado tres columnas para hendir uno de los cos-

tados de Madrid. ¡Tres columnas! Detrás de estas palabras apareció la realidad de unas fuerzas reducidas a la mínima expresión, extenuadas; Unidades que a fuerza de batallar y de triunfar tenían sus plantillas en los huesos.

Primera columna: es la de Asensio. Al Teniente Coronel se le ha ordenado: «Pasará usted el Manzanares entre el puente de la Carretera de Castilla y el Hipódromo de la Casa de Campo; inmediatamente conquistará la Escuela de Arquitectura, la Casa de Velázquez, el Hospital Clínico».

Segunda columna: la del Teniente Coronel Barrón. «Aguardará usted—se le dice—a que la *columna número tres* cruce el río; seguirá usted sus pasos y se extenderá hacia el Paseo de Rosales para llegar a la calle del Marqués de Urquijo».

Tercera columna: la manda el Teniente Coronel Delgado Serrano. «Una vez que la *columna número uno* se encuentre en la orilla izquierda del Manzanares y suba hacia la Escuela de Arquitectura, usted saltará también, franqueará la corriente entre el puente de la Carretera de Castilla y el de los Franceses, y al encontrarse al otro lado, se dirigirá resueltamente hacia la calle de Moret, donde ocupará el Cuartel del Infante, la Cárcel Modelo, las hondonadas y lomas del Parque del Oeste... Finalmente, se unirá con la *columna número uno* en la Plaza de la Moncloa».

El General Varela sabe que el empeño es difícil y las fuerzas muy escasas. Los soldados de aquella primera hora, cuyo recuerdo nos parece cosa de fábula y milagro, permitían intentarlo todo; pero, ¡quedaban ya tan pocos! ¡Había tales claros en las filas!

La orden es terminante. El Teniente Coronel Asensio iniciará el asalto. ¿Día? El 15 de noviembre de 1936. ¿Hora? Las seis de la mañana.

Casi toda la artillería disponible reúne sus fuegos sobre la Ciudad Universitaria y sobre las verdes laderas del Parque del Oeste. Apenas quiebran los primeros albores llega la aviación y descarga sus bombas. Entre los árboles brotan surtidores de

tierra y de escombros. Cuando la aviación se retira, el Teniente Coronel Asensio manda: —«¡Adelante!»

En las tapias de la Casa de Campo, junto al río, se ha perforado el muro. Por allí se lanzan Regulares y Legionarios. Uno tras otro, los primeros valientes caen sangrientamente. Parece como si en la otra orilla, cada árbol, cada arbusto, se hubieran convertido en una ametralladora. La *columna número uno* está envuelta en fuego por todas partes. El primer asalto ha fracasado. Asensio sigue mandando: —«¡Adelante!». Vuelve a rodar el pelotón de vanguardia desde la tapia hasta el río, que se enrojece de bravura. Los carros tropiezan con muchas dificultades. Un enlace del ala izquierda se acerca al Teniente Coronel: el enemigo está atacando por el lado del Hipódromo.

—¡Dios mío! ¡Que resistan!—contesta Asensio—. Que mueran sobre el terreno. No se puede retroceder ni un paso.

Vuelve la artillería a tronar con todas sus fuerzas. Aparece otra vez la aviación. Va mediando la tarde y pronto se echarán encima las sombras de la noche.

—Hay que pasar—decide el Teniente Coronel—con carros o sin ellos, muchos o pocos, bien o mal, hasta la Escuela de Arquitectura o hasta donde se pueda. ¡Todas las ametralladoras de los carros dirigirán su fuego sobre el punto elegido para el paso! ¡Que no quede un fusil enemigo en la orilla de enfrente!

La consigna se cumple. Son las cuatro. Los puestos avanzados observan que entre las frondas del Parque del Oeste y de la Dehesa de la Villa se mueven masas de soldados hacia el frente. Son las Brigadas Internacionales que llegan exactamente para cerrar la entrada a Madrid. Son muchos, y crecen continuamente. Un Batallón, otro, otro más, una Brigada, y así ininterrumpidamente hasta cubrir de uniformes y de armas el horizonte de la Ciudad Universitaria.

De pronto los ojos del jefe, brillantes de fiebre, contemplan un espectáculo indescriptible. Un Tabor de Regulares de Tetuán y una Bandera del Tercio se han lanzado al asalto. Los carros entran en el río. Alguno se queda allí averiado, pero su ame-

tralladora dispara sin cesar. ¡Ya! ¡Ahora están los soldados de España en la orilla izquierda! Se ven gorras bermejas de oficiales de Regulares al otro lado del Manzanares. Y gorros de la Legión. Loma arriba avanzan hacia la Escuela de Arquitectura. Aún hay luz suficiente para que Varela, desde su Puesto de Mando, vea cómo aparece en la Escuela una bandera española. ¡Qué hermosura! ¡Qué clamor de alegría en todo el frente! El propio Teniente Coronel Asensio está allí, en la posición más avanzada, donde ni siquiera la noche calmará la furia del combate.

Entre sombras pasan el río las demás Unidades de la columna. El aire está como asaeteado de balas rojas. No hay en la zona de paso un metro de tierra o de paisaje sin fuego enemigo.

El amanecer del día 16 de noviembre es dramático. La *columna número uno* no tiene apenas comunicación con la retaguardia. Una pequeña embestida roja, y el aislamiento será completo. La *columna número tres* debe apresurar el tránsito hacia el Parque del Oeste; pero, ¿cómo? El Teniente Coronel Delgado Serrano aprieta a los suyos. Caen muchos. Las bajas son graves. Al anocheecer están los supervivientes reunidos, agazapados en el Stadium. ¡Qué amarga situación! Sacando fuerzas de flaqueza, Asensio se ha lanzado a la conquista de la Escuela de Agrónomos y de la Casa Velázquez. El día 17 avanza hasta el Asilo de Santa Cristina y se apodera del Hospital Clínico. Delgado Serrano llega hasta el quiosco rústico del Parque del Oeste, entra en la Fundación del Amo y enarbola bandera de victoria en el Instituto de Higiene. En esos momentos, la *columna número dos* cruza el Manzanares. Las Brigadas Internacionales están ya, enteras y verdaderas, en el Paseo de Rosales, en las hondonadas del Parque, en la Dehesa de la Villa, en Puerta de Hierro, en el Palacete de la Moncloa, en las inmediaciones de Garabitas. Su contraataque tiene aires de tromba. Parece que aquellos centenares de soldados de Franco, que ni siquiera han tenido tiempo para abrir unas trincherillas, van a quedar sumergidos bajo un alud. ¿Cómo resistirán, si son uno contra veinte? Aviación

roja, carros, ametralladoras, morteros, artillería de campaña, cañones de acompañamiento, emboscadas explosivas y una infantería fresca, incitada por las predicaciones del odio y por el afán de botín, atacan desde el Norte, el Este y el Oeste. Los Jefes que vigilan en la Ciudad Universitaria junto a sus tropas deben pensar: «¡Ha llegado para todos nosotros la última hora!»

La noche del día 17 es tremenda. Asensio recibe algún refuerzo. ¿Para defenderse mejor? Sí; pero atacando. No espera la iniciativa de las Brigadas Internacionales. Es él quien golpea hacia la izquierda y quiere conquistar el Palacete de la Moncloa, por donde le amenazan inmediatos peligros de estrangulamiento. El Palacete es legionario el día 19.

Cuando al General Duval, venido de Francia para visitar el frente de Madrid, le explicaban estas operaciones y le mostraron el frente de la Ciudad Universitaria, comentó, estupefacto:

—No comprendo absolutamente nada.

Supongo que sus acompañantes le contestarían:

—Tampoco lo comprendemos nosotros.

Ni el Teniente Coronel Asensio, ni el General Varela, ni nadie. Aquello no era cosa de razón, sino de corazón; no había que comprenderlo, sino sentirlo.

El día 18 de noviembre, las columnas de vanguardia en el flanco madrileño, sumaban, en total, 1.500 hombres. Varela no disponía de un solo soldado más para el asalto. Habló con el Generalísimo. La visión de Franco fué de una maravillosa lucidez. La operación de entrada directa quedó terminada.

Todo había sido cosa de prodigio. Pero faltaba el mayor milagro entre todos: permanecer. «No hemos llegado aquí para marcharnos—dijo Asensio a sus combatientes—, sino para conservar este trozo de tierra española sin ceder un centímetro cuadrado.» Los demás Tenientes Coroneles hicieron resonar idéntica voz. ¡Conservar lo conquistado! ¡Permanecer! ¿De qué manera? ¿Dónde estaban las fuerzas? Nadie lo podía decir, porque no existían. El día 20 de noviembre comenzó la increíble

hazaña de mantener la bandera nacional en el Clínico, en la Escuela de Agrónomos, en la Casa de Velázquez, en la Escuela de Arquitectura, en el Asilo de Santa Cristina, en el Instituto de Higiene, en la Fundación del Amo, en el Palacete de la Moncloa, en la ladera septentrional del Parque del Oeste. Las líneas enemigas apretaban el frente como un cíngulo de hierro. Armas y ataques rojos en el Puente de los Franceses, en el Lago de la Casa de Campo, a derecha e izquierda de Garabitas, en las cercanías del Hipódromo, junto al Palacete, en la carretera de Puerta de Hierro, en las avanzadas del Clínico, en la Escuela de Odontología. ¡Ni un paso atrás! Toda la Ciudad Universitaria habría de ser, hasta el final de la guerra, una «curva de la muerte». Sobre los caminos cubiertos chasqueaban metálicamente las balas explosivas y reventaban los morterazos. ¡Qué drama! ¡Días de Asensio, jornadas inacabables de Ríos Capapé, héroe jubiloso de la Ciudad, acerado coraje de Fernández Virto y de Fernández Prieto, compañías de la Legión soterradas bajo los escombros después de las voladuras de las minas, soldaditos de los Batallones en gloriosa alerta, vigilancia de los Regulares, mirando al sesgo por aquellas troneras erizadas de balas!

Día tras día, los edificios de la Ciudad Universitaria se convertían en montones de cascote. Parecía que los símbolos de la Cultura perecían bajo los siniestros daños de la guerra. Pero aquello no era el perecer, amigos, sino el combatir para mejor resucitar al tercer año. De aquella imagen de muerte saldría la vida mejor de España, una vida con más bríos y con más ambición en las almas. El terrible asalto traería, al fin, la salvación de todo lo que nos importa y justifica nuestra existencia española.

Quien visitó el recinto de la Ciudad Universitaria en cualquiera de los momentos de la guerra española, no podrá echar de sí jamás una emoción incomparablemente más profunda y más bella que cuantas haya sentido en su vida. De aquella ciudadela de héroes se salía más que asombrado, más que entorne-

cido, casi angustiada en fuerza de haber asistido a insuperables expresiones de grandeza moral. No hay palmo de tierra en esa Ciudad que no merezca nuestra veneración, porque toda ella está regada de sangre de valientes, sangre de confesores y mártires de la fe de España, que sirve a la de Cristo. Rescatar esa tierra costó tanto, que ningún esfuerzo y sacrificio serán excesivos para conservarla en la plenitud de su dignidad, de su nobleza y de su victoria.

LA ARQUITECTURA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por M. LÓPEZ OTERO

Arquitecto-Director de la Ciudad Universitaria

EL juicio de la arquitectura de la Ciudad Universitaria debería hacerse por persona ajena a la organización técnica que proyecta y dirige sus edificios. Sin embargo no está demás, y hasta parece oportuno en esta ocasión solemne, exponer algunas razones y argumentos, siquiera se haga en un artículo solicitado con urgencia y en momentos en que la fecha de inauguración impone agobios y resta serenidad de espíritu.

El problema de la Ciudad Universitaria adolece de todas las preocupaciones de los problemas de la arquitectura, en esta época agitada, de lucha del eclecticismo decadente y estéril y el afán por un nuevo estilo.

En dos aspectos debe considerarse: el de ordenación de los edificios (planeamiento general) y el de la composición de éstos edificios. Ambos son resultante de una intervención de calidad en el concepto y en el programa: la de la Junta Constructora, integrada por elementos universitarios de suprema solvencia intelectual. Por si ésto fuera poco, esta misma Junta, en su deseo de perfección, acudió a una fuente informativa y crítica de altísima garantía: el estudio de las modernas Universidades de Europa y América, realizado por una comisión de su seno, integrada por los profesores Casares, Simonena y Palacios y el que escribe estas líneas.

Con la información discutida, la Junta llegó a establecer para la organización del programa, el concepto unitario, en con-

tra del criterio de dispersión, que es uno de los principales defectos de la Universidad española del siglo XIX.

Este criterio de unidad, es decir, de agrupación en un solo recinto, supone remontarse al concepto histórico y tradicional de la Universidad española mantenido por la Universidad inglesa y americana, desaparecido en Europa en el siglo XVIII, vuelto a resucitar en la Universidad alemana de Strasburgo y afianzado en las más recientes europeas. No precisa defender la superioridad de este concepto, que supone elevación del valor social de la Universidad, colaboración entre sus diferentes órganos, mayor facilidad de adquisición de cultura general, etcétera.

El programa de la Ciudad Universitaria de Madrid, se estableció con este principio de abarcar en un solo recinto los estudios superiores universitarios y algunos de alta técnica, fuera de la órbita rectoral. Y se fijó la población escolar en una cifra imponente: la de aquella matrícula (1927-1928) aumentada en un 20 por 100; total: 10.000 estudiantes.

La importancia del programa, la acumulación de las enseñanzas y el número de estudiantes, suponía un plan de verdadera ciudad con autonomía de trazado a establecer en lugar sin urbanización de ninguna clase. Este plan, con aquél concepto, se aplicó con las condiciones de respeto a ciertos edificios ya construídos ajenos a la Universidad, manteniendo las gratas ondulaciones del terreno, conservando el paisaje y estableciendo, además de la viabilidad de enlace entre los grupos de edificios, una gran vía de penetración a Madrid de densa circulación, que recogiera el movimiento general, dejando a la Universidad en silencio.

Para la agrupación de los edificios seguimos el criterio de reunirlos, según su naturaleza y finalidad, en concentraciones parciales combinadas con el terreno, en lugar de una sola agrupación, como en Roma, estableciendo una de Letras y Ciencias, otra de Medicina con Farmacia, otra para las Artes y otra de viviendas y residencias escolares. Cada grupo se ha compuesto

alrededor de un «campus» y en el principal, como centro de la Universidad toda, el edificio representativo, el Paraninfo, al extremo de la gran avenida central, la verdaderamente universitaria, y con el fondo de la sierra.

Nos propusimos también que la Ciudad Universitaria fuera siempre una ciudad parque, no pasando jamás la superficie edificada de un 15 por 100 de la totalidad. De aquí la necesidad de no alterar con edificios ajenos a la Universidad esta regla fundamental.

En resumen, hemos tratado de obtener en la composición del plan general, el complemento del programa, con una eficaz red viaria de enlace, respetando las bellezas del terreno y del paisaje y con la necesaria extensión de zona verde.

Esta ciudad, de nueva creación, exigía, y se han hecho ya, todas las instalaciones urbanas propias: saneamiento, agua, luz, gas, electricidad... Para la calefacción se ha construido, por primera vez en España, una red, que partiendo de una central térmica lleva el calor a todas las Facultades, Escuelas y Residencias.

El concepto moderno del edificio universitario se basa en el modelo de laboratorio, seminario y aula de pequeña dimensión. Enseñanza individual práctica y directa contra el concepto antiguo de lección oral a grandes masas. Ello exige locales adecuados de luz apropiada y de altura, que determinan, ante la gran cantidad de alumnos, gran volumen y repetición de huecos, cuya ordenación caracteriza tales edificios. Todo esto es diferente del edificio universitario del siglo xvi. No parece apropiado, por muy ancha que se tenga la manga ecléctica, utilizar el pastiche plateresco para un laboratorio de química, ni el barroco para una sala de anatomía o una clínica. Este criterio de atender principalmente a la función, fué siempre sustentado por la Junta Constructora. Conviene recordar cómo, ante la de 1930, el entonces Decano de Medicina sostuvo y convenció la conveniencia de suprimir la cornisa de piedra que iba a coronar el gran hospital y que por su extraordinaria longitud importaba

muchos miles de pesetas e invertir su importe en una instalación clínica «más útil a la Humanidad que la cornisa». Este criterio exagerado si se quiere, indica el tono que domina siempre en la moderna concepción de los edificios pedagógicos de las Ciencias, en los cuales si ha de imperar la unidad, imprime carácter al conjunto.

No obstante, hemos utilizado los materiales madrileños y empleados en su proporción tradicional: zócalos de granito, abultados de piedra caliza y fondos de ladrillo, no perdiendo la relación de carácter y ambiente, y pretendiendo mantener la constante característica de lo español dentro de la modernidad.

Pero claro es, que no todo ha de ser arquitectura de laboratorio. La Universidad tiene también valores representativos y de alta calidad espiritual, que han de presidir a los de trabajo. Aquí los hemos concentrado en el Paraninfo, que constituye el punto principal de toda la ordenación y que, a modo de Templo del Saber, contendrá una nave en cuya bóveda se pintará una inmensa alegoría de la Ciencia española. Se imaginó y así se ha proyectado, una composición clásica con lo que podría denominarse «interpretación moderna», y en la que se reunirán materiales de exquisita calidad. El atrio de grandes dimensiones de este Paraninfo, servirá para fiestas y concentraciones escolares y en el centro se erigirá el monumento al insigne fundador de la Ciudad Universitaria, don Alfonso XIII. Las líneas tranquilas y el dominio de la horizontalidad, armonizarán con el conjunto y no alterarán el propósito de cortar, con picos, torres o chapiteles, la línea de fondo de la sierra de Guadarrama.

También el Templo Universitario, dedicado a Santo Tomás de Aquino, va concebido como una «adaptación» de un puro y severo herreriano, apropiado aquí al tema religioso. Su gran hastial respalda una composición en lonja o compás, en la que se erigirá la estatua del Cardenal Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá, origen de la de Madrid, y a la que acompañan las efigies de sus grandes maestros: Nebrija, Arias Montano, Ambrosio de Morales, el Divino Vallés, Melchor Cano, An-

drés Laguna... Es como una síntesis alegórica del siglo de oro de la Universidad Complutense.

La Escuela de Arquitectura, ha sido también concebida con el mismo concepto de eficiencia, dominando el hueco del estudio y del aula gráfica. De propósito, sus desnudos muros servirán de fondo al Museo externo de trozos de arquitectura que se piensa crear. El parço sello clásico de su fachada era obligado aquí.

Esta organización de edificios en los que se atiende principalmente a la función pedagógica, acompañando y supeditados a otros principales representativos, es decir, el establecimiento de una arquitectura jerárquica, se ha seguido también en las modernas Universidades europeas de Roma, Oslo y Atenas, trazadas con posterioridad a la de Madrid, y en este punto, comparando, hemos de afirmar la superioridad de la nuestra sobre las citadas, en extensión y en belleza del emplazamiento.

Una Comisión de Arte, que actúa dentro de la Junta y que preside el Sr. Director de Enseñanza Universitaria, por iniciativa de éste, decidió la construcción de otros monumentos, cuyos proyectos nos encomendó: un arco, de concepto románico, al Caudillo, como puerta de entrada a la Ciudad Universitaria; un monumento a José Antonio y al estudiante caído, emplazado ante la casa del S. E. U., y una fuente monumental dedicada a las Artes españolas. En estos, como en los anteriores ya citados, el concepto es arquitectónico, supeditando a las líneas arquitectónicas, las esculturas que han de realizar, respectivamente, los ilustres artistas Sres. Orduna, Pérez Comendador, Capuz, Adsuara y Clará.

La arquitectura de la Ciudad Universitaria, habrá que juzgarla en su conjunto, no solamente por lo hasta ahora construido. Lo que sí podemos afirmar es el entusiasmo y capacidad con que han trabajado, y trabajan, nuestros colaboradores, y ya ilustres Arquitectos, Bravo, Santos Aguirre, Barroso, Garrigues y Ripollés, y el Ingeniero Torroja. Es un deber recordar aquí, en esta ocasión solemne, el nombre del Ingeniero

militar, D. José Petrirena, caído en 1936, y cuya labor en los complicados problemas de especiales instalaciones de laboratorios, fué extraordinaria.

Por último, los arquitectos hemos de recordar y agradecer la leal colaboración de los Universitarios de la Junta, y especialmente de sus secretarios, el Dr. Aguilar, gran propulsor de la regia iniciativa, y los Sres. Ferrandis y Sánchez Peguero.

Con tales elementos, conocedores del interés del Jefe del Estado y de su Ministro de Educación Nacional, hemos llegado a una solemne inauguración, secundados por el esfuerzo de personal técnico auxiliar y sin olvidar el de las Empresas y obreros, en medio de las dificultades que la guerra mundial impone a la construcción.

LA RELIGIÓN EN NUESTRA UNIVERSIDAD

Por Fray JUSTO PÉREZ DE URBEL

LA Universidad es una cosa muy seria, eso lo sabe todo el mundo, aun aquellos que trinan contra ella juzgándola como un organismo enfermo, anquilosado, ineficaz. Si examinamos la historia de los pueblos y la comparamos con la de sus Universidades respectivas, echaremos de ver inmediatamente que existe entre ellos un paralelismo innegable. Un pueblo próspero tiene a su disposición Universidades florecientes, y a una Universidad en decadencia corresponde un pueblo que marcha hacia la ruina; y si la Universidad es materialista o alimenta ideas sin altura o no tiene ideas de ninguna clase, todas estas tendencias tendrán su repercusión inevitable en la sociedad para la cual ha sido hecha. ¿Será esto porque un pueblo fuerte crea una Universidad fuerte, o bien porque una Universidad donde hierve la vida y vibra el pensamiento y la enseñanza tiene audacia y grandeza es capaz de extender su vitalidad en torno suyo? La influencia, ciertamente, puede ser recíproca; pero nadie ignora la influencia que las ideas tienen en el ambiente social y nadie ignora tampoco que, si muchas veces no nacen en la Universidad, es la Universidad la que las consagra, la que las esparce, la que les da carta de naturaleza, añadiéndoles así una fuerza, una eficacia, una autoridad que no hubieran alcanzado de otra manera; es la Universidad la que envía en todas direcciones, como otros tantos apóstoles, a los hombres que se han de encargar de convertir esas ideas en hechos, de hacer la

historia de su país de acuerdo con aquellas normas que se les inculcó en las aulas de la Universidad.

↳ Esto lo sabían perfectamente los gobernantes republicanos que se sucedieron en España desde la caída del General Primo de Rivera hasta que estalla la revolución nacional del 18 de julio. Ellos se proponían hacer una España laica, atea, comunista; y empiezan su tarea transformando la Universidad para convertirla en un instrumento dócil para la realización de sus planes. Se daban cuenta de que sin el apoyo del mundo universitario hubieran fracasado y de la misma manera que se esforzaron por colocar a los suyos, a los hombres de su confianza, en los puestos de más responsabilidad que tenía la fuerza armada, así trabajaron por captar el personal universitario, y cuando no lo conseguían, por aniquilarlo, por cambiarlo, por alejarlo con vejámenes y persecuciones. Ya vimos lo que fué entonces la Universidad, y cómo era en ella donde se fraguaban las leyes inicuas, y de ella de donde salían las mayores blasfemias. Hay un hecho sumamente significativo, y es que, en aquellos conatos de colaboración de derechas e izquierdas, en aquella buena voluntad con que los católicos, con beatífica ingenuidad, se prestaron a compartir con sus adversarios las funciones del Gobierno, jamás consiguieron que se les entregase el Ministerio de Instrucción Pública, porque era necesario evitar que cayese en sus manos la enseñanza, porque había que seguir aquella política antiespañola y anticristiana que venía desarrollándose por medio de la Universidad.

Gracias a Dios, todo aquello fué barrido por la cólera heroica de nuestra juventud. La guerra terminó con una victoria rotunda, sin compromisos, sin componendas, con la derrota completa de la revolución antinacional. Era el triunfo del espíritu tradicional de España, que insultado, despreciado y perseguido en los años anteriores retoñaba vigoroso en todas las manifestaciones de la vida nacional, en el campo, en la calle, en la oficina, en la ley, en la costumbre, en la milicia y en la escuela. Y volvía, sobre todo, a la Universidad. Se pensó nuevamente, co-

mo en un ideal magnífico, en la vieja Universidad española, en la de San Fernando y en la de Cisneros, en la de Vitoria y los Salmanticenses; se estudió la articulación de aquellos sabios organismos, que produjeron los grandes maestros y los grandes pensadores; se cifró la misión educadora en aquel «*facere vitam honestam et bonam*», que proclamaba Alfonso el Sabio, y en aquella generosa ambición de forjar hombres que «*honorarentur a España et serviantur a Ecclesia*», que era la meta del fundador de la Universidad de Alcalá de Henares. Por esta vez los hijos de la luz no fueron menos perspicaces que los hijos de las tinieblas. También ellos dieron a la Universidad la importancia que le habían dado los enemigos; pero lo que antes había sido un elemento destructor de instituciones y envenenador de espíritus, una fuerza disgregadora puesta al servicio de los que se empeñaban en destruir a la Patria, tendrá ahora el altísimo destino de restaurar, de sembrar verdad y vida, de servir a la renovación de la grandeza patria, en un palabra, de educar, es decir, de elevar, conforme con el sentido primero de la palabra latina, de sacar a la intelectualidad española de aquel abismo de postración, de aquella maraña de confusiones, aquella nube de herejías y contradicciones, en que la había metido aquella otra Universidad del Frente Popular, que iba a la deriva, sin rumbo fijo y extraviado por la pasión y el prejuicio.

La antigua Universidad laica, blasfema y sectaria, va a ser reemplazada por una Universidad fervientemente católica. El Estado nacionalsindicalista tiene su religión y su moral; es la religión y la moral del catolicismo. La Universidad de ese Estado no puede tener ni otra religión ni otra moral; y no es que el Estado las imponga precisamente por ser las suyas, sino por ser las verdaderas, las que el cielo mismo ha revelado a los hombres como medio más perfecto para ordenar, entre ellos, la vida terrena, y como medio único para conseguir la vida perdurable. Urgía barrer el estiércol amontonado por espacio de un siglo, purificar el aire viciado de pestilencias, librar a la ciencia de manos de energúmenos y de fariseos. Y esta tarea se em-

prendió con energía y a la vez con prudencia. En adelante, la Universidad había de vivir y hacer vivir del espíritu del Movimiento, el que había triunfado, y el que debía imponerse, si España quería salvarse. Su enseñanza, por lo tanto, debía ser católica, realizando así un ideal que parecía casi imposible conseguir en este mundo moderno de apostasía o de separación; indiferencia u hostilidad entre la política y la religión. Una pluma autorizada, recelosa con respecto a toda intervención oficial en materia de enseñanza religiosa, podía decir en los días duros que precedieron a nuestra revolución, que una enseñanza católica no es una enseñanza del Estado recibida por católicos; no es un vestido de confección, ni siquiera un vestido de confección, ni siquiera un vestido admirablemente cortado tal vez, pero para otro; y añadía que una enseñanza católica debe ser una enseñanza organizada por católicos para católicos. Tal debía ser la enseñanza de la nueva Universidad. El nombre de Dios, que había sido arrojado de sus aulas, volvía de nuevo a ellas; volvía el crucifijo; volvía el respeto incondicional a todos los dogmas de la revelación cristiana; volvía la preocupación por la vida religiosa del estudiante. Como en los mejores tiempos, la masa estudiantil se reunía de nuevo con sus maestros para implorar la ayuda del Espíritu Santo al inaugurar el curso; y volvía a reunirse con motivo de la fiesta del Ángel de las Escuelas, presentado a la juventud universitaria como el modelo a seguir en sus estudios e investigaciones científicas. Más todavía, en muchas partes las viejas capillas, que habían sido cerradas o destinadas a otros usos, recobraron su destino antiguo y volvieron a ser como el centro y el corazón de la vida universitaria. Es emocionante, por ejemplo, entrar en la Universidad de Valladolid y ver el famoso Cristo de Hernández colocado con tanto decoro y con tanta reverencia en aquella artística capilla que se abre cerca de la entrada, presidiendo y bendiciendo desde allí toda la vida de la *alma mater*. Y todo esto no es más que la exteriorización de un íntimo deseo, convertido en espléndida realidad: que Cristo esté presente en la formación de nuestras ju-

ventudes, que todas las actividades universitarias reconozcan como guía supremo el dogma y la moral del Evangelio; que un ambiente de piedad informe todos los actos de la vida del estudiante.

Todas estas orientaciones, potentes ya desde el primer momento de la revolución nacional, han venido a cuajar últimamente en la Ley de Ordenación Universitaria. Conozco extranjeros, profundamente católicos, que estaban maravillados de que se pudiera dictar en la hora actual una Ley, en que se miran con tan respetuosa delicadeza todas las exigencias de la vida religiosa social e individual. Pero no estamos en momentos propicios para los emplastos ni las medias tintas, para las cobardías y las transacciones. Después de tres años de lucha encarnizada, después de tantos heroísmos y sacrificios, después de tantas ruinas, tantas llamas y tantos martirios, era necesario adoptar una actitud decidida, valiente y casi intransigente. Por eso, esta afirmación categórica: «La Ley quiere, ante todo, que la Universidad sea católica». Universidad católica no quiere decir lo mismo que Universidad de la Iglesia. La Iglesia tiene sus centros para organizar en ellos una enseñanza superior de las ciencias sagradas y de todas aquellas que sirven a esas ciencias; los tiene, y disfruta de plena libertad para crear otros nuevos. El Estado no sólo no se lo entorpece, sino que reconoce con palabras terminantes todos sus derechos, y hasta promete su ayuda para que se los lleve cuanto antes a su plena realización. Voces insensatas hablaban de Universidad libre, sin percatarse de los peligros que pudieran encerrarse en este grito, dentro de un Estado que quiere ser católico. La nueva Ley reconoce esa libertad a quien le es debido, es decir, a la sociedad divina, que recibió de su fundador la misión sagrada de enseñar a los hombres; pero no puede reconocérsela a quien la ejerza para sembrar el error, para crear odios y divisiones, para extraviar a los ciudadanos, para debilitar a la Patria o para combatir a la verdadera religión. El nuevo Estado sabe también que la familia, anterior al Estado, tiene por naturaleza de-

recho inviolable a la educación de los hijos, pero no ignora tampoco que si se redujese a respetar ese derecho, la Nación caería rápidamente en el salvajismo. Los que pregonan los derechos imprescriptibles de la familia a la educación completa, debieran darse cuenta de que hay innumerables familias sin principio ninguno de educación o con principios falsos, perjudiciales, suicidas, de los cuales hay que defenderlos a ellas y a los que las rodean.

Por eso, la Ley de Ordenación Universitaria, ha querido dar una importancia tan grande a la enseñanza de la religión. No solamente no se permitirá inquietar las conciencias con prédicas escandalosas o con reticencias hipócritas, sino que por vez primera, después de muchos años de laicismo pernicioso, se ordena una serie de cursos de cultura superior religiosa. Al alumno se le recordará lo que la Iglesia ha hecho en España y por España en los veinte siglos que llevan juntas luchando por la verdad y la civilización; se le indicarán las normas que deberá seguir, cuando salga de la Universidad, en la práctica de sus deberes profesionales; se le ayudará a resolver las dudas que puedan surgir en su mente, por supuestos conflictos, entre la ciencia y la fe; se le pondrá en disposición de completar los conocimientos que sobre religión le dieron en la Escuela y en el Colegio, para que pueda dar razón de su creencia, como decía San Pedro, y para que su fe, ilustrada con la reflexión y el estudio, pueda resistir los embates de la vida y sortear los escollos de la ignorancia. Y de esta manera, el espíritu de fe envolverá y animará el estudio de las demás disciplinas, iluminándolas y ennobleciéndolas. En el estudio de las lenguas antiguas, podrá el investigador tomar su tarea apasionadamente, pero eso sin entregarse vivo al monstruo de la filología pura, porque el hombre no está hecho para las lenguas, sino las lenguas para el hombre; en el de la historia verá el Espíritu que invisiblemente rige a los hombres y las razones providenciales que unen los acontecimientos, en vez de encontrarse con una masa informe y ciega de hechos y de nombres, sin

significado ninguno para la vida moral y espiritual del hombre; en el de las humanidades, se preocupará de añadir al cuidado de la forma, el de la educación y moldeamiento completo del alma, sin olvidar que al mismo tiempo que el de Homero y el de Virgilio existen el latín y el griego de los Santos Padres; y en todas las disciplinas se buscará cuanto pueda servir para formar un gusto, una sensibilidad, un juicio intelectual y moral, dignos de un hombre y de un cristiano, esa cosa superior que puede y debe tener un médico, un jurista, un industrial, un ingeniero, además del conocimiento adecuado a su profesión particular.

Tal es la finalidad altísima que se propone nuestra Universidad, deseando continuar las tradiciones de aquella otra Universidad en que se formaron nuestros juristas, nuestros diplomáticos, nuestros teólogos y nuestros místicos del Siglo de Oro. Y la busca no solamente orientando y vigilando la doctrina que se ha de dar al estudiante, sino también tratando de defender su vida y de envolverla en el ambiente de una piedad discreta y varonil. El estudiante tendrá sus fiestas religiosas y sus actos de discípulo de Cristo dentro de la Universidad; tendrá sus enlaces con la jerarquía eclesiástica; tendrá su Dirección de formación religiosa universitaria, donde encuentre consejo, fuerza y apoyo paternales en medio de las tempestades que pueden combatir su juventud, y al mismo tiempo, ayuda desinteresada para obviar las dificultades y resolver los pequeños problemas que se le presentan a un muchacho que deja su familia para ir en busca de la ciencia a la gran ciudad. Tendrá también esa Institución nueva, y tan vieja, sin embargo, entre nosotros, del Colegio Mayor, que han podido criticar gentes miopes acostumbradas a ver un aspecto de las cosas, casi siempre el menos importante, pero que ya conocemos por los frutos que dió en otro tiempo, y que indudablemente está llamado, no solamente a proteger la vida del colegiado de mil peligros, sino también a intensificar y hacer más provechosa su labor intelectual.

Tal es el panorama que en el orden religioso nos ofrece hoy

la Universidad española. Para los que estamos convencidos de que el orden religioso es fundamental en todos los aspectos de la vida, pero muy particularmente en el de la enseñanza, esto es consolador en extremo, pues nos promete en un tiempo no muy largo la formación adecuada de una generación nueva, destinada a salvar y perpetuar en la vida nacional cuanto hay de noble y generoso en nuestro Movimiento vencedor. El aspecto religioso no es ciertamente el único en una Universidad; es necesario que la ciencia esté a la altura de esta dirección inteligente e innegable buena voluntad que muestran nuestros gobernantes; pero la unión fecunda de esos dos elementos traerá seguramente la reanudación de nuestras viejas glorias universitarias.

EL ESPIRITU DEPORTIVO DE LAS JUVENTUDES EN LA NUEVA UNIVERSIDAD

Por J. MOSCARDO

Delegado Nacional de Deportes de F. E. T. y de las J. O. N. S.

NO sé si mi fe en los destinos de la Patria y mi optimismo inquebrantable me hacen contemplar los panoramas del porvenir con más firmes seguridades cada vez. Por otra parte, no me considero un iluso cuando al ponderar los esfuerzos llevados a cabo en todos los órdenes desde que el Caudillo empuñó el timón de la nave española resucitada, justipreció las transformaciones operadas a lo largo de un plazo cuyas dificultades fueron y son perpetuo estímulo en el áspero camino de la renovación y la reconstrucción española.

Independientemente de la material reconstrucción—cuyo valor cualitativo y cuantitativo entra por los ojos—y me importa destacar la que también quiero titular reconstrucción física y moral de nuestras juventudes.

Por gozar, aunque inmerecidamente, de un puesto de dirección en la tarea, quizás sea yo el menos indicado para celebrar esta obra transformadora que llamo «reconstrucción física y moral de nuestras juventudes»; pero compelido a esbozar mi sentir en breves frases con este criterio de soldado que es consustancial, debo afirmar sin asomo de jactancia que nunca en la vida española se hizo tanto esfuerzo, tan reiterado y tan firme, por los caminos de la educación física. Y viene aquí, como anillo al dedo, la finalidad más precisa de este escrito: la eficaçísima colaboración de los universitarios que al incorporarse

después de la Cruzada de Liberación al ansia del «aire libre», completaron por sistemas tangibles aquella obra iniciada en la Escuela de Educación Física de Toledo por el Ejército, y que hasta entonces fuera alarde tan singular como ejemplar.

Al presente y aunque muchas sean nuestras preocupaciones desde la Delegación Nacional de Deportes para tratar de encauzar la educación física española (y buen exponente de realidades ha sido el reciente I Congreso Nacional celebrado en el Retiro de Madrid), poseemos una gran verdad como dos postulados indiscutibles: la proyección sobre el futuro para desarrollar nuestras juventudes identificándolas en el amor a la educación intelectual y el gusto por la educación física, puede y debe descansar sobre la experiencia viva llevada a cabo por el Centro toledano que expandió sus lecciones por todo el Ejército y la Ciudad Universitaria, cuyas pistas fueron cátedra y crisol donde comenzaron a forjarse las mejores juventudes, las más inteligentes y las que por sumar unas y otras virtudes supieron sacrificar en el altar de los heroísmos sus más preclaros afanes patrióticos.

Estas pistas de la Ciudad Universitaria, que están abonadas con la sangre más limpia de los mejores españoles, serán, desde ahora, escenario propicio de exaltados esfuerzos en los que la inteligencia y el músculo vibrarán aunados; y así como el Tajo fué la arteria por donde fluyó para toda la España militar la buena nueva de la preparación física, el Manzanares—altivo y heroico tras la Cruzada—será la válvula por donde escapará hacia los ámbitos civiles y universitarios del viejo solar la ambición de universalidad patriótica de la educación física, ligada estrechamente con la intelectual. Estudiantes y militares—soldados todos de la España Inmortal—forjarán así la savia nueva que ha de vivir y crecer, en función de servicio a Dios y a España.

LA CATEDRA DE UNIVERSIDAD

Por el Profesor Dr. D. F. ENRIQUEZ DE SALAMANCA

Decano de la Facultad de Medicina de Madrid.

LA enseñanza superior o universitaria se distingue de las otras por rasgos derivados de la índole de la materia que ha de enseñarse, de la del sujeto que aprende y de la forma de enseñar.

En las Universidades se aprenden disciplinas en las que el trabajo intelectual es exclusivo o predominante, de modo que lo manual, si existe, como en la Ciuugía, exige la hegemonía de lo psíquico y tiene un carácter de realización creadora. Y aunque esto pudiera decirse de la enseñanza primaria y secundaria, en gran parte de ellas; pero en éstas la materia es amorfa, indiferenciada, y es (o debiera ser) un nuevo pretexto para que el alumno ejercite sus actividades sensoriales, intelectivas, afectivas y volitivas, con miras a su desarrollo como ser humano y como ciudadano *in genere*. En cambio, en la enseñanza universitaria, la materia es ya especializada, plenamente sistematizada, sobre la cual ha de volcarse el sujeto, como sobre un verdadero objeto, que ha de dominar para la especialización profesional, como *miembro de una sociedad* organizada. Por donde, en nuestras Cátedras, no solamente se ha de exigir *la formación*, sino también, y preferentemente, *la capacitación*: el caudal de conocimientos y la aptitud para su empleo. Tan absurdo como exigir en el examen de Estado a los Bachilleres el recuerdo de detalles nimios de Ciencias, de Literatura o de Historia, sería no pedir a los Universitarios el conocimiento de los detalles útiles de su especialidad.

El sujeto de la enseñanza universitaria pertenece (o debiera pertenecer) a una minoría selecta, que destaca por sus sobresa-

lientes aptitudes y por su buena *formación*, ya adquirida en las enseñanzas anteriores, que son (que deben ser) el verdadero *preparatorio* de la nuestra. Es la minoría destinada a las funciones dirigentes de la sociedad y, por ende, cargada de responsabilidad y merecedora del respeto de la sociedad. Por eso, la enseñanza universitaria no tiene que proponerse la *formación* del individuo, sino la *formación* del profesional, entendida esta palabra «profesional» en el sentido lato de la palabra. Porque profesión, y eximia, es la de enseñar y la de investigar, para preparar la cual existe (o debiera existir) el grado supremo de la enseñanza, que es el Grado de Doctor.

La forma de la enseñanza universitaria, en sus rasgos esenciales, no puede ser distinta de las otras enseñanzas. Unas y otras reciben su inspiración del fin que se propongan, del *ideal* que informe la educación. El fin determina el camino que hay que recorrer para alcanzarlo. El camino determina los medios que hay que emplear para recorrerlo. Fin, camino y medios, o sean: ideal, método y procedimientos forman un todo orgánico, en el que el ideal es como el alma, que todo lo informa. Y el ideal educativo depende del concepto de la vida y del mundo que nos hayamos formado previamente. Por eso, en la enseñanza universitaria habrá que distinguir y precisar los rasgos esenciales y genéticos a toda educación, y los específicos, distintivos de la Cátedra universitaria. Los primeros dependen del concepto que nos formemos del hombre y de su destino en la sociedad y en el mundo universal. Los segundos, del concepto de profesión. Los errores pedagógicos dimanar de los errores en esos conceptos y los errores se reducen a conceptos parciales, que sólo aceptan una parte de la verdad, una verdad a medias, que es la peor de las mentiras.

Un concepto falso del hombre es el que acepta en él sólo una zona, un cuerpo organizado sometido a un determinismo menos que físico, sin aceptar la indeterminación, que produce en nosotros un alma espiritual. Consecuencia de él es el negar la libertad y dignidad humanas. En el hombre sólo queda un cuerpo, cuyo valor único consiste en la constitución racial y en la complejión

recia; en el rendimiento de la máquina humana. Aquellos hombres que mayor valor biológico posean, deben prevalecer; aquellos individuos, razas y pueblos que más perfectos físicamente sean, deben predominar, con exterminio de los inferiores. La roca Tarpeya es un procedimiento educativo; todo se reduce a la cría y doma de los ejemplares.

Otro error, y muy difundido en España, es el considerar al hombre aislado de su ambiente, como si un ser vivo pudiera vivir como un pez fuera del agua. Según éstos, la educación, *a lo sumo*, consiste en desarrollar las potencias latentes del individuo para que éste viva mejor y prospere. En el mejor de los casos, se persigue la perfección individual, sin ocuparse de la misión social de cada hombre como *miembro* (no parte) de un cuerpo social. El sujeto, así educado, carece de *sentido social*, es un egoísta y un indisciplinado; va *a lo suyo* y le tiene sin cuidado el interés ajeno; su máxima es: «el que venga atrás, que arree». Este es, desgraciadamente, el error español, para el cual la Ley se hizo para burlarla y la profesión es para ganar dinero. No le pidáis que ceda parte de su tiempo o de su atención para ocuparse del bien común; esto es perder el tiempo; o que acuda a los actos colectivos, a no ser que en ellos espere conseguir una subida de sueldo, o una recomendación, o un negocio.

Modalidad atenuada del individualismo, o dicho de otro modo, del menosprecio de la realidad extraindividual, es el *formalismo*, que a tan lamentables extremos llegó en el siglo xvii y en el xviii, y que condujo al descrédito de las Universidades, otrora tan gloriosas y fecundas. Todo se reducía a la *lección* de textos estereotipados, al comentario y ejercicio de la crítica; se prescindía de la presentación de realidades, de la intervención sobre esas realidades para conocer todas sus facetas, sus resortes y para dominarlas y utilizarlas.

Otro error, y opuesto al anterior, es el considerar la sociedad como un todo y como única realidad: el *holismo* social, que prescinde de la realidad individual humana. El individuo se debe, en abso-

luto, a la sociedad, a la nación; sólo tiene deberes con relación al Estado y el Estado sólo tiene derechos con relación al individuo. El Estado es el Todopoderoso. Si hay que desarrollar las potencias latentes del individuo es porque la nación tiene el derecho a su pleno rendimiento; no hay cabida para la libertad individual ni consideración para la dignidad de la persona, a la que no se reconoce transcendencia alguna ni se la considera portadora de valores eternos. La educación es misión exclusivamente estatal; ni el individuo ni la familia ni la Iglesia tienen derecho a intervenir.

Más difusión que el error anterior, aunque análogo a él, desde el punto de vista biológico, es el que pudiéramos llamar super-realismo científico, que todo lo espera de la *instrucción*, del acúmulo de conocimientos, sin parar mientes en la capacidad adquisitiva del sujeto; todo se fía al memorismo, a las técnicas y a la bibliografía; no se deja tiempo para reflexionar y se repudia la meditación asimilativa; se desdeña y aun ridiculiza el estudio de la Filosofía. Los prohombres que se han encumbrado, a pesar de este error de criterio, se parecen a aquél Pasarón de la novela de Palacio Valdés, «Años de Juventud del Dr. Angélico», que regurgitaba las opiniones de infinidad de autores, sin dar nunca la suya. Es el error que, desgraciadamente, perjudica a nuestros hijos, los que estudian el Bachillerato en una edad en que valía más pecar de formalistas que de enciclopedistas.

Aún pudiéramos mencionar otra supervaloración de lo exógeno, es la influencia educativa, a la que pudiéramos llamar *reglamentarismo*. Según ella, todo se espera de la educación rígida, de la reglamentación de la disciplina. Se quiere troquelar los individuos en una manera y un tiempo determinado, para obtener un tipo prefijado *a priori*, cual si se hubiese ya encontrado la *única* realidad posible. Se olvida la variedad, dentro de la unidad esencial, que caracteriza los hechos biológicos; se olvida que «en la casa del Padre hay muchas moradas».

Una educación verdadera debe fundarse en un concepto integral del hombre y su destino. Del hombre, con su cuerpo y su alma; con un cuerpo, instrumento indispensable de todas sus ac-

tividades, las cuales serán más perfectas cuanto más perfecto sea el cuerpo al través del cual serán realizadas. Un cuerpo que sea *preservado* de lacras por la castidad previa de los progenitores; que sea *criado* con higiene y *desarrollado* por la educación física, mientras esa educación física no dañe a la psique por el narcisismo o exhibicionismo immoral y antiestético. Y un alma inmortal y con destinos eternos, que no consta sólo de memoria ni sólo de inteligencia y cuya voluntad no es señora absoluta, sino supeditada a las realidades sociales y sobrenaturales; un alma en la que el conocer es para hacer; pero la acción, por sí sola, no es buena, sino en cuanto está ordenada al bien, que, en fin de cuentas y prácticamente, es el servicio del prójimo (léase sociedad, nación) por Dios.

Porque el hombre, abstraído de la sociedad en que tiene que vivir forzosamente, es una entelequia. El hombre está *destinado* a vivir en sociedad, en la sociedad civil y en la religiosa; no es una parte, sino un miembro de la sociedad; la sociedad es para él un ambiente tan importante o más que el ambiente físico, y él, a su vez, es ambiente para sus prójimos. Y el hombre, *mediante esta vida social*, está destinado a conseguir la vida eterna, en la cual será admitido si cumplió sus deberes sociales: «tuve hambre y me diste de comer». Lo cual dista mucho de negar la personalidad humana, cuya dignidad y libertad es intangible.

Por lo cual, toda educación debe estar impregnada de *sentido social*; debe desarrollar al individuo para la acción, es verdad; pero para una acción matizada, cuando menos, de un sentido social. Estimo que ésta es la necesidad más apremiante de la educación española: la de cultivar el sentido social, del cual carecen los españoles.

Y, por fin, toda educación debe estar informada por un hábito sobrenatural, bien segura de que se cumplirán las palabras del Salvador: «buscad el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura».

Una educación así no tiene por qué ser meramente forma-

lista ni meramente realista. Sería pragmática, pero social y cristiana.

Y ese pragmatismo se matizaría en los distintos grados de la enseñanza. En la primaria, atendiendo principalmente a las leyes del *desarrollo* fisiológico y psicológico-moral del *individuo*. En la secundaria, a la vocación profesional incipiente del individuo, como miembro de una sociedad; aun en ella, la instrucción es un nuevo pretexto para la formación del *individuo*. En la enseñanza profesional, en sus tres grados, elemental, medio y superior, se orientará a la capacitación para el rendimiento en la sociedad. En este caso está la enseñanza universitaria.

La enseñanza universitaria es una enseñanza profesional; es el grado superior de esa enseñanza. Sus rasgos distintivos derivarán de esta circunstancia y su modalidad estará informada por el concepto que tengamos de la profesión.

La profesión es el ejercicio *especializado* de la actividad humana, dimanante de la carencia parcial de aptitudes. Por cuanto no podemos dedicarnos a todo y satisfacer así nuestras necesidades, tenemos que limitar nuestra actividad a un sector determinado, mediante lo cual *servimos* a los demás, como ellos nos sirven a nosotros, en cambio. Por donde se deduce que la profesión es para conseguir nuestra subsistencia, pero mediante el servicio a los demás. Si el profesional atiende sólo a su propio medio y subsistencia, descuidando el servicio a la sociedad, mutila su finalidad, con perjuicios sociales, con fraude. Este fraude puede consistir en que la actividad sea imperfecta o en que el intercambio de actividades sea abusivo. Luego la educación profesional debe tender a capacitar al alumno para el mejor y mayor rendimiento profesional y a formar su conciencia para no explotar al prójimo. La educación profesional ya no aspira a la formación del individuo, sino a la del *miembro social*.

La Cátedra de la Universidad aspira, sin duda, también a la formación; pero en ella la iniciativa principal es ya del alumno, al cual hay que dar elementos para su propia formación y la intervención del maestro es más bien un *contraste* para el alumno,

que puede comparar su propio modo de enjuiciar y de hacer, y el de sus maestros. El Catedrático de Universidad debe hacer y enseñar a hacer; debe presentar ante sus alumnos, por sí o por los libros que recomiende, el acervo de los conocimientos consolidados y las sugerencias para adquirir nuevos conocimientos; debe llenar los sentidos de sus alumnos de imágenes de la realidad y su inteligencia de interpretaciones lógicas de esa realidad; debe ejercitar esos sentidos en la captación de la realidad y esas manos en la modificación y dominio de la misma. La enseñanza universitaria, a diferencia de la secundaria, debe ser más de aportación de realidades que de sistemas explicativos, sin excluir éstos del todo. Por eso, sin copioso material de enseñanza y sin un personal auxiliar numeroso y competente, la enseñanza universitaria será no ya formalista, sino caricaturesca y fraudulenta.

Pero el Catedrático de Universidad, aún más que otros, debe dar la enseñanza íntegra, no parcial. No basta *enseñar la asignatura*, hay que dar ejemplo de moralidad individual y social, máxime ante alumnos selectos, destinados a las funciones directrices y rectoras de la sociedad. Si en algún grado de enseñanza debe acentuarse el *sentido social* es en la enseñanza profesional, y mucho más en esta superior o universitaria, por lo ya dicho.

El Catedrático de Universidad, más que alguno, debe aprender todo lo nuevo que pueda, sin ficción; debe enseñar sin fraude ni reserva y ser modesto en sus propias opiniones.

Pero, además, debe dar ejemplo en su conducta social, tanto dentro como fuera de la Universidad: en el trato con los compañeros y con las autoridades académicas; en la concurrencia a los actos colectivos, en el sincero respeto y aprecio del ceremonial.

Grave responsabilidad la del Catedrático universitario; pero grande su honor en contribuir del modo más eficaz al enaltecimiento de la Patria y a la gloria de Dios.

LOS PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID

Por C. SANCHEZ PEGUERO

LA Junta de la Ciudad Universitaria de Madrid tuvo, como ingreso fundamental, desde su primera constitución en 1927, el importe de un sorteo extraordinario anual de la Lotería Nacional, cuyo producto líquido pasaba de los 10 millones de pesetas.

Como el proyecto general había quedado evaluado en una cifra comprendida entre los 250 y 300 millones de pesetas, no transcurrieron muchos meses sin que a la Junta pasase inadvertida la necesidad de disponer, inmediatamente, de cantidades proporcionales a tal importe y a un reducido número de años, para que la obra quedase terminada en poco tiempo.

Un primer estudio del problema, realizado en marzo de 1929, proponía la autorización de un empréstito de 250 millones de pesetas sobre la base de una Lotería Nacional que produjese un importe líquido de 16.000.000, aproximadamente.

Por razones que no son del caso, transcurrieron varios años sin ser resuelta la cuestión. Y las obras se iban desarrollando conforme a las disponibilidades de cada momento, y, desde luego, sin la rapidez deseada.

Reiterado siempre el criterio de los organismos gestores sobre la conveniencia y aun necesidad de acelerar la terminación de las construcciones iniciadas y proyectadas, púdose conseguir, en 12 de julio de 1934, una Ley por la que se autorizaba a la Junta para realizar una operación de crédito hasta 100.000.000 de pesetas a un interés no superior al 5 por 100 anual, afectando al

pago de intereses y amortización el producto líquido de sorteos extraordinarios anuales de unos 7.000.000 de pesetas de rendimiento. Tal Ley fué complementada por otra de 27 de diciembre del mismo año.

En 10 de enero de 1935 quedaba acordada la emisión de los 100.000.000 de pesetas en obligaciones al 5 por 100 (40.000, serie A, de 500 pesetas, y 60.000, serie B, de 5.000), exentas de impuestos y amortizables en veinticinco años por sorteos trimestrales.

Más de una tercera parte había quedado negociada y su importe gastado en obras al advenir la revolución de 1936.

Constituída la Junta actual por Ley de 10 de febrero de 1940, se encontró con los enormes destrozos de la guerra, que había arruinado trabajos importantísimos, en proporción muy superior al 50 por 100 de su coste (cerca de los 150.000.000 de pesetas), y con importantes deudas, motivadas, principalmente, por retrasos en los pagos, superiores a los 25.000.000 de pesetas. Se halló también ante circunstancias económicas generales que elevaban el coste de la construcción en proporciones que siguen oscilando entre el duplo y el cuádruplo del anterior a 1936.

Para hacer frente a esta situación durante parte del año 1940 y en todo el ejercicio de 1941, la nueva Junta movilizó cerca de 30 millones de sus obligaciones en cartera, enajenó algunos valores que poseía de los empréstitos del Majzen y de la República Argentina, inmortantes sobre los 9.500.000 pesetas, y dispuso de los sorteos de 1940 y 1941 por un importe total algo superior a los 10.500.000 pesetas, aparte pequeños saldos de cuentas corrientes, sin importancia para la apreciación del problema en su conjunto.

En la iniciación de los trabajos durante los últimos meses de 1940 y en el ejercicio de 1941, con presupuesto formalizado, fueron consumidas la casi totalidad de las cantidades antedichas en importantes obras de reconstrucción, intensamente aceleradas, que permitieron poner a punto de ejecución total los proyectos de Filosofía y Letras, Arquitectura y Campos de Deportes, y en si-

tuación francamente adelantada, los de Residencias y Repoblación forestal, sin olvidar importantísimos gastos en Medicina, en Vías y Redes generales, en varios inmuebles, en la demolición de ruinas y en la completa instalación del Pabellón de Gobierno, juntamente con el pago de cuantiosas deudas y de los intereses de las obligaciones colocadas.

Llegado el ejercicio 1942, la Junta se propuso terminar, dentro de él, todos los edificios e instalaciones necesarias para el funcionamiento de varias Facultades, Escuela de Arquitectura, Colegio Mayor «Ximénez de Cisneros», Central Térmica, Redes generales y la casi totalidad de la Repoblación forestal; quiso también prevenir cierto grupo de obras en la Escuela de Odontología, en la Facultad de Medicina y Hospital Clínico, en Vías de comunicación, otro Colegio Mayor y varias atenciones de diversos órdenes. A tales fines formuló y acordó un presupuesto de gastos de 72.000.000 de pesetas, contando como ingresos solamente con 39 millones, reunidos a base de un pequeño saldo del ejercicio anterior, de la posible venta de los últimos 29 millones de pesetas de obligaciones que tenía en cartera, del sorteo de la Lotería y de algunos saldos procedentes del desbloqueo.

La realidad no produjo el déficit que aparecía nominalmente porque no pudieron ser cumplidos tan ambiciosos propósitos a causa de las dificultades propias de las obras que, como la nuestra, no están favorecidas con régimen de excepción, y de la concentración de los esfuerzos principales en los trabajos que se consideraron más urgentes, con abandono o con paso lento en otros, que podían ser retrasados dentro de un plan discreto. Pero al comenzar el año 1943, la Junta había de verse frente a la cuestión económica en toda su ingrata desnudez.

La firme decisión del Jefe del Estado, secundada en forma que nunca se podrá olvidar por los Ministros de Hacienda y de Educación Nacional, señores Benjumea e Ibáñez Martín, con la eficaz colaboración del Síndico de la Bolsa, don Eduardo de Aguilar, dictando la Ley de 12 de diciembre de 1942, resolvió el problema con arrogancia espléndida y con aire de briosa juventud.

La Junta comenzó el año 1943 ante la perspectiva más optimista. Doseientos veinticinco millones de pesetas en títulos de la Deuda, fácilmente negociables, concedidos por esa Ley, bienhechora también para las Universidades de provincias, permitiéronla formular para el ejercicio en curso un presupuesto de 45.000.000, y liberarse de la carga de un empréstito cercano a los 100.000.000, que, como queda dicho, gravitaba sobre ella muy desagradablemente.

Estamos en los últimos meses de 1943. Hemos liquidado todos los débitos anteriores. Las obligaciones, que constituían nuestra más grande pesadilla, están canjeadas sin excepción alguna por papel de la Deuda pública, bien compensado desde el punto de vista del fisco, por la Lotería extraordinaria recuperada. Nuestros pagos van al día. El presupuesto del año se está cumpliendo exactamente. Y en este 12 de octubre del año de gracia, que Dios nos ha permitido ver, puede ser ofrecida a España, con emoción y con amor, la más grande reconstrucción del nuevo Estado.

La Junta tiene, además, gracias a dicha Ley, resueltas sus cuestiones económicas para dos años más de trabajo intenso, que pondrán al proyecto muy cerca de su realización total. Durante ellos se dibujarán ya con precisión las necesidades materiales de esta gran empresa cultural, que proyectarán el cuadro definitivo del problema inmediato a la construcción: el de un mantenimiento digno de la grandiosidad del conjunto.

LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES ANTE LA LEY DE ORDENACION DE LA UNIVERSIDAD

Por CARLOS M.^o R. DE VALCARCEL

LA Universidad anduvo siempre muy trabada a nuestra grandezas y desdichas; sin ella no entenderíamos lo que fuimos y ambicionamos, ni conoceríamos las razones de España ni el sentido que tuvo y ha de tener en el futuro.

La Universidad orientaba al Estado a la par de servirle como instrumento técnico y preparaba al pueblo para el cumplimiento católico de su destino. La historia aventurera y militar de la España que fué, sería inexplicable si las hazañas no respondieran a la inacabada construcción de la Teología, la Política y el Derecho de nuestros clásicos universitarios. Tanta voluntad, sabiduría y sentido de una misión ordenada a cumplir, se concretaron en las ejemplares instituciones españolas que, aunque duerman hoy en el polvo de los archivos, bastaron para mantener largos siglos el Imperio, legar al mundo veinte Estados y conservar entre nosotros la dignidad y substantividad españolas.

La Universidad servía de médula a una ambiciosa política para España, precediendo a veces su actuación a la misma espada de los capitanes. Cisneros la hizo pilar de su política en tanto sentaba el modelo de las modernas ciudades universitarias. No es, pues extraño que usara toda clase de privilegios y que gozara de una jurisdicción propia indispensable a su funcionamiento. Tampoco que las empresas del Estado se sometie-

ran al juicio de los universitarios y que Carlos I pidiera a Vitoria su consejo, aunque censurara públicamente sus doctrinas.

Sin la madurez científica que alcanzara Castilla a finales del xv no hubiera sido posible la primacía política de España, y sin el dominio de la cartografía y de las ciencias náuticas no se hubieran cumplido los viajes transoceánicos. El preámbulo de las Capitulaciones de Santa Fe y «la carta» de Juan de la Cosa abren el periplo de nuestro poema con las rutas de Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Alonso de Ercilla. Con los guiones guerreros van las raíces de nuestra cultura, y pronto las Universidades de Méjico y San Marcos de Lima, por ejemplo, alcanzan los privilegios máximos y sus títulos igual validez que los de Alcalá y Salamanca. El Imperio decae cuando la vida de nuestros grandes hombres no se explica con la guerra o con la Universidad y cuando la Escuela de Mercantes de Sevilla deja de sacar a la palestra premios «internacionales» por la solución de problemas de navegación, comenzando a ceder ante Amsterdam la primacía científica que más tarde recogieran los ingleses.

Baste este ligero recuerdo para señalar cómo la Universidad española obedeció a la política del Imperio como pieza fundamental del mismo. Envejecida y pobre, se renueva afrancesándose y dejando de ser «el ayuntamiento de profesores y discípulos...» de que hablara el Rey Sabio. Los cánones racionalistas le fueron arrancando sus fibras naturales, deshumanizándola con su «humanismo», injerto tras injerto, porque no aconsejaba la moda remozar la vieja savia de su carácter. Últimamente, salvo algún que otro destello, cual, por ejemplo, la creación de la Cátedra de Derecho comparado—hoy no existe— a mediados del xix, el «San Carlos» de principios del actual, el paso por la cátedra de un Menéndez Pelayo o de un Cajal, etc., la Universidad se viene limitando como simple organismo oficial, ajeno en absoluto a la vida y problemas del estudiante, a administrar malamente los estudios y a expedir títulos—previo el pago correspondiente—que garantizan el ejercicio legal de

una profesión que generalmente se desconoce. No funciona como Institución ni como órgano, sino como Centro docente liberal-individualista; no cumple ninguno de sus fines ni sirve para orientar y elevar la cultura del pueblo, ni para hacer profesionales, ni formar científicos, si salvamos la estoica labor de algunas cátedras que se vienen dedicando a la preparación de especialistas. La Universidad, prácticamente, sigue siendo el motivo para que la clase burguesa gaste lícitamente los mejores años de su juventud. Después, el sistema de oposiciones se encarga de castrar espiritualmente lo mejor de las generaciones universitarias. Otros muchos jóvenes, aun con el cascarón universitario, acostumbran a ofrecerse de peones o a venderse a una poderosa influencia política, que es la salida corrientemente empleada. Nosotros, como todo aquel que con dignidad quiera ser algo serio, partimos de la roca viva, disciplinamos la voluntad y templamos bien el músculo para poder seguir firme y altaneramente el único camino recto que tienen las cosas.

La extrema debilidad del Estado, la miseria presupuestaria, la falta de una política, o, lo que es igual, la falta de una Universidad, hicieron de la concurrencia al edificio universitario un mentidero y campo de cultivo para todas las políticas, aprovechando la edad en que aún no pesa la personalidad y en que se obra radicalmente por asimilación. La señalada incapacidad de la Universidad fué hábil, aunque parcialmente suplantada, por la llamada Institución Libre de Enseñanza, la cual disfrutaba su actuación cancerosa con el prestigio de sabios noveles y la loable actuación externa de sus diversas ramificaciones, apoyadas en la exigua parte sana del presupuesto de Instrucción Pública, en tanto que sus preciosos ensayos científicos nos costaban trozos del alma española, con la que tan escéptica y utilitariamente comerciaban.

Salimos de los Institutos sin la más elemental formación, pero hartos de novelas pornográficas y de literatura rusa, alternada, en el mejor de los casos, con las obras cumbres del romanticismo francés y con ediciones baratas de la filosofía pe-

simista: Schopenhauer y Nietzsche especialmente. La calle y la realidad nos confiaban su brutal materialismo; la intensa propaganda cinematográfica y literaria de postguerra, las conversaciones con ex combatientes y el hambre que padecía Europa, nos hicieron odiar a la guerra y nos convencieron de la necesidad de una revolución. Conocimos entonces las publicaciones marxistas y anarquistas que comenzaban a inundar las librerías y puestos de periódicos, nos hicimos amigos de los obreros y consideramos nuestros sus propios problemas. Participábamos en todas las algaradas políticas y recibimos las primeras lecciones de la fuerza pública, guardando gran estima a los trofeos alcanzados, consistentes, a veces, en emblemas y escudos arrancados a los uniformes de los guardias.

El fracaso rotundo de la revolución del 14 de abril nos descubrió a los estudiantes como marionetas de tan baja política, extraña a nuestro ser, bajo los dictados de la Federación Universitaria Escolar. Tanto la Universidad como el Estado no tenían otra solución que seguir, con los conceptos caducos de «derechas» o «izquierdas», por la pendiente del proceso disgregador hasta el desgaste de las débiles fuerzas que a ello se oponían y la madurez de las acaudilladas por la Tercera Internacional. La Constitución de la República, última de la serie, arrastraba el mismo lastre de las alemana y checoslovaca, con algún que otro ensayito a lo vienés o yanqui, y sin otra misión que franquear el paso al marxismo tras sostener en el Poder, gracias a su técnica, sobre el equilibrio de los llamados extremismos, a las diversas alianzas burguesas. La inexistencia de un principio nacional integrador en aquel régimen de particularización de intereses y acrecentamiento de egoísmos pugnando en la plaza pública, hicieron imposible la amenaza de una dictadura democrática como única salida lógica, hasta que el viraje de las elecciones del 33 ventilara la situación acelerando el hundimiento de España.

El ambiente de las galerías universitarias no albergaba ideas claras: enrarecido desde tiempo atrás por los discípulos de don

Francisco Giner, «el maestro», estaba demasiado enturbiado cuando los conceptos de Fe y de Patria llegaron a carecer de valor entre los secuaces de la nueva generación. Sin una política, fué imposible al Derecho y a la Ética neokantiana contener el desbordamiento de humanismo anárquico que encerraban sus doctrinas. El pánico ante el futuro cierto de un Estado proletario acrecentaba los estudios socialdemócratas a fin de conseguir una reforma que hiciera viable el socialismo y diera un contenido económico a la democracia. Las olas del materialismo capitalista y del materialismo judío aplastaban al espíritu. Las bibliotecas nos proporcionaban los últimos y pesadísimos ensayos teóricos de la crisis marxista en tanto estrechaban el cerco al Fascismo y al Nacional-socialismo. Siempre sobrabán bellos argumentos para justificar, con toda clase de garantías jurídicas, la desintegración política y la pérdida del inmenso tesoro moral de nuestra Patria. El internacionalismo ginebrino acabó franqueando descaradamente sus puertas, tras mostrar la falta de realidad y la ineficacia de cuantos principios lo alimentaban. Las desastrosas experiencias del capitalismo, del Estado ruso, los ensayos económicos de los yanquis y los proyectos estatales de Economía planeada, eran ávidamente estudiados por nosotros para encontrar en la dolorosa transformación del capitalismo, amenazante sobre todo Occidente, la coyuntura de la Revolución española.

Las organizaciones obreras habían penetrado en los claustros universitarios por medio de las cotizaciones de socorro, estableciendo relación con los estudiantes. Algunos se decidieron abiertamente por el partido comunista o por las Juventudes socialistas; otros frecuentaban los locales de los sindicalistas; una minoría, tal vez por su lejana formación católica, se mantuvo apartada. Los políticos dejaron de preocuparnos, y frente a la calle, España no anunciaba una revolución, sino su caótica desaparición. El día que los partidos obreros llegaran a fundir sus banderas en una unificación o llegara a tener realidad el «frente único», el Estado hubiera sido suyo. Mas al conocerlos nos convencimos de que esto era imposible por el infranqueable abismo que

separaba las dos tendencias fundamentales del obrero español, repartido entre la revolución sindical y la reacción marxista. Aparte el aburguesamiento del partido socialista, el fracaso del P. O. U. M., la actuación de la F. A. I. y la corrupción de la C. N. T., incapaz por su base anárquica para afrontar la más mínima tarea de Estado, rebelde a salir de los pobres límites de su mentalidad, perdidas sus inmensas fuerzas en una actuación demagógicamente negativa, eran síntomas alarmantes. ¿Qué organización o qué fuerza existía en España capaz de combatir el medro y el empuje de la III Internacional? Ninguna. Nosotros, jóvenes sin ideario, desorganizados, expectantes, sólo podíamos llevar al porvenir nuestro amargo y desesperado escepticismo, en tanto el mayor grupo de estudiantes seguía otra actitud materialista, cómoda y cobarde, sin peso alguno en la vida pública y sin otra misión que auxiliar mítines y elecciones en los lugares céntricos. Otros huyeron, recluyéndose cual minoría selecta en el éter de la Cátedra de don José, buscando al problema soluciones intelectuales de tipo ontológicopatriótico. Jóvenes selectos de mentalidad afrancesada volvieron a citar tardíamente a De Maistre. Sólo una exigua minoría de estudiantes tradicionalistas se mantenía inquebrantable y gallardamente apegada a la pureza de su doctrina y de su fe. Sin otro ideal que el del placer, la juventud estaba ya preparada para presenciar impávida el hundimiento de España. Nuestros padres no sabían nada de esto; tal vez creyeran menos que nosotros, pero a veces se sentían optimistas.

La intensidad creciente de la propaganda del Komitern hizo cambiar pronto los viejos mitos ochocentistas de reacción y revolución, motivo de nuestras primeras enconadas y divertidas discordias, por otro concepto aún sin definir: el de la Patria. Desde que inició su actuación en Madrid el Bloque Estudiantil de Oposición Revolucionaria (B. E. O. R.), constituido en el local de los estudiantes hispanoamericanos de la calle de la Magdalena, o lo que es igual, la F. U. E., apareció entregada a la III Internacional, las galerías del caserón de San Bernardo

y de San Carlos se vieron de vez en cuando manchadas de sangre. La F. U. E. acrecentaba su poderío, conseguía cada vez más decidido apoyo oficial, cuidábase de crear diariamente intereses y de alimentar los creados, pero no obstante iba perdiendo la mayoría de sus mejores elementos, que tachados de traidores por sus viejos camaradas, se disponían al combate en busca de una nueva fe.

Las J. O. N. S. abrían ya en la calle con sus consignas una nueva mística bajo la bandera roja y negra del yugo y las flechas, pero aún no había conseguido cuadros de combate que se encararan al B. E. O. R. Grupos dirigidos por los estudiantes de la A. E. T. y por el espíritu caballeroso de los Miralles sostuvieron una admirable y desesperada lucha.

Este era el panorama universitario y esto prometía la juventud española cuando aparece una tarde de otoño quien había de darnos la nueva fe del amor desesperado a la España que queremos, de dictarnos la verdad política de nuestra Revolución, de dirigirnos convencidos fanáticamente por su propia conducta, lanzándonos tras él a la empresa que desde aquella mañana estamos viviendo. José Antonio, enseñando el firme equilibrio creador y jerárquico de la única Revolución española posible, en tres años solamente de actuación había de levantar desde sus propias raíces hasta los cielos, a esta España que ni filósofos, formas del Estado, sistemas de Gobierno, políticos ni catedráticos habían conseguido perturbar en su mortal letargo a pesar de los cataclismos transcurridos.

El S. E. U. nace con la Falange para la Universidad. Al través de este Sindicato, el primero de la Falange, José Antonio nos había de devolver el temple de la sangre vieja y prepararnos para la conquista guerrera y política de España. Desde aquel 29 de octubre otra vez tiene la Patria una Universidad: la nuestra; la que existe allí donde hay pueblo, creándole la necesidad y el entusiasmo por la cultura, la que pelea en todos los combates y sirve, además, a España, llevándose al pueblo por la Ciencia, al servicio de una política del Imperio. De esta mane-

ra el S. E. U. dió a la Universidad una política que entonces rechazó y que ya hemos conquistado.

En el mitin celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933, José Antonio habló y expuso con claridad meridiana y palabra de vidente los nuevos modos, el estilo duro y austero que había de oponer al Estado liberal caduco y a la tiranía roja amenazante. La juventud que en aquella fecha histórica fué la que sintió en toda su intensidad aquella llamada del clarín de guerra para empezar la reconquista de España, y más concretamente la juventud universitaria, fué la que vió plasmada en un estilo todas sus ansias revolucionarias, hasta entonces gastadas en la lucha estéril de un partido político contra otro; José Antonio encauzó con su palabra ese día todo el ímpetu que despertó en esa juventud hacia una España Imperial.

De un puñado de estudiantes que oyó en aquella ocasión a José Antonio, nació el Sindicato Español Universitario. Pocos días después, aquel grupo fundador de camaradas, el 21 de noviembre de 1933, presentaba los Estatutos del Sindicato en la Dirección General de Seguridad, los cuales fueron aprobados. Esta fué la creación del S. E. U. Los estudiantes fuimos, para timbre de gloria de la Universidad española, los primeros en comprender y seguir la palabra y las órdenes del Ausente.

Veis, camaradas, que el S. E. U. inició sus tareas sin otra literatura que la palabra de José Antonio. Su actividad ha sido, desde entonces, masculina y varia, encaminada al cumplimiento de sus diversos fines profesionales y políticos por medio de la fe en nuestro destino, el amor a la Patria, el trabajo, un sentido de la justicia y la acción sindical violenta. Pocos días después de aparecido nuestro Sindicato enseñamos a respetar el nombre de España a unos y otros.

Antes de poder atender a nuestros fines de carácter profesional, hubimos de abrirnos con la Falange brecha política en la calle y conquistarnos en la vida pública un puesto de honor, haciéndonos temer por nuestros razonamientos y por la rectitud y

eficacia de nuestra conducta. La actuación del S. E. U. en la lucha política violenta que la Falange entabló con los partidos y organizaciones políticas, fué su deber esencial, porque en los primeros momentos los universitarios fuimos la base de la Falange. Posteriormente, cuando ésta se ampliaba con elementos de las clases media, artesana y obrera, fuimos el grupo de la más rigurosa vanguardia y ocupamos los puestos de máximo peligro. El S. E. U. guarda desde aquellos días la gloria de haber gozado de la confianza del Jefe, el cual se mostró siempre con nosotros más exigente que con cualquiera otra de las organizaciones de la Falange. El grupo del S. E. U. contribuyó periódicamente a las milicias, dando un contingente de hombres que por su edad y condiciones efectuaron una labor inmejorable conjuntamente con sus hermanos de ideas y de acción: los obreros. Aquí no vamos a hacer mención en absoluto de los servicios prestados por los afiliados al Sindicato, ni incluso ordenados por las jerarquías del mismo, ya que nosotros hemos demostrado continuamente ser los más fieles guardadores de la Falange, interviniendo abiertamente en todos los momentos difíciles de su vida y siguiéndola ejemplarmente en todas las acciones, actitudes y combates por ella ordenados. Sin los estudiantes no puede comprenderse la Revolución nacionalsindicalista, y nosotros hemos ocupado, para memoria de la Patria y de la Universidad, los puestos más ardientes del Movimiento y de la guerra.

El S. E. U., aparte del servicio de propaganda que se le encomendara, se propuso conseguir brevemente su primer objetivo, consistente en el dominio pleno de la Universidad. Para ello había de aplastar a la F. U. E., que era la organización estudiantil más potente por su gran número de afiliados, por el apoyo oficial republicano-marxista y por los instrumentos de propaganda y de lucha que ponían a su alcance los partidos y organizaciones proletarias:

El S. E. U. se lanzó a la calle con la venta del semanario de Falange «F. E.». Esto constituía la seguridad absoluta del choque violento, porque en la calle mandaban ellos y no queda-

ba sitio para nosotros. Teníamos que hacernos entender muy a nuestro favor, y a ella nos lanzamos con el semanario bajo el brazo izquierdo y la mano derecha en el bolsillo del pantalón. No dejamos sobre el solar de la Patria, gran avenida ni rincón callejero sin saber de nuestras alegres y dolorosas cuitas. Pronto comenzaron a caer heridos y a llover encarcelamientos, con lo que nuestro entusiasmo se acrecentó más de lo esperado al enfrentarse con la verdad real, y la selección entre nosotros se produjo de una manera espontánea y natural.

Así, José Antonio inicia el Movimiento con el arma de los estudiantes que le seguíamos, en las esquinas y en las galerías de los edificios universitarios. Su ideal se había apoderado tan fuertemente de nosotros que en una corta temporada nos descubrimos espirituales, valientes y disciplinados; ya no negábamos, sino afirmábamos rotundamente, gracias al duro edificio moral que levantaba nuestra conciencia tras la tremenda revolución conceptual que atravesábamos. Hasta tal punto nos abrazamos a la nueva fe, que no encontramos obstáculo en seguir el rumbo de la discordia planteada entre quienes siempre habíamos afrontado juntos la fuerza pública un día no lejano, guardándonos el cariño que proporcionan las alegrías y desengaños compartidos, declarando la lucha a muerte y abriendo un cisma entre compañeros, que sólo las balas podían solucionar. Supimos del dolor y de la suprema exquisitez de la Falange, pero no pudimos sospechar que en tan corto espacio de tiempo nuestra inmensa tragedia fuera la de toda España. Salvo naturales excepciones individuales, y a última hora colectivas, entre los estudiantes, han sido los de Medicina quienes más se han destacado por su valentía al través de las luchas políticas internas acaecidas en los últimos tiempos. El local que la Federación Universitaria Escolar tenía en la Facultad de Medicina de Madrid, serviales de principal baluarte y era la defensa más firme del comunismo universitario. Contra esta organización dirigimos nuestra atención y nuestra energía cuando camaradas del S. E. U. habían ofrecido ya sobre las páginas de la historia de

la Universidad española la primera sangre por la liberación de España. El 25 de enero de 1934—tres meses escasos después de nacida la Falange—conquista el S. E. U. el referido local de la F. U. E. de Medicina, tomándolo por asalto tras vencer a los secuaces de la hasta entonces poderosa organización, pese al monopolio oficial. Pronto comienza en toda España, principalmente en los sitios donde existen grandes núcleos de afiliados a la Federación Universitaria Escolar, cual Valladolid, Zaragoza, Sevilla y Valencia, una serie repetida de ataques y colisiones, logrando el aniquilamiento de la misma y el dominio político de las masas universitarias por el S. E. U.

Sería interminable la relación de datos y escenas a que dió lugar esta primera etapa de nuestra lucha, tan infielmente recogida por las autoridades académicas y por la Prensa capitalista. Durante esta primera tirada de nuestra semilla quedó bien claro, combatiendo a todo lo podrido y venenoso, que luchábamos por una Revolución completa de los hombres y de las cosas. A pesar de nuestra escasa propaganda y de la forma criminal en que por ambos mandos se tergiversaba y desvirtuaba nuestra actuación, demostramos servir la alta y hermosa Revolución de la Falange con española entereza. Es decir, dispuestos siempre a toda dialéctica: frente a los que nos creyeron gente espiritualmente amputadas que, animadas por vengativa revancha, pretendieran la rápida implantación del llamado estado reaccionario, valiéndonos de procedimientos revolucionarios, y contra quienes nos motejaron calumniosamente como «fuerza de choque del capitalismo», cual una F. A. I. de derechas. ¡Qué más quisieran! Cara al destino, la España sensual y desarticulada cruzaba los destellos de su salvación en el cerebro de José Antonio y remozaba su vieja tradición en los glóbulos sin cochambre de nuestra sangre. Guardábamos íntimamente entre apretada camaradería el encadenado discurrir de acontecimientos diariamente nuevos.

De la etapa de la guerra más vale no hablar, por cuanto que ya es conocida de todos la aportación del S. E. U. a las órdenes

del Caudillo: puede y debe decirse que nuestro Sindicato ha sido la clave del secreto de aquellos Jefes de Centurias de los primeros días y de los Alféreces provisionales, con los que el Caudillo aseguró las líneas y forjó la base de sus ejércitos. El S. E. U., a las órdenes de la Falange, preparó, templó y dirigió a una juventud, a una resuelta minoría, que había de arrastrar a toda la juventud española a la más loca y más grande epopeya de la Historia de nuestra Patria. Caídos en la tierra, en el aire y en el mar, con el blasón del cisne en el alma, claman y clamarán hasta la resurrección por la gloria eterna de España.

Quizá nosotros, educados en la dura escuela por la que ha pasado nuestra generación, no hayamos sabido hasta ahora lo que era salir del descontento diario. Tal vez porque el descontento y la rebeldía sean siempre los primeros pasos en el progreso de los hombres y de las ideas, cuando la rebeldía y el descontento se hallan sustentadas en verdades morales tan sólidas como las nuestras. Pero hoy, ante el hecho real de tener en nuestras manos la nueva Ley, que, acertadamente, se llama de Ordenación de la Universidad Española, hemos de declarar la satisfacción con que recibimos el espaldarazo de la mayoría de edad que para el S. E. U. supone su promulgación. Diez años de lucha sin descanso, cubriendo una etapa tras otra, dejándonos en el camino la yerta sonrisa de nuestros mejores camaradas, muertos en el supremo servicio de la Patria, tienen ya una justificación gozosa y cierta.

Porque esta Ley representa para el S. E. U. la concesión de unos objetivos generosos y amplios que abren horizontes esperanzados a nuestra actuación incansable. Sería largo y prolijo especificar una por una las metas cubiertas en la nueva disposición: queremos destacar solamente, por su importancia política, la que se refiere a la sindicación obligatoria de todos los universitarios.

En abril de 1934, Julio Ruiz de Alda, con perfil cesáreo y voz profética, nos ordenó la conquista de la Universidad; poco después, en un mensaje del primer Jefe nacional del Sindicato

Español Universitario, Alejandro Salazar, se dice: «Si queremos obtener el reconocimiento de nuestros derechos, habremos alcanzado nuestro mayor triunfo consiguiendo la sindicación obligatoria y única que nos otorgue la representación claustral de *todos* los estudiantes españoles; necesitamos una reforma legal y justa de la enseñanza; necesitamos que la clase estudiantil sea, dentro de su esfera peculiar, la asesora para sus actuaciones. Pues bien, todo esto no podremos lograrlo en fracciones, pues la desunión consigue solamente que nos destruyamos, que nuestra voz no tenga fuerza, que nuestras peticiones no nos sean oídas.»

Nosotros, que creemos que para que España pueda realizar su destino histórico ha de reafirmar las raíces del espíritu en la tierra nutricia de su cultura secular e inmarcesible, estimamos que esta tarea no puede ser para unos pocos, ni hay razón que justifique la exclusión de los que están dispuestos al servicio. Por ello el S. E. U. hace hincapié y consigue al fin la sindicación de todos los universitarios españoles: para que nadie de los llamados a participar en la noble misión de levantar a España por los caminos del cumplimiento de su quehacer histórico, pudiera alegar nunca que se le cerraron las puertas y le fué negado un puesto en la primera fila, supuesta, claro es, que las primeras son las que combaten. No es que queramos—entiéndase bien y pierdan crédito las afirmaciones que en este sentido habrán hecho los que nos temen—imponer a nadie la profesión de una fe política como quien impone a todos el uso de una misma prenda. Con la sindicación que ahora va a ponerse en práctica, como obligatoria, el S. E. U. ha querido llevar a la realidad un postulado fundamental de la Doctrina Falangista, tan fecunda en realidades y desvirtuada ciertamente con tantas y tan originales interpretaciones malévolas. Y este postulado no es otro que el llamamiento a todos para participar en la suprema tarea colectiva del servicio. Se hace uso de la tiranía cuando se percibe en derredor un peligro que se suma a la propia debilidad interna. Pero a nosotros nos hizo

tan seguros de su verdad la Falange, cuando nos acogió en su seno, que ahora, al invitar a los indiferentes a que salgan de su apatía y vengan a nosotros para sentir la dulce emoción de lo difícil, lo hacemos cordialmente, sinceramente, con esa amplia generosidad que anula toda reserva y que siempre ha sido el mejor lenguaje entre los jóvenes.

Todos juntos, en una apretada comunidad, disciplinada y sólida, dinámica y eficiente, haremos que la Universidad cobre un prestigio del que casi siempre ha carecido y daremos a España el mejor instrumento para hacer realidad el resurgimiento por el que cayeron tantos españoles.

COLEGIOS MAYORES

Por el Rvdo. P. FELIX GARCIA

LA innovación de más alcance y de propósitos más ambiciosos que en materia de reforma universitaria se ha intentado entre nosotros, desde hace siglos, es la reinstauración de los Colegios Mayores, que fueron, en días gloriosos y legendarios, la piedra angular de nuestras Universidades. La decadencia de éstas comenzó cuando los Colegios degeneraron de su pristina misión y se malearon en su funcionamiento. Los días más ilustres de las Universidades de Salamanca y de Alcalá se corresponden con los momentos más prósperos de aquellos Colegios Mayores, que, al decir de don Francisco Delgado, Obispo de Jaén, eran «vergeles donde se criaban plantas escogidas para trasplantarlas después a los cargos de Gobierno, a los Tribunales de Justicia, a las Cátedras y a los púlpitos, para que fructificasen cada uno según su talento o su facultad».

Es lógico que quien ha concebido el noble y difícil propósito de llevar a cabo una reforma integral y a fondo de nuestras Universidades, tan necesitadas de savia nueva y vigorizante, ya que durante mucho tiempo han vivido una vida anodina, y, si han tenido algún lustre, más es debido a la eficiencia de magníficas personalidades aisladas que han pasado por los Claustros universitarios, que a la organización interna de las mismas o a la tutela prestada por el Estado, tuviere que empezar buscando la raíz profunda que, en otro tiempo, comunicó vida próspera a nuestras Universidades. Poco importaría dotar a nuestros Centros docentes de personal preparado para regentar con brillantez una Cátedra si, a la vez, se desatendiera el régimen y organización de

la vida universitaria del estudiante. La gran quiebra, cabalmente, de nuestras Universidades es haber estado divorciadas del estudiantado. Eran como enormes oficinas, en las que se daban validez a unos títulos, previas las certificaciones de unos estudios protocolariamente cursados; y ahí terminaba su misión. El Profesor explicaba su curso a quienes quisieran prestarle asistencia. Sus recursos coactivos consistían en el suspenso o en la descalificación, y nada más. La labor formativa, integral, precisamente en la fase crítica de la juventud, era desatendida o se consideraba como de no incumbencia de la Universidad. Y hasta cierto punto era lógica esa inconsideración en el aspecto educativo, ya que más que de incuria o irresponsabilidad por parte del Profesorado, provenía de la organización misma de la Universidad, cuya misión consistía en expender ciencia y erudición sin alimentar otras preocupaciones respecto del estudiante.

Durante mucho tiempo, desde la desaparición de los Colegios Mayores, el gran problema planteado a los padres de familia era la situación moral de los hijos, que, alejados de la tutela paterna, habían de concurrir a las Universidades, precisamente en la fase crítica de la juventud. Fondas, pensiones, hospedajes de la más diversa índole, eran, durante los días rituales de curso, el nuevo hogar de la flotante población estudiantil universitaria. No es preciso ponderar lo que eso significaba para la formación moral de los jóvenes, lanzados a un ambiente y a una vida que se les abrían con todos los incentivos para las distracciones no santas. La Universidad era negocio secundario para la inmensa mayoría, que procuraba más bien agregar nuevos capítulos a la ya larga historia de la picaresca y de la truhanería de la gente universitaria. Eso, cuando no se empleaba en otras faenas cuyos móviles eran el alboroto, la huelga estudiantil, la algarada política. Porque el estudiante, desconectado de la Universidad, siempre fué instrumento apto para el desorden y la algarabía.

Las tentativas loables para remediar este estado de cosas resultaron, casi siempre, estériles por falta de continuidad y porque en la Universidad repercutían todos los vaivenes de una po-

lítica sin altura. Para subsanar, en parte, estas deficiencias profundas en la vida del estudiante universitario, se fundaron, en la época de la Dictadura y de la República, algunas Residencias Católicas de Estudiantes por instituciones particulares, y cuyo objeto primordial era atender a la educación cristiana de la juventud estudiantil y ejercer sobre ella la tutela y la vigilancia que ni los Profesores de Universidad ni los padres de familia estaban en condiciones de poder realizar. Aquellos ensayos fueron, indudablemente, fructíferos, y, de haber seguido un ritmo creciente, hubieran resuelto, en gran parte, el grave problema que mañana vendrán a resolver los Colegios Mayores. La revolución segó en flor aquellas promesas de fecundas realizaciones. Claro es que aquellas Residencias no eran todavía el ideal soñado por una Universidad como organismo vivo, que agrupe en torno suyo toda la vida estudiantil, orientándola y unificándola, formando un solo cuerpo con ella. Y mucho menos podían serlo aquellas dos Residencias laicas, regidas por la Institución Libre, que se nos ofrecían como Residencias modelos, cuando, en realidad, no eran más que pensionados protegidos por un Estado que declinó sus funciones en una institución partidista, fanática, antiespañola, ajena a toda preocupación religiosa, y que paliaba hipócritamente sus maniobras y su espíritu sectario bajo una capa de tolerancia rasoniana y de aparente amplitud, para mejor realizar su obra negativa y deformadora de la España auténtica.

Esta serie de experiencias, que estaban denunciando, no obstante, que en torno de la Universidad seguía vivo, con toda su agudeza, un problema que era preciso resolver, si se quería ir a una reforma profunda de la Universidad, más la enseñanza elocuente de un pasado glorioso y fecundo con el que se quiere entroncar todo el movimiento nacional, que se apoya fundamentalmente en lo que hay de más permanente y específicamente español en nuestra Historia, para asegurar nuestra continuidad biológica y nuestra ambición de un futuro mejor, es lo que ha inspirado al Ministro de Educación Nacional la empresa de reorga-

nizar los Colegios Mayores con las modificaciones que los tiempos reclaman, pero con el espíritu, a ser posible, que determinó la grandeza de las antiguas Universidades. «Para el ejercicio—nos dice con taxativas palabras—de la labor formativa y educadora que a la Universidad compete, y que es en la Ley la novedad más ambiciosamente perseguida, se restauran los Colegios Mayores en calidad de órganos obligatorios, de suerte que no podrá existir Universidad que no posea, como mínimo, un Colegio Mayor, a través del cual recibirán los escolares la educación universitaria en sus varios aspectos.»

Con la realización progresiva de ese gran propósito se irá dando la solución más adecuada a la grave cuestión de la formación educativa y moral del estudiantado universitario. Y con ello, a la concepción amplia y profunda de una educación humanística, al estilo hispánico, en la que lo que interesa es el hombre total, en la plenitud de sus funciones, no sólo intelectivas, sino también morales, religiosas y ciudadanas. La Universidad no es ya ajena entonces al hombre en lo que concierne a sus destinos superiores; no es ya sólo una incubadora de presuntos sabios o eruditos, sino una formadora de hombres que han de ir de la Universidad a las avanzadas de la vida nacional, al gobierno, a la magistratura, al laboratorio, a la política, a la tribuna pública, a todos los estadios del saber y a los puestos más comprometidos de la dirección y administración de la vida social. Cuanto más completa sea la formación universitaria en todos sus aspectos y relaciones, tanto más ejemplar y fecunda será la labor de los que han de ser los hombres rectores de un mañana esperanzado. La Universidad, en este sentido, adquiere un rango superior. De ella dependen entonces, en gran parte, las posibilidades de un futuro mejor. Y su función orgánica, educativa, se robustece enormemente, dejando de ser una mera dependencia estatal, sin vida ni aspiraciones propias, para convertirse en un organismo animado, con autonomía vital, con libertad de movimientos y responsabilidad de funciones. Los Colegios Mayores, organizados y vivificados según el espíritu de la Ley, realizan la misión formativa y moral del estudiante, que

no puede, en este aspecto, desvincularse de la Universidad. En la Universidad tendrá el estudiante el aula y el Maestro; en el Colegio Mayor tendrá el hogar y la vigilancia disciplinaria para el rendimiento pleno de su juventud bien orientada.

De esta manera llenarán los Colegios Mayores una misión educadora y vendrán a satisfacer la necesidad urgentemente sentida de que el estudiante viva y se forme en la Universidad. De este modo, no será un huésped o un extraño, sino un miembro vivo, vinculado a la Universidad por lazos profundos y permanentes.

El paso dado con la fundación de los Colegios Mayores es decisivo para llegar a la reforma, tantas veces postulada, de las Universidades españolas. Esa será la obra, no de un hombre sólo, sino de varias generaciones. No creo que se haya intentado nunca entre nosotros, desde los días de nuestra decadencia, una obra tan radicalmente reformadora en materia de organización universitaria ni de tan profunda raigambre cristiana y española como la que el señor Ibáñez Martín ha emprendido con vigoroso aliento y con una amplitud de concepción que rebasa cualesquiera miras de política menuda o de intereses creados. Los deseos tantas veces insinuados en todos los tonos de ir, a la creación de una Universidad auténtica y de dar nueva vida a los Colegios Mayores, pueden ser, con la colaboración y buena voluntad de todos, una pronta realización.

Claro es que los Colegios Mayores en plan de realización difieren de aquellos antiguos y célebres Colegios Mayores, tanto en su constitución interna como en su funcionamiento disciplinar. Pues sabido es que aquellos Colegios eran de fundación particular para estudiantes pobres, seleccionados, con un régimen interno autónomo, ya que el Rector de los mismos era elegido de entre los becarios, nombrado por los mismos estudiantes. Por otra parte, los Colegios Mayores no eran para que en ellos se diera una carrera completa, sino para que cada cual se perfeccionara en la suya, y «por eso—como dice el P. Olmedo—se exigía a los pretendientes el título de Bachiller en Teología o, cuando menos, en Artes. o, que hubieran cursado tres años de Derecho los juristas y tres

de Artes y Filosofía los teólogos. Tratándose de jóvenes bien escogidos, que podían dedicarse durante ocho años continuos a su carrera, sin más preocupación que la de los estudios, con todos los medios necesarios para hacerlos bien, no es extraño que salieran de aquellos Colegios tantos hombres eminentes.

Pero cierto es, asimismo, que en la restauración de los Colegios Mayores no se ha pretendido, como es lógico, una copia estricta, lo que sería anacrónico e ineficaz, sino recoger el espíritu, la orientación de los mismos y adaptarlo a la vida nueva con sus exigencias y modalidades específicas. Precisamente en eso estribará su eficiencia y fecundidad. Y eso es lo que sabiamente ha buscado el legislador.

LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA EN AMERICA

Por C. PEREZ BUSTAMANTE

CUANDO analizamos la obra de España en América, aparece en primer plano de la estimativa de valores nuestra aportación cultural, que constituye el resultado más noble y la flor de toda la obra colonizadora. En otro número de esta Revista hemos tratado de la educación de los niños indígenas; hoy vamos a bosquejar un breve esquema de la función de las Universidades.

La isla Española, donde aparecen en su germen todas las instituciones coloniales que más tarde habían de brotar con redobrado vigor en los ámbitos continentales, fué también la elegida en 1538 para crear la primera Universidad del Nuevo Mundo. Pero la creación de este Centro resultó prematura; los grandes núcleos de población española se desplazan de las Antillas, y es Méjico la primera ciudad que disfruta de un Centro de cultura cristiana universitaria fuera del Continente europeo.

A su rango de gran capital y a su pasado ilustre como centro de un considerable Imperio, se unía la circunstancia de hallarse al frente de su Gobierno civil y eclesiástico dos personas de singular relieve: el prudentísimo Virrey don Antonio de Mendoza y el apostólico Arzobispo Fray Juan de Zumárraga. Ambos intervinieron de modo eficaz en la fundación. El Virrey, para que «los naturales y los hijos de españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica y en las demás Facultades», y el Arzobispo, para que se concediese a la ciudad el rango cultural que a Granada, puesto que el número de convertidos de

la gentilidad en aquellas comarcas era infinitamente superior al de los moros granadinos.

Movido por sus representantes, el día 21 de septiembre de 1551 expidió el Emperador la Cédula fundacional y en ella declara: «que para servir a Dios Nuestro Señor y bien público de nuestros reinos, conviene que nuestros vasallos, súbditos y naturales tengan en ellos Universidades y estudios generales, donde sean instruídos y graduados en todas ciencias y facultades; y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia, criamos y fundamos y constituímos en la ciudad de Lima, de los reinos del Perú, y en la ciudad de Méjico, de la Nueva España, Universidades y estudios generales, y tenemos por bien y concedemos a todas las personas que en las dichas dos Universidades fueren graduadas, que gocen en nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano, de las libertades y franquezas de que gozan en estos reinos los que se gradúan en la Universidad y estudios de Salamanca».

Poco tiempo después, el 25 de enero de 1553, día de la Conversión de San Pablo, se instalaba con toda pompa, y el 3 de junio inauguraba el curso en forma solemnísima, presidiendo el acto el Virrey don Luis de Velasco, sucesor de Mendoza, acompañado de los Magistrados de la Real Audiencia, que, con un público numeroso, escucharon la magnífica oración latina pronunciada por el Licenciado Cervantes de Salazar, que, siguiendo las direcciones de Luis Vives, explicó bastantes años los estudios de Gramática y Retórica, y en tres de sus *Diálogos* latinos nos ofrece un animado cuadro de la vida en la capital del virreinato a mediados del siglo xvi.

Antes de finalizar la centuria, Méjico recibía el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. Y por mucho que demos a la hipóbole poética —dice Menéndez Pelayo—, alguna razón tendría el valiente cantor de su *Grandeza* —Bernardo de Valbuena— para exclamar, como exclama:

«Aquí hallarás más hombres eminentes
 En toda ciencia y todas facultades,
 Que arenas lleva el Gange en sus corrientes:
 Monstruos en perfección de habilidades,
 Y en letras humanas y divinas,
 Eternos rastreadores de verdades.
 Préciense las escuelas salmantinas,
 Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
 De sus letras y ciencias peregrinas;
 Préciense de tener las aulas llenas
 De más borlas, que bien será posible.
 Mas no en letras mejores ni tan buenas.
 Que cuanto llega a ser inteligible,
 Cuanto un entendimiento humano encierra,
 Y con su luz puede hacer visible,
 Los gallardos ingenios desta tierra
 Lo alcanzan, sutilizan y perciben
 En dulce paz o en amigable guerra.»

En este mismo año de 1551 —Cédula de 12 de mayo— se fundó también la Universidad de Lima, a instancia de los dominicos, de quienes dependió algún tiempo, viviendo precariamente por la escasez de medios económicos, hasta que decretó Felipe II su secularización, siendo Virrey don Francisco de Toledo, por Cédula de 30 de diciembre de 1571. En 1574, y después de curiosísimos y pintorescos incidentes, que describe Ricardo Palma en una de sus bellísimas *Tradiciones*, fué proclamado y jurado el evangelista San Marcos como patrón de la Real y Pontificia Universidad de Lima.

La exigüidad de las rentas señaladas originariamente para el sostenimiento de las enseñanzas, requirió nuevas ampliaciones, dotándola el Virrey Toledo con 20.312 pesos, asignados en varias encomiendas y repartimientos de indios, con los que se crearon en 1576 dos Cátedras de Gramática, una de Lengua quechúa, necesaria para la propagación de la fe; tres de Filosofía, tres de

Teología (Prima, Vísperas y Escritura); otras tantas de Leyes (Prima, Vísperas e Instituta); dos de Cánones (Prima y Vísperas), y otras dos de Medicina, aunque de éstas sólo se puso en ejercicio la una, ampliándose posteriormente las donaciones y las Cátedras por los Virreyes, las Ordenes religiosas y la munificencia de los particulares.

Para la obtención de los grados mayores de Licenciado y Doctor, los Bachilleres deberían haber pasado, oído o leído cinco cursos, o, a lo menos, tres, si el Claustro los dispensaba de los restantes, en atención a las circunstancias de preparación y méritos que concurrían en el aspirante y después de pagar éste las propinas y derechos al Mayordomo-Tesorero.

Estos derechos suponían un desembolso considerable para el graduando, puesto que cada Doctor de la Facultad cobraba noventa reales y cincuenta si lo era de distinta, con un aumento para el Rector, Maestrescuela, Padrino y otros Ministros, además de una gorra de terciopelo para todos los Doctores del Claustro si eran del gremio secular, o de un bonete si pertenecían al eclesiástico, ambos conmutables por una gratificación de cuarenta reales, añadiendo a cada uno seis gallinas, cuatro libras de colación y unos guantes. Corrían también a su cargo la corrida de toros que habrían de lidiarse en la plaza pública de la ciudad el día de la colación del grado, y una magnífica comida en obsequio de los concurrentes al acto.

Tales dispendios hubieron de moderarse por disposiciones posteriores del Claustro, reduciéndolos en 1743 a la entrega de dos mil pesos para repartir entre los Doctores del mismo, con algunas propinas para las autoridades y «un decente refresco a los Doctores que concurriesen a la lección de prueba», cantidades que aún se aminoraron posteriormente.

La Universidad de San Marcos era tan celosa del prestigio de sus títulos, que negaba toda incorporación a los de otros Centros análogos, franqueándose sólo a hermandad con los de Salamanca, Alcalá, Valladolid y Bolonia. Fundaba su determinación en que sólo en éstas tenían los exámenes el rigor suficiente.

La dirección superior y el gobierno de la Universidad correspondían al Rector, que se elegía por votos secretos en la tarde del 30 de junio de cada año, turnándose en el cargo el gremio de legos y el de eclesiásticos. Podía ser reelegido por otro año, aunque no por más tiempo. Del mismo modo se elegían los dos Consiliarios mayores, Doctores o Maestros del Claustro, ocupando el primero el cargo de Vicerrector. Los dos Consiliarios menores pertenecían al gremio de estudiantes y habían de ser Bachilleres, uno de las becas del Colegio Mayor de San Felipe, fundado en 1592 para los descendientes de los conquistadores, y otro de las de San Martín, regido por los jesuitas, que en el siglo XVIII pasaron al Colegio Real y Mayor Convictorio de San Carlos, en el que se fundieron los anteriores.

El Rector, cabeza de la Universidad, gozaba de los derechos correspondientes a su alta jerarquía, podía imponer multas y penas a los Doctores y Maestros del Claustro, tenía jurisdicción en causas criminales cometidas en las Escuelas o fuera de ellas, siempre que concerniesen a los Estudios; debía visitarlas «para ver cómo los Catedráticos, estudiantes, Secretarios y bebes asistenten, cumplen y hacen lo que deben, y si las dichas Escuelas están con el aderezo y limpieza que conviene, y los estudiantes andan corregidos y bien disciplinados»; poseía una llave de las tres del arca de la Universidad, la cual debía visitar tres veces por año, «para ver el dinero que ha caído», lo mismo que el archivo y los pupilajes de los estudiantes. Era el Ordenador de pagos y libraba los salarios a los Catedráticos, tomando razón de las faltas que les apuntaba el bedel, para «que las multas en que han sido condenados se quiten y *escalfen* de la dicha paga, y lo que se quitare se traiga luego a la caja de la Universidad». Por privilegio de Su Majestad, tenían licencia y facultad para ir acompañados de dos negros lacayos con espada. El Catedrático que explicase una Cátedra en propiedad durante veinte años, se jubilaba con el salario íntegro, salvo el tercio que se dejaba para el sustituto, gozando de todos los privilegios, honras y exen-

ciones, así como de las propinas, aunque no asistiese a los exámenes, grados y otros actos universitarios.

Con las rentas propias de la Universidad se atendía al pago de las fiestas en honor de los Patronos San Marcos y Santa Rosa, y a la conservación y cuidado del edificio, que ocasionaban gastos superiores a los ingresos, enjugando el déficit con las vacantes de las Cátedras mientras se proveían en propiedad, puesto que el interino que las regentaba sólo percibía la mitad del sueldo correspondiente al titular. Las Cátedras se cubrían por oposición, con votación de los estudiantes y otras muchas personas, procedimiento que, como dice Quesada, «originó grandes y muy ardientes luchas en medio de la calma de la vida colonial: certámenes ruidosos que entusiasmaban apasionadamente al vecindario, naciendo bandos y partidos enconados». En la Constitución XXXV de la Universidad de Lima, se señalan las precauciones que debe tomar el Rector para recibir los votos de los estudiantes y evitar sus trampas.

El siglo XVI todavía registra la fundación de una tercera Universidad: la de Santo Domingo, en la Española, que fué la primitivamente proyectada y se estableció en 1559 bajo la advocación de Santo Tomás de Aquino. De este modo, en la misma centuria de la conquista quedaban establecidos tres grandes focos de cultura: dos en el Continente, uno en cada hemisferio —Méjico y Lima— y otro en la región antillana, sin contar con otras instituciones similares, creadas por las Ordenes religiosas, que, andando el tiempo, se convertirían en Universidades.

En el siglo XVII, época de organización después del dinamismo de la conquista, se fundan las de San Gregorio Magno, en Quito (1620); Córdoba de Tucumán (1622), Charcas (1623), Santo Tomás, en Santa Fe de Bogotá (1627); San Cristóbal, en Huamanga —Perú— (1677); San Carlos Borromeo, en Santiago de los Caballeros de Guatemala (1681), y la del Cuzco, en el Perú (1692). Por último, en el siglo XVIII, se abrieron las de La Habana (1628) y Santiago de Chile (1758).

En las postrimerías de nuestro Imperio, toda la América es-

pañola estaba nutrida de Centros de enseñanza superior, en los que brillaban hombres eminentes de todas las Facultades. Es cierto que el abuso del memorismo y del verbalismo produjeron alguna penuria intelectual en determinados momentos; pero dentro y fuera del círculo universitario, y en todo caso por hombres de formación universitaria, se advierte un hondo deseo de instrucción y de renovación, generalizándose la imprenta y las publicaciones periódicas dedicadas al estudio de la Historia y de las Ciencias Físicas y Naturales. En la Universidad de Guatemala, un insigne Catedrático de Medicina, don José Felipe Flores, utilizaba para sus enseñanzas las estatuas anatómicas confeccionadas por él, que constituían una novedad en la misma Europa. Otro gran Profesor de la Universidad de Lima, don Hipólito Unanue, que dirigió la célebre revista titulada *El Mercurio Peruano*, fundó un Anfiteatro anatómico en el Hospital de San Andrés y una Escuela Médica, en la que se formaron notables Profesores. Alejandro de Humboldt, el gran viajero a quien tanto debe España, refiere el asombro que producía el hallar en los confines de California jóvenes que razonaban sobre la descomposición del agua durante el proceso de amalgamación al aire libre, y señala las peculiaridades del desarrollo intelectual en cada uno de los países que visitó: en Méjico y en Santa Fe de Bogotá, una tendencia notable al estudio profundo de las ciencias; en Quito y en Lima, más gusto por las letras, y en La Habana y Caracas, una especial afición a los problemas políticos y económicos.

Si a este panorama americano unimos la obra realizada en Filipinas a partir de la fundación de la Universidad de Santo Tomás (1610), podremos comparar nuestra actuación operante y creadora de una conciencia histórica y de un clima de civilización cristiana en el ámbito de la cultura mundial, con la de otros países cuyas colonias viven todavía en el pasivo estupor de la prehistoria.

LA MAS BELLA CIUDAD UNIVERSITARIA DEL MUNDO, INAUGURADA

SU Exceleñcia el Jefe del Estado inauguró en el Día de la Hispanidad la Ciudad Universitaria de Madrid. El Caudillo permaneció en el recinto cultural ocho horas consecutivas, durante las cuales visitó detenidamente todos los edificios que se inauguraban. En el acto, rodeado de solemnidad máxima, la alta intelectualidad española reiteró una vez más el testimonio de su adhesión y gratitud al Caudillo de España, propulsor insigne del resurgimiento de la cultura patria. Asimismo, el inmenso gentío estacionado en los terrenos que fueron teatro de luchas sangrientas durante nuestra Cruzada, se adhirió con entusiasmo a la solemnidad y aplaudió delirantemente al Jefe del Estado.

EL EXORNO DEL RECINTO

Todo el emplazamiento de la Ciudad Universitaria se encontraba engalanado con profusión de banderas y gallardetes. A la entrada, en el mismo sitio donde se erigirá el Arco de Triunfo en honor del Caudillo, se habían levantado dos haces de banderas Nacionales y del Movimiento. En la explanada que formará la plaza de las Facultades de Medicina y Farmacia y la Escuela de Odontología, se montaron tres tribunas. Una de ellas, en el centro de la plaza, sostenía una monumental Cruz de madera de 18 metros de altura, que descansaba sobre un altar, al que se ascendía por una gradería. A ambos lados, y en plano inferior, dos tribunas pequeñas. Enfrente, y separada

por unos 12 metros, estaba la tribuna para Su Excelencia y el Gobierno. En ella se instalaron magníficos sillones de terciopelo rojo. Al otro lado de la calzada se levantaba otra tribuna para los invitados de honor, respaldada por un pórtico gigantesco, en el que, sobre cinco taburetes, daban guardia muchachos del S. E. U. con trompetas heráldicas y banderas de la Organización.

Todos los edificios que inauguró Su Excelencia se encontraban también lujosamente exornados y las vías de comunicación perfectamente arregladas.

Como detalle interesante, que demuestra el dinámico esfuerzo llevado a cabo en los últimos días en el recinto cultural, figura la inauguración, el mismo día 12, de la línea de tranvías que une la Ciudad Universitaria con la plaza de la Moncloa, y que dicho día prestó excelente servicio. La línea llega ahora sólo hasta los campos de deportes, pero su prolongación por todo el recinto será una realidad en plazo muy breve.

Las calzadas principales estaban cubiertas por fuerzas de Falange, y en las explanadas se situaron los distintos Cuerpos de la guarnición que habían de figurar en el desfile y participar en el homenaje que se tributaría a los bravos defensores de aquel pedazo nacional en el Madrid rojo.

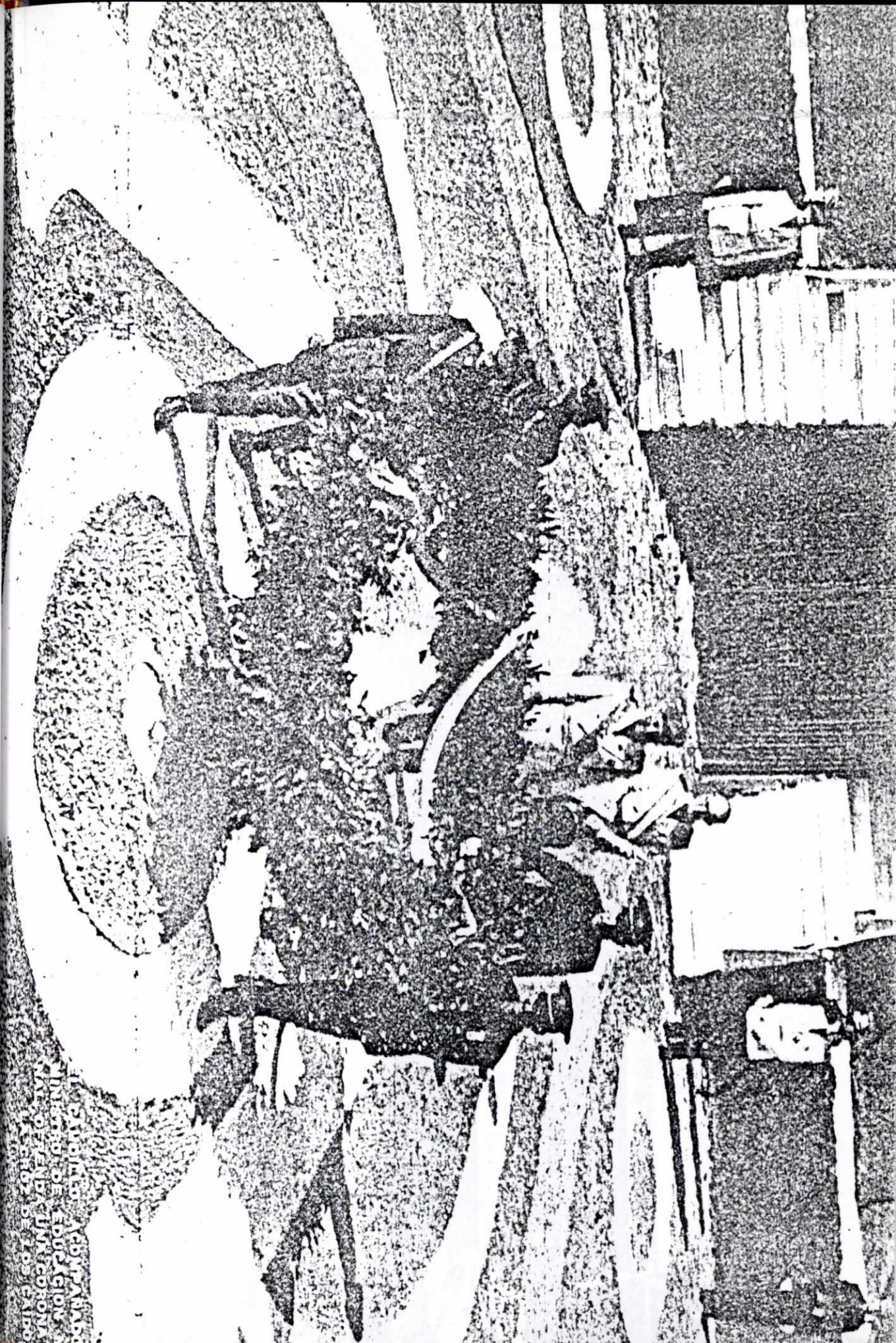
EN EL PABELLON DE GOBIERNO

Poco después de las diez de la mañana comenzaron a llegar al Pabellón de Gobierno de la Ciudad Universitaria los Ministros y personalidades, que eran recibidos por los miembros de la Junta Constructora, entre ellos el Vicepresidente primero suplente y Subsecretario de Educación Nacional, señor Rubio; Vicepresidente segundo y Director general de Enseñanza Universitaria, señor Ortiz Muñoz; Secretario-administrador, señor Sánchez Peguero, y Arquitecto Director, don Modesto López Otero.

Esperaban al Caudillo a la entrada del Pabellón el Presidente de las Cortes Españolas, los Ministros de Justicia, Go-

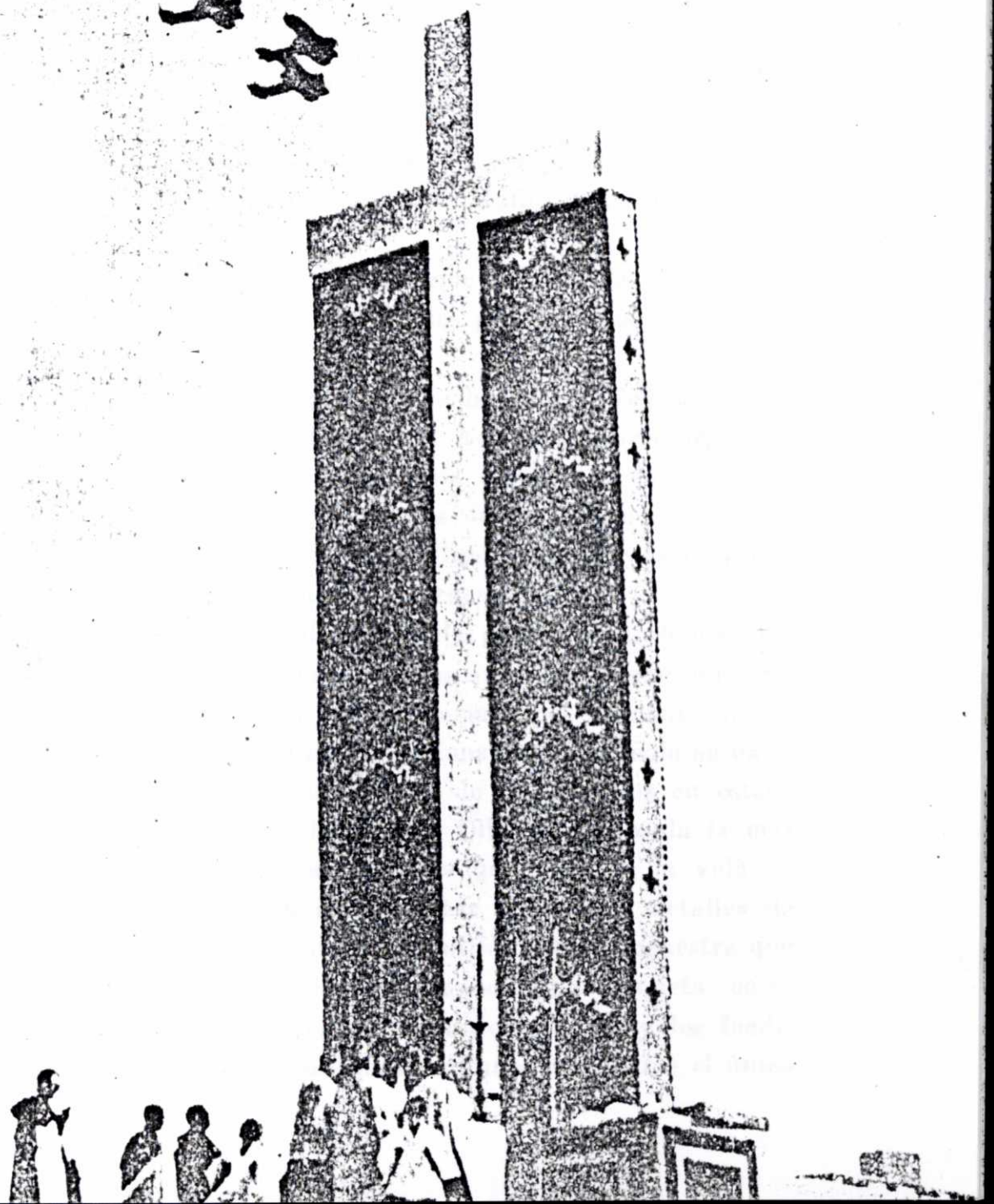
COMUNTA POLITICA, PRESENCIAN-
DO EL DESFILE





COMPANIA
FINANCIERA DE EDUCACION
VALDEALBA UNICORONA
ASISTOS DE LOS CAJOS

DURANTE LA CELEBRACION DE
LA MISA, LOS AVIONES ARROJA-
RON FLORES SOBRE EL HOSPITAL
CLINICO



ber nación, Hacienda, Marina, Obras Públicas, Industria y Comercio, Agricultura y Trabajo; Vicesecretario general del Movimiento, Subsecretario de la Presidencia, Rector de la Universidad Central y Vicesecretarios de Servicios y de Prensa y Propaganda; Directores generales del Ministerio de Educación, Delegados nacionales, el Jefe Nacional del S. E. U., Vicesecretario del Consejo Nacional de Educación, señor Rocamora, y otras personalidades.

A las diez y media en punto llegó el Generalísimo al Pabellón de Gobierno, acompañado del Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, y de los jefes de sus Casas Militar y Civil, Teniente General Muñoz Grandes y señor Muñoz Aguilar.

Su Excelencia, que vestía uniforme de gala de Jefe Nacional del Movimiento, saludó a todas las personalidades y penetró en el Pabellón.

El Generalísimo entró primero en la sala de Juntas, donde, a la vista de un extenso gráfico, el Arquitecto-director, señor López Otero, explicó a Su Excelencia el proceso de la formación y las características principales de la ordenación general de cada uno de los edificios de la Ciudad Universitaria y citó numerosos datos respecto a su construcción.

El Caudillo descendió después a la planta baja, donde examinó dos monumentales maquetas. La primera recoge con precisión de escala la Ciudad Universitaria en el momento de ser liberado Madrid por las fuerzas nacionales. En la sala se exhibían también numerosas fotografías de los edificios en estado ruinoso, entre ellas las del Hospital Clínico, avanzada la más saliente del frente nacional, y otras que recogen la vida de las fuerzas nacionales en aquel sector y curiosos detalles de las destrucciones, como la de la magnífica estatua ecuestre que figuraba delante de la residencia francesa. La maqueta, construida por el Gabinete Técnico con datos propios y los facilitados por los distintos organismos militares, constituye el único

documento de lo que fué aquel sector del frente madrileño, teatro de épicas hazañas.

La otra maqueta presenta, también con precisión de escala, la Ciudad Universitaria a la terminación de todas las obras. Los edificios, cuyo modelado es perfecto, están pintados de color ocre y la arboleda en tono verdoso. El Caudillo examinó asimismo la maqueta y plano de los distintos edificios y monumentos cuya construcción ha sido ya acordada de conformidad con los diseños del señor López Otero. El arco monumental a la entrada del recinto universitario, como arco de triunfo, en el concepto romano, en honor del Caudillo y del Ejército liberador, cuyas esculturas ha de realizar el señor Capuz. El gran paraninfo y rectorado, edificio representativo de la Universidad, como templo clásico, dedicado a la ciencia española, y ante el cual se erigirá el monumento a don Alfonso XIII, fundador de la Ciudad Universitaria, que será modelado por el escultor señor Orduna. La arquitectura y decoración del paraninfo tendrán la riqueza de materiales y la suntuosidad que no admiten la arquitectura de aula y laboratorios de las Facultades. En la bóveda se pintará una alegoría de la ciencia española, y al frente del edificio se desarrollará en atrio porticado de grandes dimensiones, donde puedan celebrarse fiestas y concentraciones escolares. Maqueta del gran templo universitario, dedicado a Santo Tomás de Aquino, ante el que se alzarán el monumento al cardenal Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá, de la que se deriva la de Madrid. El conjunto se compone de un gran atrio, limitado lateralmente por muros de severa arquitectura, a los que se adosarán las estatuas de los grandes maestros de la Universidad complutense, y en el centro la del insigne cardenal, modeladas todas ellas por el señor Pérez Comendador. Maqueta de la Casa del S. E. U., que se levantará en uno de los lugares más bellos de la Ciudad Universitaria, próximo al campo de deportes, y ante el cual se erigirá la estatua de José Antonio, flanqueada por dos grandes relieves con escenas de la Cruzada. El señor Adsuara modelará las es-

culturas. Por último, maqueta de la fuente monumental, dedicada a las artes españolas. Una gran masa de agua bien compuesta con el paisaje, con jardines, fondos, vegetales, relieves y estatuas, modelados estos últimos por el señor Clará.

Al abandonar Su Excelencia el Pabellón de Gobierno fué objeto de una calurosa despedida.

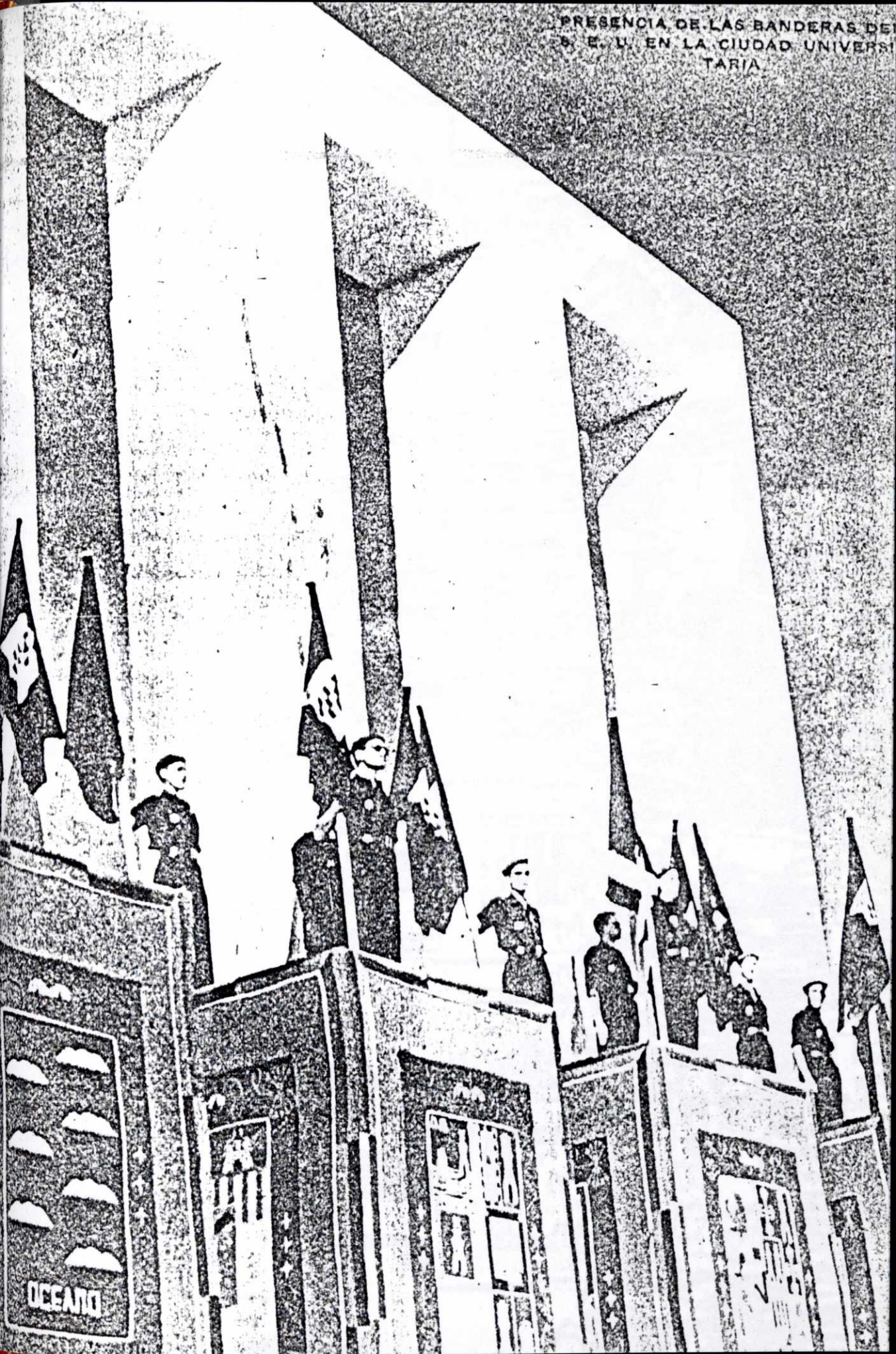
HOMENAJE A LOS CAIDOS

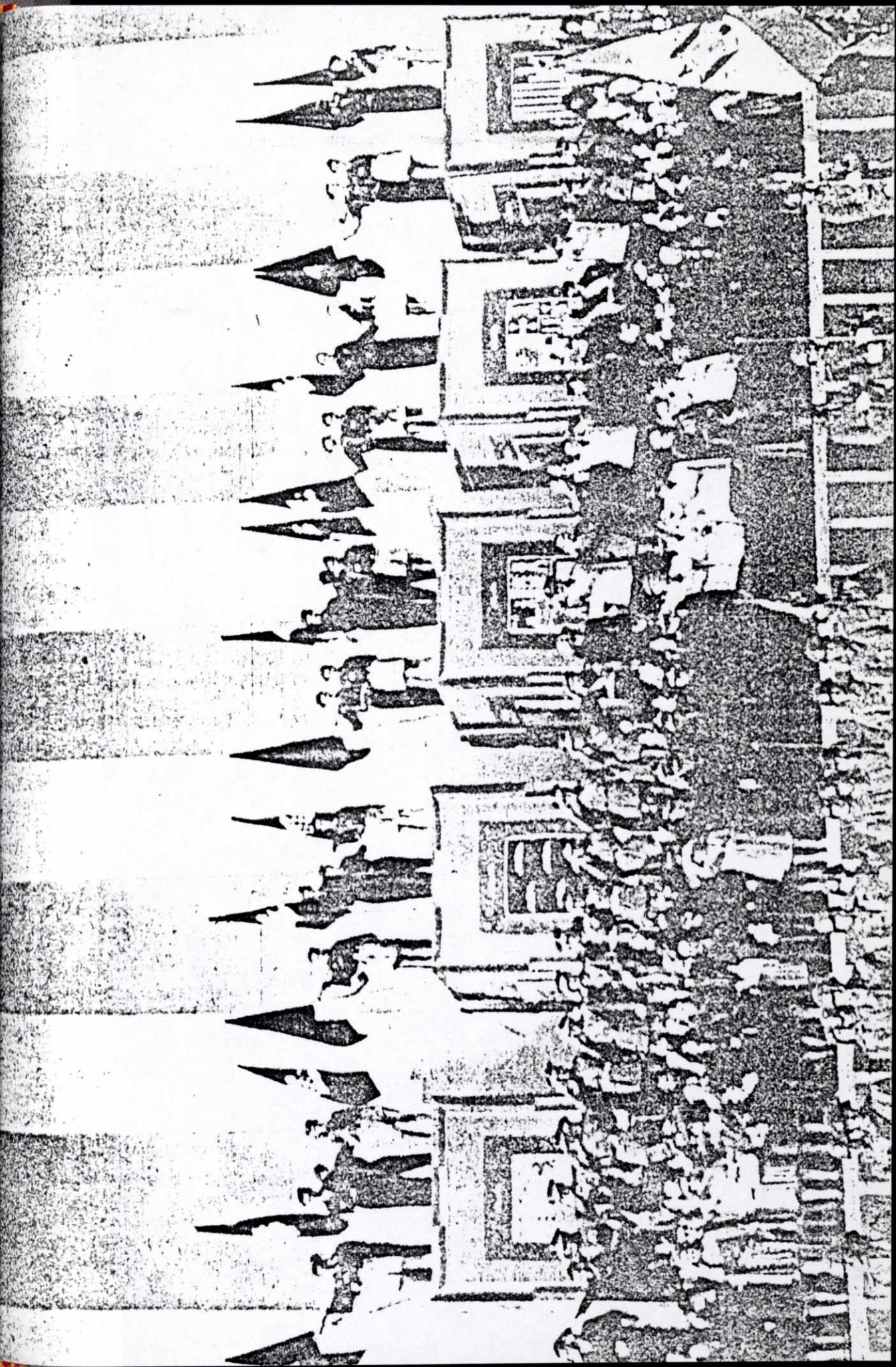
Los actos oficiales de la inauguración de la Ciudad Universitaria madrileña dieron comienzo con la celebración del homenaje a nuestros caídos. Su Excelencia el Jefe del Estado, desde el Pabellón de Gobierno, pasó al Campo de Medicina, entre los vítores de la inmensa multitud, agolpada en el recinto cultural y las notas del himno nacional, interpretado por todas las bandas de música. El Caudillo subió a la tribuna, seguido de su Gobierno y del Capitán General de la primera región. En la tribuna de invitados se situaron las jerarquías de F. E. T. y de las J. O. N. S. y Directores generales de todos los Ministerios, los Rectores de las doce Universidades de España y personalidades de la cultura patria. En la arena, delante del altar, destacaba, trazado con cal, el Víctor del Caudillo.

A las once dió comienzo la misa, que ofició el Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, Doctor Morcillo. El momento de alzar fué de intensa emoción. Tronaron los cañones con las salvas de ordenanzas, sonaron las trompetas el himno nacional, se rindieron las banderas y cuatro escuadrillas de aparatos evolucionaron sobre el Campo de Medicina para rendir sus virajes sobre el Clínico. Los coros del Seminario entonaron durante la misa el «Avemaría», de Schubert, y varios motetes.

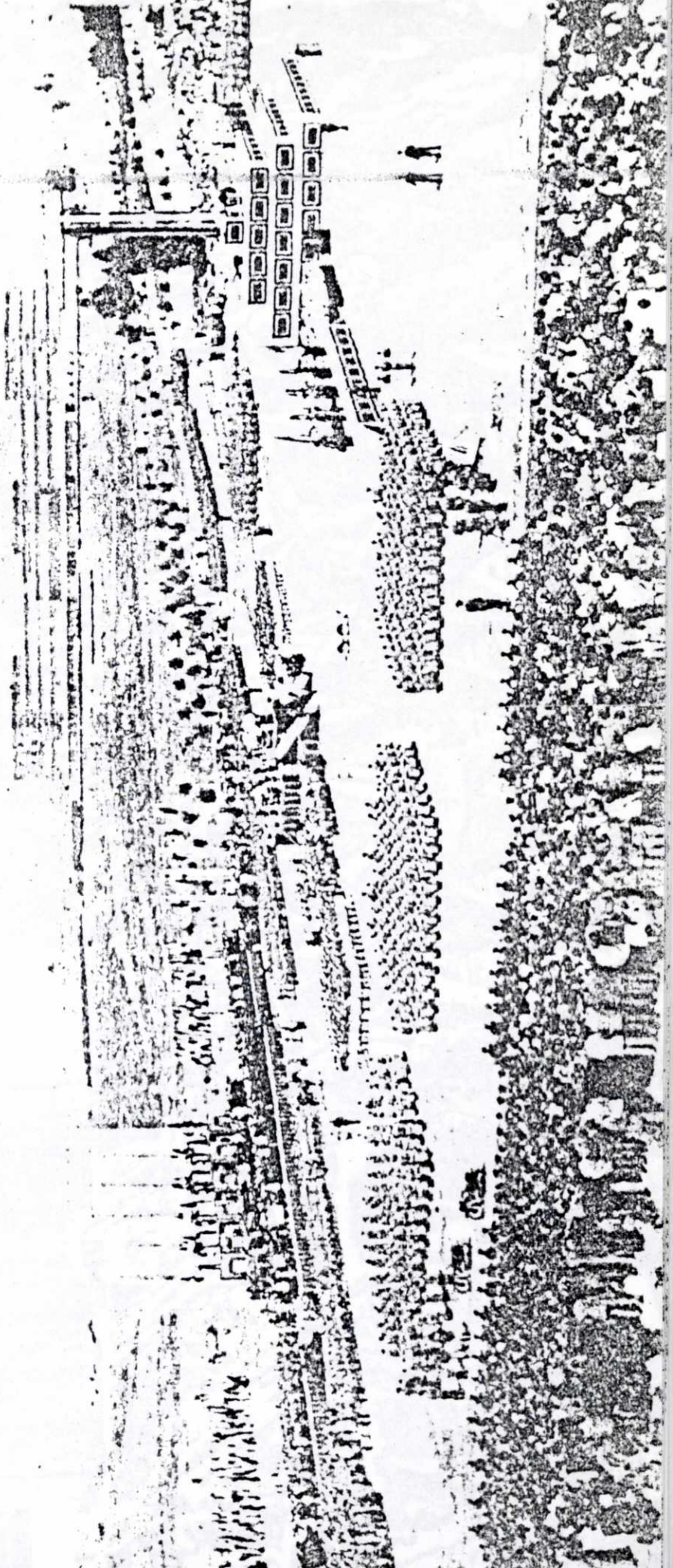
El doctor Morcillo, revestido de pontifical, bendijo a los cuatro puntos cardinales la Ciudad Universitaria y entonó después un responso, que cantó la capilla del Seminario en sufragio de nuestros muertos en la contienda salvadora. Mientras tanto se izaba a media asta, en lo más alto del Clínico, la bandera de

PRESENCIA DE LAS BANDERAS DE
E. U. EN LA CIUDAD UNIVERSI
TARIA

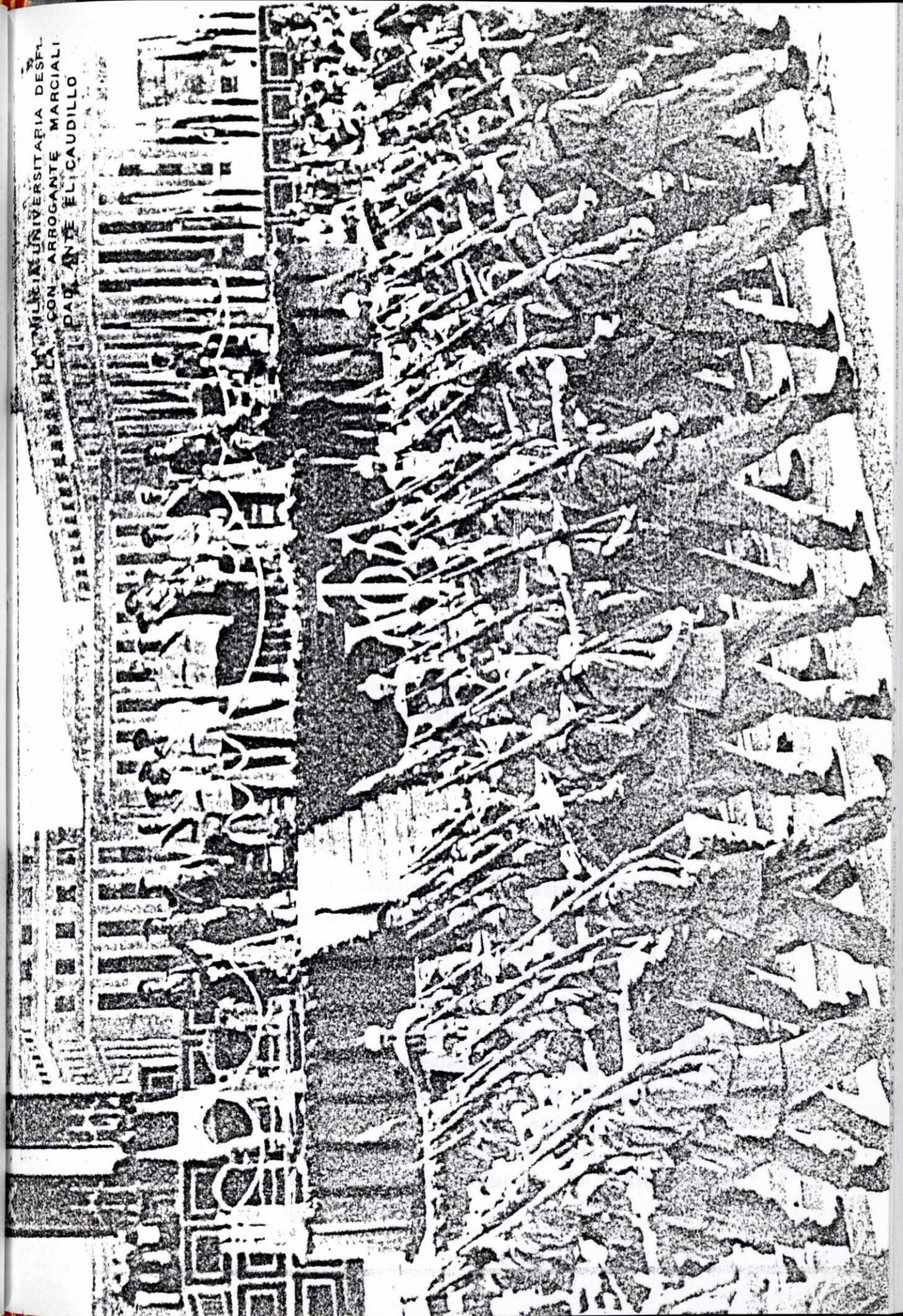




UNA VISTA DEL "CAMPUS" DE MEXICO DURANTE LA MISA



LA MILITARIA UNIVERSITARIA DESPLAZADA ANTE EL CAUDILLO CON ARROGANTE MARCIALES



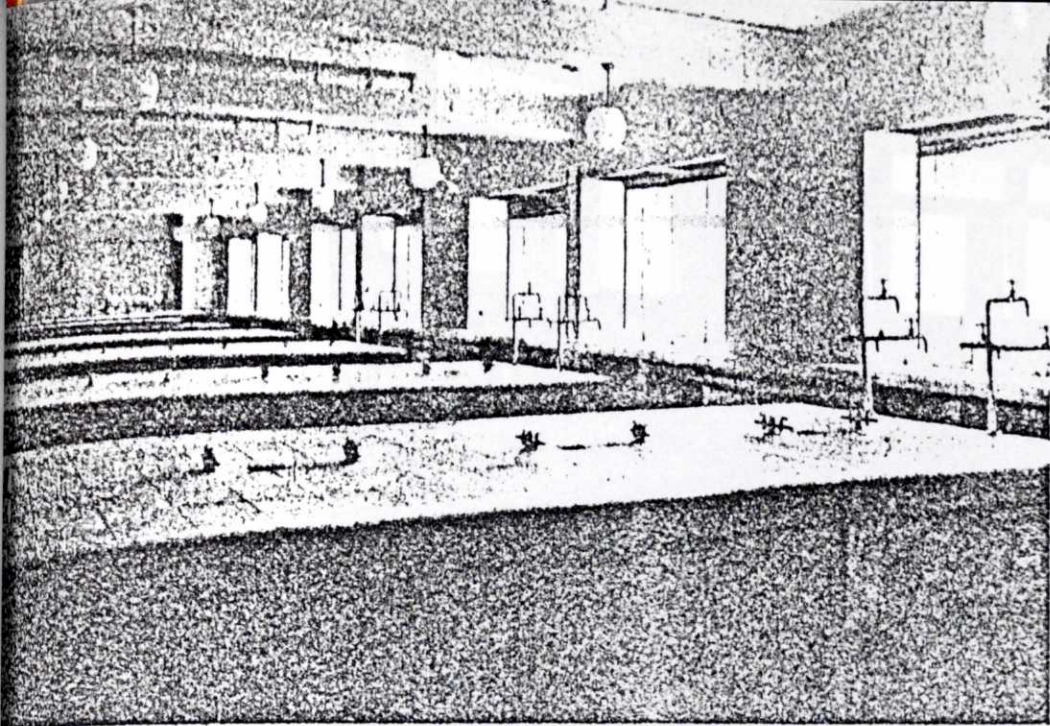
España, y otra vez los cañonazos dispararon las salvas. El Jefe nacional del S. E. U. leyó, desde el altar, la Oración de los Caídos, y después el Caudillo, en medio de un sepulcral silencio, descendió de la tribuna, para depositar al pie de la cruz una monumental corona de laurel, que portaban soldados y falangistas, como homenaje de España a sus más bravos soldados.

Los gritos de «¡Franco, Franco, Franco!» atronaban el espacio al iniciarse el desfile de los soldados y milicias universitarias. La guardia mora, en traje de gran gala, cercó la tribuna de Su Excelencia. Pasaron primero, en correcta formación, los infantes y los ingenieros. Después la Milicia Universitaria, que admiró a todos por su precisión y marcialidad. A continuación, la Artillería y la Caballería. Cerró el desfile el S. E. U., con el Frente de Juventudes. Los miembros de la Milicia Universitaria, en número de 2.000, lucían los distintivos y galardones a que se hicieron acreedores durante su estancia en el campamento de La Granja.

Soldados y milicia al pasar ante el Caudillo daban los gritos de ritual, y el Generalísimo saludaba brazo en alto a aquellos muchachos, promesa de la Patria.

INAUGURACION DEL ACTO ACADEMICO

A las doce llegó el Generalísimo a la Facultad de Filosofía y Letras, que abría oficialmente. Fué recibido en el magnífico vestíbulo por el Decano y Profesores de la Facultad y el Arquitecto constructor, señor Aguirre. Su Excelencia visitó detenidamente numerosas dependencias de la Facultad, instaladas con suntuosidad regia. Mientras tanto, los invitados pasaban al paraninfo, donde iba a celebrarse el magno acto académico, que inauguraría el curso 1943-44 en la Universidad de Madrid. El salón presentaba un brillante aspecto. Cubrían el fondo de la presidencia el repostero con las armas del Caudillo y dos tapices de las carabelas, del Ministerio. Se exhibía tam-

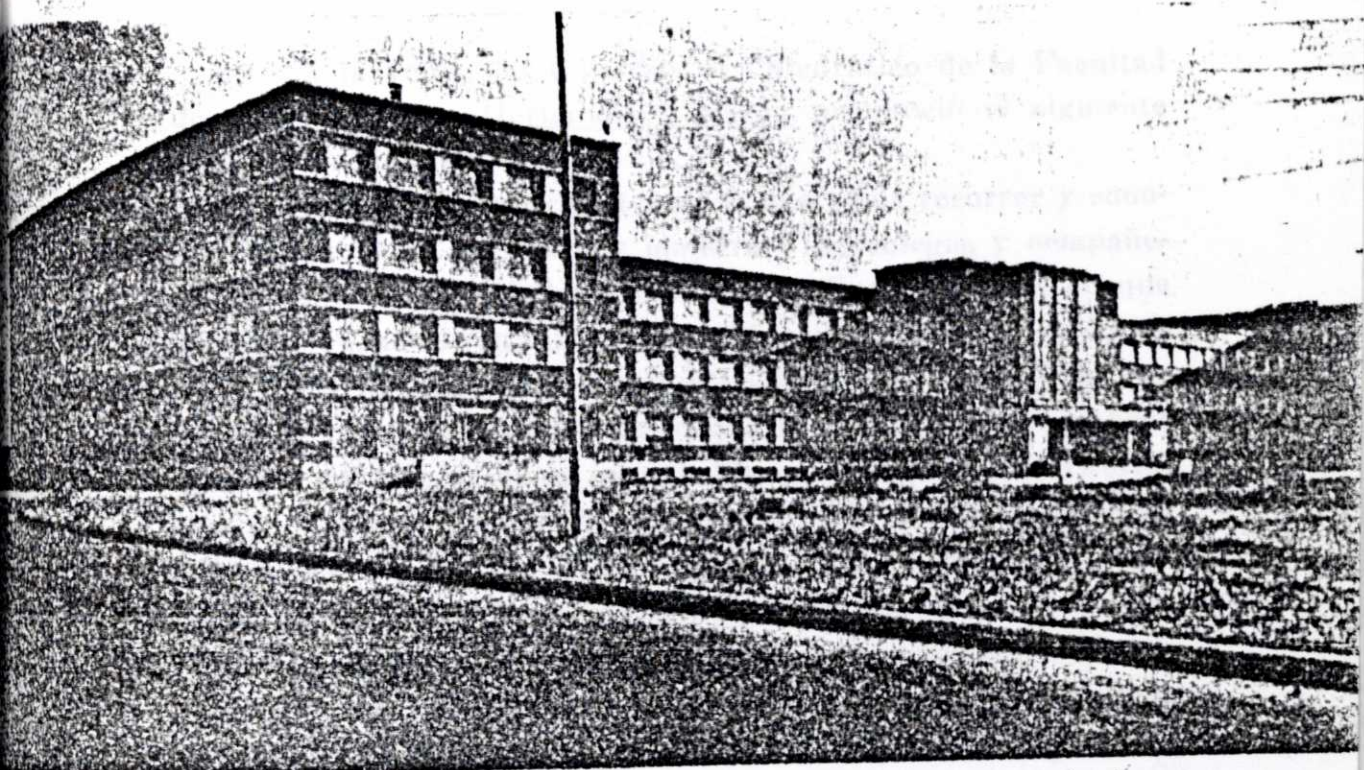
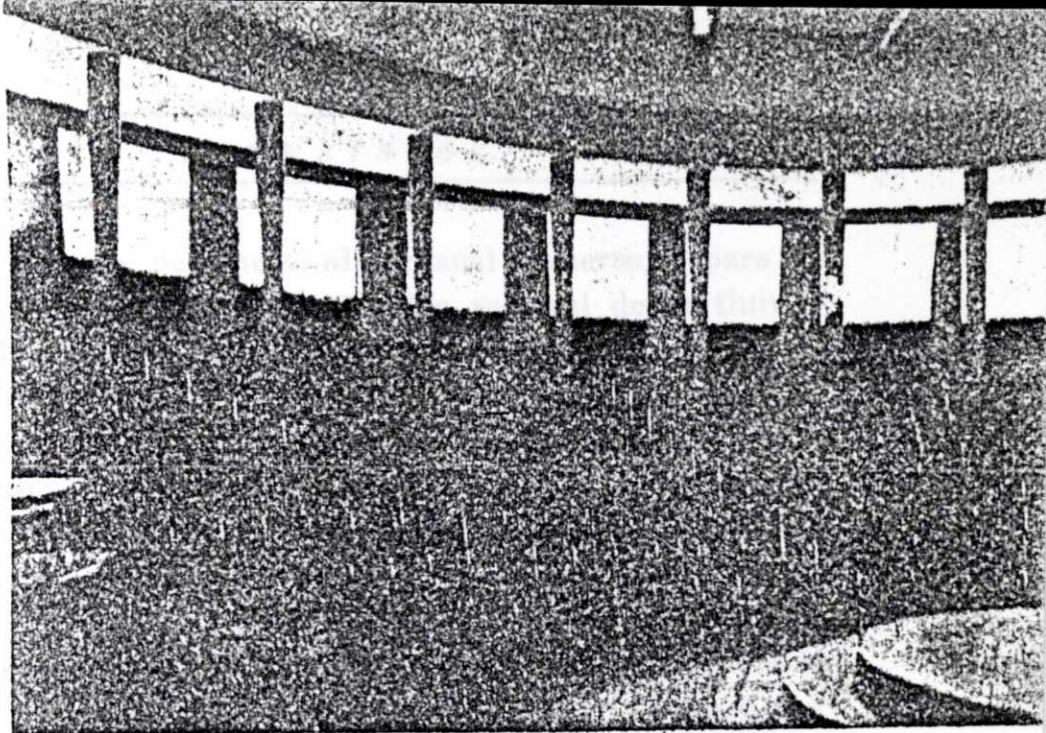


Uno de los
laboratorios
de la Facultad
de Ciencias



Facultad de Farmacia

Anfiteatro de
la Facultad
de Filosofía
y Letras



Facultad de Filosofía y Letras

b. el pendón que perteneció al cardenal Cisneros, y para Su Excelencia se había dispuesto el sillón rectoral de la Universidad de Madrid, que ostenta las armas del egregio purpurado complutense. En el hemiciclo, tapizado de terciopelo encarnado, tomaron asiento en el primer escaño el Gobierno, detrás la Junta Política, Directores generales, jerarquías de la Falange y numerosos Catedráticos con los Rectores, que exhibían la policromía de sus togas claustrales. En las galerías altas se situaron los alumnos.

El Generalísimo ocupó el sillón presidencial, y a su derecha sentáronse el Ministro de Educación Nacional y el Obispo auxiliar de Madrid, y a su izquierda el Rector de la Universidad Central y el Jefe Nacional del S. E. U. Las 600 localidades del paraninfo estaban ocupadas en su totalidad.

DISCURSO ACADEMICO DEL SEÑOR HERNANDEZ PACHECO

Prevía la venia del Caudillo, el Catedrático de la Facultad de Ciencias señor Hernández Pacheco pronunció el siguiente discurso académico:

«En los últimos años he tenido la suerte de recorrer y conocer, en unión de mi padre y maestro y de colegas y compañeros de esta Universidad de Madrid, los diversos países en que España deja sentir su influencia escalonados en más de 6.500 kilómetros a lo largo de las costas atlánticas de Africa. Esta es la única razón que estimo justifique la honra que se me hace con ocupar esta tribuna para hablaros de aquellos territorios que comienzan al norte de Africa con nuestro Protectorado de Marruecos, siguen por Ifni, pequeña zona hace pocos años incorporada a nuestra nación como país de soberanía, continúan por el Sáhara español, de tan duro clima, y alcanzan, finalmente, las tierras ecuatoriales de la Guinea continental española, con las islas de Fernando Póo y Annobón, ésta situada ya en el hemisferio austral.

Todos estos países, tan dispersos, son, en su conjunto, relativamente poco extensos; ninguno constituye región geográfica natural bien ponderada, pues son retazos mayores o menores, que, sin excepción, presentan cambios bruscos en sus líneas fronterizas, que violentan el trazado lógico de sus límites naturales.

Estos países y colonias, de muy variados climas y paisajes, son, para la generalidad de las gentes, sólo conocidos de nombre o muy superficialmente, debido a lo cual, y hasta hace poco, a excepción de la zona marroquí, muy escasa atención se les ha prestado. Se juzgaba inconscientemente escaso o nulo su valor.

Hoy bien se sabe lo que realmente representan, no ya Marruecos, complemento natural de las tierras peninsulares del otro lado del Estrecho, o Ifni, pequeño, enclavado hoy en el Imperio francés del Africa occidental, apoyo y protección continental del archipiélago Canario o de la Guinea, que nos ofrece frutos y productos tropicales, complemento de la producción agrícola y forestal de la metrópoli, sino de las desérticas y misérrimas tierras del Sáhara, que por su posición y especiales características climatológicas y topográficas, ofrece en su largo litoral un casi ininterrumpido aeródromo, magnífico punto de apoyo para la navegación aérea entre Europa y América española, lo que ya sólo sería suficiente para mirar a estas tierras con el más alto interés. Pero, además, el extenso litoral que desde Ifni llega hasta más al sur de nuestros dominios del Sáhara es de tan portentosas riquezas pesqueras, que pocos parajes habrá en el mundo que lo igualen. Puede asegurarse que con barcos apropiados y comunicaciones marinas regulares y rápidas, no sólo España, sino muchos pueblos europeos, podrían mejorar, en gran parte, sus recursos alimenticios, pues aquellos bancos, bien explotados, son inagotables.

No se describen todas estas tierras con minuciosidad; sólo damos idea general de cómo son sus rasgos fisiográficos y geológicos, su ambiente, y mostramos algunos cuadros descriptivos que den cierta idea de sus características para cooperar así de

algún modo a su conocimiento y despertar el interés por estos países, pues bien se lo merecen.

No quiero dejar de advertir que los recorridos e investigaciones que en estos últimos años hemos efectuado a estos diversos territorios, han sido siempre atendidos por la Dirección General de Marruecos y Colonias y por la Alta Comisaría de España en Marruecos, entidades que nos han prestado todo el apoyo, tanto moral como material, que hemos solicitado. El Gobierno de Ifni-Sáhara y los Jefes y Oficiales de nuestro Ejército siempre nos han recibido allí con el cariño y el desinterés en ellos proverbial, tratándonos como excelentes compañeros y sirviéndonos de guía a lo largo de interminables itinerarios. Así, pues, a todos ellos se deben, en gran parte, los frutos de nuestras investigaciones, que pensamos proseguir, confiando, como siempre, en su generoso apoyo.

A grandes rasgos, como era nuestro propósito, se describen en el presente discurso las características geográficogeológicas del Protectorado español de Marruecos, tan quebrado y variado, del pequeño territorio de Ifni, núcleo montañoso rodeado por el llano infinito del desierto; de nuestro Sáhara español, tan pobre y árido, pero de puros y sintéticos paisajes, y de las posesiones españolas del Golfo de Guinea, tierra donde la vida se desarrolla con su máxima pujanza.

Mucho se ha hecho en las diversas actividades del hombre en estos países, pero en el campo de las ciencias naturales queda aún mucho por hacer, siendo algunos de los problemas fisiográficos y geológicos del más alto interés científico. Por ello deseamos volver allá, a reunirnos con los amigos que, lejos y aislados de la metrópoli, trabajan con ilusión y sin descanso por el prestigio y en provecho de la Patria.

En Marruecos, en los numerosos edificios y oficinas de las Intervenciones Militares, por no hablar sino sólo del campo, bellos y alegres, se fundamenta la paz y se labora por el orden del Protectorado. Las importantes construcciones de Obras Públicas hacen posible viajar hacia cualquier rumbo y llegar a

todos los rincones. En Ifni es prodigioso lo que se ha hecho; lo que hace pocos años era rústico caserío de terrosos tapiales semiderruidos, es hoy la ciudad de Ifni, con sus 6.000 habitantes. Allí, en el lugar que ocupó el barracón de los «Sabios», denominación cariñosa y de franca amistad con que en el lenguaje corriente se distingue a todo el que allí llega para estudiar la Naturaleza, se alza hoy, a la derecha, la iglesia; a la izquierda, el foro. En el centro de la ciudad destaca el alminar de la Mezquita. En las callejuelas, siempre animadas con el ir y venir de las gentes, se distinguen los pequeños comercios, y junto al pequeño taller del zapatero remendón moro está el de su «colega» español. En esta población, como antes en las americanas, todos conviven y todos se respetan.

En el Sahara es más portentoso lo que se ha hecho. Centenares de kilómetros de pista permiten llegar a todas partes. En El Aiun, al amor de sus fuentes, está surgiendo una pequeña ciudad de ensueño. Hasta en Smara la Oficina de Intervención es un lugar de paz y trabajo en el tétrico desierto de negras piedras.

La riqueza del suelo permite ya muchas cosas en Guinea. ¡Pero cuánto sacrificio es allí trabajar! El clima empereza, y sin embargo, estas tierras son hoy una colonia rica y floreciente, y sus ciudades Santa Isabel y Bata, limpias y agradables y de típico ambiente colonial, progresan rápidamente.

Por todo esto, se desea volver, y en pequeños grupos, los de aquí con los de allá, recorrer y estudiar estos países, trepar por barrancos y laderas, hasta alcanzar las más altas cumbres; adentrarse en la densa selva hasta quedar aislados y como perdidos en su angustiada soledad; avanzar por el llano infinito hasta desaparecer en lontananza tras el lejano horizonte.

Esta Universidad de Madrid ha perdido en el pasado curso académico, uno de sus más prestigiosos profesores, estando por ello profundamente entristecida. El día 7 de diciembre de 1942 falleció, a los cincuenta y seis años de edad, el Catedrático de Filosofía y Letras don Manuel García Morente.

Sus estudios de Bachillerato los hizo en el Liceo de Bayona, y en la Sorbona la Licenciatura de Letras, labor que desarrolló con extraordinaria brillantez.

Ya en España siente la necesidad de ampliar sus conocimientos, y marcha a Alemania a estudiar Filosofía en las Universidades de Marburgo, Munich y Berlín, asistiendo a los cursos de Cassirer, Natorp y, en particular, de Cohen. Antes, en París, fueron sus Maestros. Boutroux, Levy Bruhl, Rauh y también Bergson.

A los veinticinco años, o sea, en 1918, ganó por oposición la Cátedra de Etica de la Universidad de Madrid y desde entonces se dedica con ahínco a su labor docente y a la publicación de diversas obras. En 1931 la propia Facultad de Filosofía y Letras le nombra Decano, cargo que desempeñó brillantemente. Como Decano organiza en el verano de 1938, y a bordo del «Ciudad de Cádiz», un crucero de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en el que estuvieron representadas todas las de España. Este viaje de estudios y enseñanzas por el Mediterráneo tuvo un excelente éxito y dejó imborrable recuerdo.

Anteriormente, en 1931, García Morente representó oficialmente a España en el centenario de Goethe, celebrado en Weimar, siendo también en este año elegido para la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que ingresó en 1933. La Sociedad Cultural de Buenos Aires le invitó en 1934 para que desarrollase un cursillo de conferencias, consiguiendo con él un éxito memorable.

Como publicista destacó por su labor de divulgación del pensamiento filosófico. Para ello tradujo magistralmente grandes obras, como «Las tres críticas», de Kant; «El origen del conocimiento moral», de Brentano; «El diario de un filósofo», de Kyslerling, y otras diversas características científicas, artísticas o históricas. García Morente colaboró asiduamente en la «Revista de Occidente».

Los trabajos y obras de García Morente fueron muy variados, destacando, entre otros, «Europa en decadencia», «Una

nueva filosofía de la Historia». Interesantes son también «El chiste y su teoría», «La astrología y los astrólogos» y «Ensayo sobre la vida privada». En su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas leyó el discurso titulado «Ensayo sobre el progreso», de ambiente filosófico-histórico.

El Alzamiento nacional le sorprendió en Madrid, al regreso de la Universidad de Poitiers, donde presidió la investidura doctoral del abate Jobit.

Todo lo que desde entonces ocurrió en España afectó, como es natural, muy profundamente a García Morente, el cual logró salir de nuestro país. Cuando regresó de la República Argentina en junio de 1938, ingresó en el convento de los Padres Mercedarios de Poyo (Pontevedra). En abril de 1939, da por terminada su formación en el citado monasterio, trasladándose a Madrid, en cuyo Seminario Conciliar ingresó para el nuevo curso. El día primero de enero de 1941, celebra su primera misa en la capilla del Colegio de la Asunción.

Uno de sus últimos trabajos fué el discurso que leyó en la apertura de curso pasado de esta Universidad, titulado: «Ideas para una filosofía de la Historia de España».

En él hubo un cariñoso elogio de la vida docente y de investigador de mi padre y maestro el Catedrático don Eduardo Hernández-Pacheco, entonces recientemente jubilado, por lo que le quedo eternamente agradecido.

En todos sus actos resplandece su recto juicio y su bondad extraordinaria.

Que Dios tenga en su gloria al excelente profesor que tan buen amigo supo ser en vida.

La Universidad de Madrid siente gran satisfacción al incorporar a sus tareas docentes y de investigación un nutrido grupo de distinguidos profesores.

Por la Facultad de Filosofía y Letras, don Ciriaco Pérez Bustamante, don Cayetano Alcázar Molina y don Francisco Javier Sánchez Cantón.

Por la de Ciencias, don Maximino San Miguel de la Cámara y don Florencio Bustinza Lachiondo.

Por la de Derecho, don Fernando María Castiella Maiz.

Por la de Medicina, don Ciriaco Laguna Serrano, don Pedro Laín Entralgo, don Pedro García Gras, don Manuel Bermejillo Martínez y don Jesús García Orcóyen, y por la de Farmacia, don Salvador Rivas Goday.

El prestigio de tales nombres, acreditado por su labor docente y por la aportación de sus publicaciones meritísimas, nos exime de la obligación de apostillar esta parte de nuestro discurso con detalles bibliográficos que están presentes en la memoria de toda persona culta. Sólo sí, debemos poner de relieve que la incorporación del doctor San Miguel de la Cámara a nuestra labor universitaria ha sido seguida de su nombramiento como Decano de la Facultad de Ciencias, elevado cargo desde el que tan prestigiosa personalidad tiene ya dadas cumplidas pruebas de su capacidad para tan distinguido menester.

Y aquí termina mi discurso académico, reducido en su lectura a las proporciones impuestas por el apremio del tiempo en tan honrosas circunstancias. Pero no debo, Señor, abandonar esta tribuna sin expresaros que siendo el tema de mi trabajo el Africa española, escenario memorable que fué de vuestra preclara historia militar, constituye para mí especial motivo de satisfacción poner en vuestras manos esta pequeña prueba de mis estudios cerca de aquellas tierras, campo de mis excursiones científicas y objeto de vuestro amor.»

PALABRAS DEL JEFE NACIONAL DEL S. E. U.

A continuación el Jefe Nacional del S. E. U., camarada Rodríguez de Valcárcel, leyó las siguientes palabras:

«Caudillo de España: Inauguramos hoy los primeros edificios de esta espléndida Ciudad Universitaria, comenzada bajo los auspicios de Su Majestad don Alfonso XIII y felizmente coronada gracias a vuestra indomable energía, a la capacidad de

trabajo de vuestro Ministro de Educación Nacional y el incansable esfuerzo del ejército de técnicos y obreros que, luchando sin desmayo contra todas las dificultades de la hora presente, han logrado vencer la rueda implacable del tiempo, ofreciéndonos en un brevísimo espacio de meses esta obra gigantesca de la reconstrucción nacional.

Cúpleme a mí, Señor, el altísimo honor de hablaros en nombre de todos los estudiantes españoles y agradecer los cuantos desvelos e inquietudes promueven en vuestro ánimo los problemas que, atacados y resueltos del frente con el más limpio estilo falangista, ocupan en la compleja actualidad de España un lugar de primer rango, como lo demuestran estas magníficas fábricas que hoy se alzan al cielo frente a los paisajes amados por nuestros reyes mejores.

Aquí, en esta tierra de la Ciudad Universitaria, incorporada ya a nuestras más brillantes páginas de guerra, yacen los huesos de muchos españoles muertos en el amanecer de la Patria: al frente de aquellas Compañías del Tercio, de aquellos Tabores de Regulares, de aquellas Centurias de Falange de aquellos Tercios del Requeté, cayeron también aquí, y a lo ancho de toda la geografía de España, millares de estudiantes, camaradas nuestros que, con una estrella de oficial clavada en la camisa castrense, nos dieron el más alto ejemplo de heroísmo que José Antonio pudo soñar nunca cuando fundara nuestro Sindicato.

Nosotros, que como falangistas creemos en la fecundidad de la sangre vertida, tenemos una fe ciega en los destinos de esta Ciudad Universitaria que hinea sus cimientos—dicho sea sin la menor concesión a la retórica—entre los huesos y la sangre de los mejores mozos españoles. Mas, así como el Cielo se gana con la espada, la posesión de la Fe hay que ganarla y conservarla cada día; por ello, y en nombre de todos los estudiantes de España, os prometo, Señor, que ni una sola de las promociones de profesionales que de aquí salgan se perderá para el supremo servicio de la Patria, tan necesitada de hombres forjados de arriba abajo, que unan a un completo bagaje intelectual una

impecable formación religiosa y política, deportiva y militar.

De aquí, como de ninguna Universidad española, podrán salir ya jamás aquellos equipos de intelectuales resentidos, responsables directos de todas las revoluciones de tipo marxista; en primer lugar porque les educaremos en el ejemplo de sus hermanos mayores cara al sol de una victoria difícil, y en segundo término porque buscando las claves emocionales, distintas en cada generación, hallaremos, sin duda alguna, aquella vena heroica que José Antonio descubrió soterrada en el alma de los estudiantes que tras él formaron las primeras escuadras de nuestra Revolución.

Las enseñanzas que aquí se den y el clima que aquí se respire en un próximo futuro queremos compartirlos con nuestros hermanos de América, no solamente porque ésta fué una de las ideas matrices que impulsó la fundación de la Ciudad Universitaria, sino porque ahora más que nunca, cuando se hunden y se trastruecan pueblos y regímenes, es más necesario que cuantos sobre la tierra hablan nuestro idioma participen de una cultura común. En esta gran casa solariega de la joven América que es España, pueden y deben venir quienes hasta hoy se han desparramado por todas las ciudades de rango científico de Europa, en la seguridad, por otra parte, de que los estudiantes españoles sabremos recibirlos como se merecen.

El Sindicato Español Universitario, constituido por todos los estudiantes españoles y templado en el heroísmo de sus miles de muertos caídos en una trayectoria sin ejemplo a lo largo de sus diez años de existencia, aprovecha esta gozosa coyuntura para ofreceros la inquebrantable firmeza de su voluntad, sin la menor concesión al desánimo os muestra hoy las filas compactas de sus escuadras militares para pedir os que la mejor voz de mando que ha resonado nunca en nuestra Patria, nos guíe por los caminos que conducen a los claros destinos de España.

Y vosotros, camaradas universitarios, recordad que nuestra consigna ha de ser negarnos al descanso diario en nuestras ta-

reas, al desaliento, a las voces seductoras, a la traición inefable de lo fácil y lo cómodo. Engañarnos a nosotros mismos es una manera de ser tremendamente desleales a la rabia de las trincheras y a la desesperación de las pistolas que desvelaron la interpretación dialéctica de un mundo que no nos gustaba, frente al cual levantaron un puñado de estudiantes—ya todos enterrados—nuestra bandera de Combate, que hoy rendimos ante el Jefe Nacional de la Falange. Bandera ésta que, como las que hoy flamean sobre los caminos de arquitectura, de edificación, de civilidad que hemos recorrido, no aludirán ya a gritos de alboroto o de revuelta, sino a canciones de milicia, ricas en número y sabias empresas.

Caudillo de España: He aquí a la juventud universitaria, la más selecta de cuantas forman hoy en el frente juvenil de la Falange; para la paz y para la guerra, en los días duros como en los fáciles, se halla dispuesta a marchar tras de la espada victoriosa que esgrimís en vuestra mano de soldado.

En esta hora en que algunos solistas ensayan sus voces aisladas y grotestas, quizá sea para Vos un consuelo este grito orfeónico y unánime de las más limpias gargantas de la Patria.

¡¡ Arriba España!!

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

El Rector de la Universidad de Madrid, don Pío Zabala, pronunció las siguientes palabras:

Exceclencia: Celebrar esta solemnidad inaugural, realizada hasta lo sumo por la honra que para la Universidad significa vuestra presencia, equivale a alcanzar una meta de nuestras más entrañables aspiraciones como docentes o enseñantes, a saber: hallar condigno alojamiento al espíritu de nuestra Institución. De los dos factores esenciales de ella —materia y espíritu—, claro es que éste, el espíritu, es el primordial, ya que sin él de poca cosa han de servir las amplitudes, exornaciones y refinamientos exteriores.

Pero es indudable que no sobra a la bondad del alma la hermosura del cuerpo llamado a recibirla, cobijarla y contribuir a hacerla más fecunda y perfecta en su labor creadora.

¡Labor creadora! He aquí nuestra finalidad suprema: crear ciencia y enseñarla, y moralmente, formar y perfeccionar hombres, que es una manera de crearlos para empeños cada vez más altos. Sin labor creadora, no cabe concebir la Universidad. Como que ésta de aquélla se nutre, vivificando las entrañas de la Institución para hacer posible su desarrollo no sólo científico, sino profesional, cultural, ético y religioso. Sí, religioso, porque el día que la Universidad pueda justificadamente envanecerse de que llega a educar unilateralmente a la juventud, es decir, que acierta a hacerla sabia, buena y creyente, o, lo que tanto vale, netamente española, será el mismo en que podrá gozar la íntima satisfacción espiritual de haber acercado más y más a Dios lo que de ella más ama en la tierra: sus discípulos.

Con lo que aspiramos a expresar que si en todos los grados de la docencia el denominador común es el designio educativo, en el estrado universitario, junto al de perfeccionamiento moral, viven el formativo profesional y el científico puro, y todos ellos se enderezan al cultivo de una minoría selecta llamada a ser rectora de la sociedad. Sí, rectora, inspiradora, dirigente, y no en este o en el otro aspecto, sino en todos los de la vida nacional, desde el netamente científico hasta el político, porque nada que afecte a la nación puede ser extraño a la Universidad. Aquella gloriosa de los siglos XVI y XVII, que ha sido citada por algún historiador como ejemplo de máximo apoliticismo, es indudable que supo reiteradamente brindar al Estado las inspiraciones más geniales y fecundas para una política de acuerdo con los eternos destinos de España. Y así, así debe ser nuestra Universidad, política: no dividida en mesnadas, sino una, prolífica, fuerte, tan defendida y firme como la roca perdida en la inmensidad del océano, que resiste, sin conmoverse, el azote de las olas y el furor de las tempestades. Y así debe ser nuestra Institución: lugar de herman-

dad, laboratorio de investigación, escuela de saberes, foco de donde irradian los más poderosos estímulos de la vida española.

De *empresa* se ha querido calificar por algunos queridos compañeros este complejo de propósitos universitarios, y la verdad es que la denominación no puede ser más expresiva, porque *empresa* vale tanto como acción ardua, difícil, acometida con el ánimo decidido de *impearar*; es decir, de tener *autoridad*, porque eso etimológicamente es *imperio*. *Autoridad*, que equivale a lo que antes decía, a *creación humana*, la cual no se concibe sin ideas grandes, nuevas, geniales, que, informando el entendimiento, orienten y reanimen la actividad del cuerpo social.

¡Gran misión la asignada a la Universidad en todo tiempo! Mas a la nuestra de hoy se le abre un ancho camino que convierte su camino en cosa no diré que fácil, sino más asequible, por estar más llena de estímulos. Una nueva Ley de Ordenación Universitaria sabiamente define su personalidad corporativa: puntualiza su misión educadora, profesional y científica; «respetando inicialmente la armónica composición del árbol de las viejas Facultades», pero lo incrementa ahora con otras dos nuevas; con certera visión del problema, pone empeño singularísimo en que de la Universidad salgan sus licenciados poseyendo la técnica de su profesión; asimismo, de amplio margen al cultivo de la investigación en laboratorios y seminarios, reconociendo al hacerlo así la existencia de una labor universitaria anterior de tal carácter, respecto de la cual, esta que ahora se instaura, no es sino una nueva organización, y al asignar a la Universidad la función educadora de la juventud, certeramente hace revivir aquellos gloriosos Colegios Mayores, que fueron pieza obligada de la estructura docente superior en los siglos de nuestra grandeza imperial y que ahora han de servir para que la Universidad recobre el significado teológico y eterno de su cultura.

En suma: no hay aspecto en la vida universitaria que la Ley deje de considerar para aplicarle el criterio más acertado, así en la apreciación como en la manera de resolver los problemas que suscita de acuerdo con las directrices multiseculares de España.

Tal ocurre con el relativo a la cristianización de la Universidad, desterrando para siempre de las aulas el laicismo; tal el que dice relación con la ardua tarea de orientar la vida pública, tarea que incumbe de un modo especial a la Universidad y que la Ley confía a un Secretariado de Publicaciones, cuya reglamentación habrá de ser minuciosamente articulada en plazo próximo; tal el gobierno de nuestra Institución, concentrado en la autoridad rectoral, asistido con su Consejo por las demás jerarquías universitarias que ostentan su delegación.

Pero, ¿a qué seguir la recapitulación si en la memoria de todos los claustrales y de muchos que no lo son viven con posibilidad de repetirse de corrido los artículos de la Ley? De otras normas destinadas a organizar la enseñanza universitaria podrá decirse si han sido más o menos improvisadas, ¡pero lo que es de ésta no sabe afirmar cosa que se le parezca! Por ello con satisfacción muy legítima podía empezar el señor Ministro su elocuentísimo discurso de ofrecimiento de la Ley a las Cortes aludiendo a los dos años de tarea incesante en que no ha omitido (esto lo aseguro yo) ni la aportación no interrumpida de sus extraordinarias luces ni diligencia, que le permitiera escuchar el juicio de quienes por su profesión, rango científico y jerarquía política podían asesorarle.

Comprendo la magnitud del esfuerzo del señor Ministro; pero estimo que habrá tenido su compensación no sólo al ver el resultado de tantos afanes convertido en ley, sino singularmente, al sentirse asistido por el Jefe del Estado, supremo inspirador y realizador de tan noble empeño cultural. Al que Su Excelencia tiene la bondad de añadir ahora esta preciadísima merced: la de venir a presidir nuestra apertura del curso académico en este memorable 12 de octubre, rodeado de la polieromía de nuestros indumentos profesionales y entregado al amor y veneración que todos los universitarios, alumnos y maestros os profesamos.

Y esto, además, aquí, en esta Ciudad Universitaria, regia iniciativa hace años y durante la guerra emancipadora, glorioso

arpón clavado en el corazón de la España roja por el heroico esfuerzo de vuestro Ejército y milicias; campo de diarias y truculentas contiendas de homérica grandeza; tumba venerada de inolvidables hermanos; bastión ayer de la perseverancia y de la fe de esta nobilísima Causa por la que la auténtica Patria se alzó bajo vuestro inolvidable caudillaje, y hoy también, bajo vuestra providencial égida, tierra de paz sobre la cual a vuestra voz se alzan estos soberbios edificios que ofrecéis a la Universidad española y a las Escuelas Superiores como templos donde se rinda culto perenne a la protección de Dios y a la labor científica de los hombres.

Gracias mil infinitas, en nombre de la Universidad, por tan generoso patrocinio, Caudillo de España. Lo que fuisteis en pleno vértice belicoso, es decir, esperanza de todos, estímulo de todos, garantía de todos los buenos, seguís siéndolo ahora, cuando la paz nos permite vivir tranquilos en nuestros hogares, aplicar nuestra actividad entusiasta a reparar los daños inferidos a España y asistir a acto como éste, que no es ciertamente testimonio de lenta y precaria convalecencia española, sino prueba patente de robustez del cuerpo nacional en una de sus más prósperas manifestaciones colectivas: la cultura.

No desde la altura de mi autoridad, que es nada junto a la vuestra, sino desde mi patriarcado universitario, hijo de los años, yo os bendigo con todas las veras de mi alma.»

A continuación, el Ministro de Educación Nacional leyó el discurso cuyo texto figura en otro lugar de este número.

Por último S. E. el Jefe del Estado pronunció el importantísimo discurso que se inserta en este volumen.

Al terminar el Caudillo su lectura, el público puesto en pie, ofrendó a Su Excelencia una inenarrable ovación y prorrumpió en gritos de «¡Franco, Franco, Franco!»

El Jefe del Estado declaró abierto en la Universidad de Madrid el curso académico 1943-44.

VISITA A LA CENTRAL TERMICA

El Generalísimo, terminado el acto académico, recorrió otras dependencias de la Facultad de Filosofía y Letras. Se detuvo especialmente en los suntuosos despachos del Decano y Secretario y en el que provisionalmente se ha instalado para el Rector; en la capilla, en la magnífica biblioteca y descendió al comedor y sala de estar de los alumnos, decorada con sobriedad y exquisitez. Aquí fué servido un vino de honor. Con el Caudillo sentáronse los miembros del Gobierno, entre ellos el de Asuntos Exteriores, señor Conde de Jordana, que se incorporó a la visita; jerarquías militares, eclesiásticas y del Partido. El resto de los invitados extendióse por toda la planta baja y los bellos jardines que cercan la fachada posterior del edificio.

Minutos antes de las dos, Su Excelencia visitó la Central Térmica, primera de las de su género que se instala en Europa—sólo existe la de Columbia University—y que proporciona por medio de conducciones subterráneas el mismo calor a todos los edificios del recinto cultural. El Caudillo examinó el complicado mecanismo de la Central y escuchó amplias explicaciones del ingeniero constructor.

A las dos y media Su Excelencia llegaba a la Facultad de Medicina. Aun sin concluir se había habilitado la planta baja del edificio. Magníficas alfombras cubrían todo el pavimento, valiosísimos tapices ocultaban la desnudez de las paredes y centenares de macetas y plantas se alineaban y rodeaban las esculturas erigidas en el vestíbulo y los tres patios de la Facultad.

En el Aula magna se sirvió la comida que la Universidad de Madrid ofrecía al Caudillo, Presidente de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. A la derecha de Su Excelencia sentáronse el Ministro de Educación Nacional y el Rector de Barcelona, y a su izquierda, el Ministro de Asuntos Exteriores y el Rector de Madrid. Los restantes puestos de la presidencia fueron ocupados por los miembros del Gobierno y jerarquías académicas.

Durante la comida interpretó un programa de música española la Agrupación de Cámara de la Orquesta Nacional, dirigida por el Maestro Franco.

EN LAS FACULTADES DE FARMACIA Y CIENCIAS

A las cuatro y cuarto de la tarde, el Generalísimo, acompañado de su Gobierno, entró en la Facultad de Farmacia, que con la visita de Su Excelencia quedó inaugurada. Fué recibido por el Decano don José Casares, claustro de Profesores y Arquitectos constructores, señores Aguirre y Garrigues. El Caudillo recorrió el Aula magna, montada con suntuosidad y precisión de detalles; el comedor de alumnos, los formidables laboratorios, varias aulas y la capilla.

Después se trasladó a la Facultad de Ciencias, sector de Químicas, que también se inauguraba ayer. Está ya casi terminado el pabellón de Físicas e iniciado el de Naturales. Recibieron a Su Excelencia el Decano don Máximo San Miguel de la Cámara y todos los Catedráticos de la Facultad. Ante los planos del edificio se expuso al Generalísimo la disposición de las diversas dependencias y después Su Excelencia visitó el Aula magna, la sala de Juntas de Profesores, dos aulas orales y la capilla, a la que el Caudillo dedicó especial atención. A continuación se trasladó a la planta baja y recorrió los laboratorios de químicas experimental y complementos de química, cuyas perfectas instalaciones fueron elogiadas y sobre las que Su Excelencia formuló varias preguntas. Terminó la visita con el recorrido por los laboratorios de Profesores y Ayudantes, Secretaría y despachos del Decano y Secretario, y antes de abandonar el edificio el Caudillo volvió a entrar en el Aula magna.

ARQUITECTURA Y DEPORTES

El Generalísimo pasó después a la Escuela de Arquitectura, donde era esperado por el arquitecto constructor, señor Bravo,

y Claustro de Profesores en pleno. Su Excelencia recorrió la sala de Profesores, la Biblioteca y varias aulas, entre ellas la de proyectos, donde los alumnos se encontraban trabajando.

A continuación, el Caudillo se encaminó a la zona de deportes. Descendió del coche al llegar al puente que separa los campos de fútbol y de rugby, y, a pie, cruzó la calzada. Un inmenso gentío se agolpaba en el sector deportivo, y al divisar a Su Excelencia, prorrumpió en vítores y aplausos enardecidos.

En todos los campos —rugby, atletismo, baloncesto, fútbol, tenis y frontón— se encontraban los muchachos universitarios, vestidos con los equipos reglamentarios, que practicaron una exhibición de juegos. El Caudillo, rodeado de la multitud que le aclamaba, descendió a la tribuna presidencial del campo de rugby y presenció los incidentes del encuentro que sostenían los equipos universitarios.

Toda la zona deportiva se engalanaba con profusión de banderas y gallardetes, y las vías de acceso se encontraban todas terminadas. Muchachos del Frente de Juventudes repartían a la concurrencia ejemplares del mensaje de Ruiz de Alda y los estudiantes falangistas.

VISITA AL COLEGIO MAYOR

De los dos Colegios Mayores que en principio contará la Ciudad Universitaria, fué inaugurado por el Jefe del Estado el destinado a muchachos y que lleva el nombre ilustre del fundador de la Universidad Complutense. No está aún totalmente terminado, ya que sólo ha podido concluirse una de las alas del edificio y la mitad del pabellón central. En el ala están instalados los dormitorios de los alumnos, que Su Excelencia recorrió, acompañado del arquitecto constructor, señor Barroso, y del Secretario del Colegio, señor Sánchez Bello. La instalación de los dormitorios es sencillísima y moderna.

Tienen la cama empotrada durante el día, y mediante un mecanismo se descuelga.

El Generalísimo pasó después a la parte central del edificio

y visitó el magnífico comedor, cuyo mobiliario llama la atención por su sencillez y belleza, el bar y la capilla.

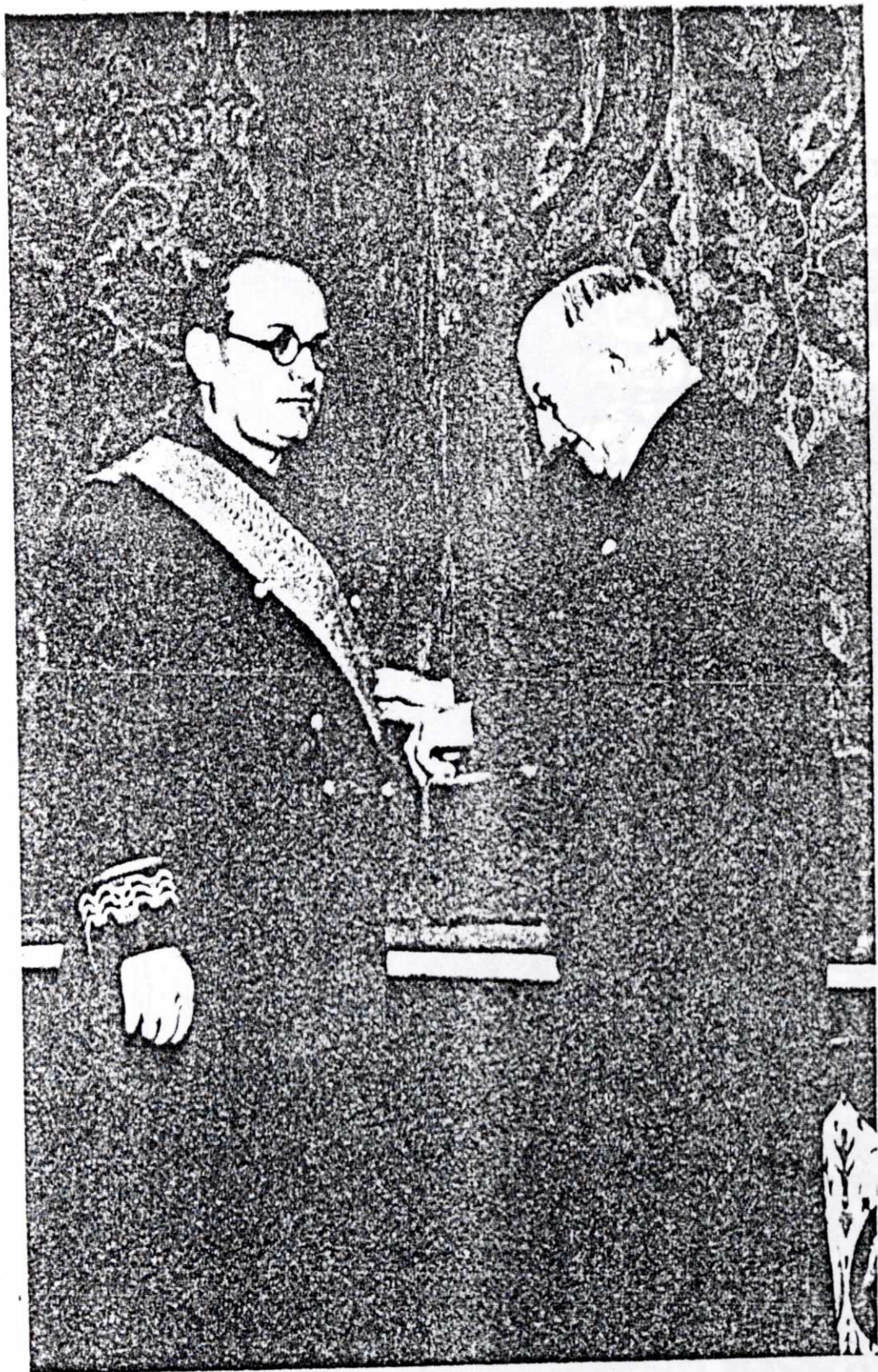
En la explanada del edificio, los alumnos que ya habitan el nuevo Colegio tributaron al Jefe del Estado un férvido homenaje de adhesión.

Fué para este edificio la última visita del Caudillo. Destruído casi por completo durante la guerra —fué tal la intensidad del fuego en aquel sector, que las guardias de los soldados duraban sólo cinco minutos—, se ha reconstruido ahora más de la mitad de la Escuela, quedando pendiente sólo una parte, en la que ya trabajan los obreros. Sobre la Casa de Labor de la heredad real de la Florida, que acotó Carlos III, se levanta la Escuela de Ingenieros Agrónomos, según el proyecto del arquitecto señor Sánchez Lozano.

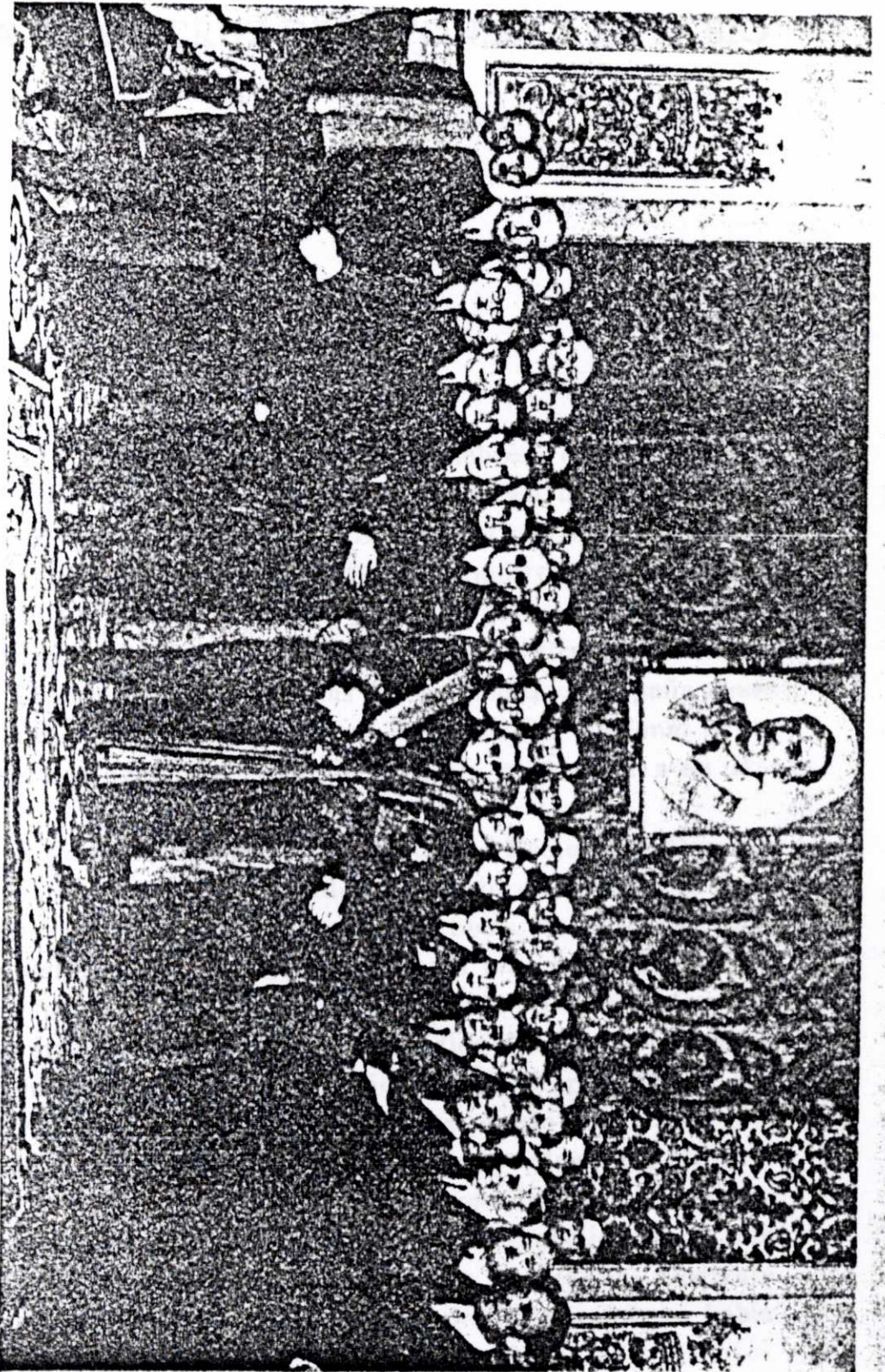
Ante la explanada del edificio formó una compañía de Infantería, con bandera y música, para tributar a Su Excelencia los honores de despedida. A los acordes del Himno nacional, el Caudillo entró en el edificio, en cuyo vestíbulo, regio de alfombras y ornamentación, fué recibido por el Director y Secretario de la Escuela, señores Marcilla y Soroa; Claustro de Profesores y numerosos alumnos. Asimismo se habían congregado numerosos ingenieros de todas las especialidades. El Generalísimo pasó primero al paraninfo, lujosamente exornado con terciopelo celeste, y después recorrió el Claustro de Profesores, diversas aulas y laboratorios. Descendió a la planta baja e inspeccionó otra serie de laboratorios, la Escuela de Peritos Agrónomos, varias aulas y el salón de motores.

Minutos después de las seis dió el Caudillo por terminada su visita a la Ciudad Universitaria. Durante ocho horas consecutivas se había entregado con afán a recorrer los diversos edificios que ayer inauguraba y que son el resultado de una de sus más ardientes preocupaciones: el resurgir de la cultura española.

Los vítores y aplausos escoltaron al regreso del Generalísimo a su residencia de El Pardo, acompañado del Ministro de Educación Nacional señor Ibáñez Martín.



El Rector de la Universidad Central, don Pio Zabala, impone, en nombre de la Universidad española, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al señor Ministro de Educación Nacional



Los Rectores de todas las Universidades de España y la más ilustre representación de la alta docencia española, en el acto de la imposición de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al señor Ibáñez Martín

LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA OFRENDA AL SR. IBAÑEZ MARTIN LAS INSIGNIAS DE LA GRAN CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO

EN la mañana del 14 de octubre celebróse en el paraninfo de la Universidad Central la imposición de las insignias de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al Ministro de Educación Nacional, don José Ibañez Martín. Con motivo de la publicación de la Ley Universitaria en julio del presente año, el Caudillo concedió al señor Ibañez Martín la Gran Cruz de la citada Orden. Los Rectores de todas las Universidades de España acordaron entonces ofrecer al Ministro de Educación Nacional aquellas insignias como homenaje de adhesión y gratitud a su Ministro.

En el paraninfo se reunieron todos los Rectores y Decanos de las Universidades, los Vicedecanos de la de Madrid, el Subsecretario de Educación Nacional, con todos los Directores generales del Departamento, y las figuras más destacadas de la alta docencia. El Rector de la Universidad Central, don Pío Zabala, ofreció, en palabras de encendido fervor, el homenaje de la Universidad española al señor Ibañez Martín, quien, por el celo y ardimiento excepcional que ha puesto en toda su gestión política para engrandecer la cultura y educación nacionales, ha sabido hacerse acreedor dignísimo de tan justo y merecido homenaje. Era aquél como un acto simbólico, en el que la Universidad retribuía al Ministro de Educación, mediante aquella ofrenda, los singulares merecimientos que éste se había granjeado por su admirable labor.

Don Pío Zabala puso al señor Ibáñez Martín la banda y las insignias de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, mientras todos los asistentes, puestos en pie, aplaudían al señor Ministro.

PALABRAS DEL MINISTRO

A continuación el señor Ibáñez Martín pronunció unas breves palabras de gratitud. Evocó la fiesta espiritual que para España ha representado la presencia de nuestro Caudillo en la inauguración de la Ciudad Universitaria. Resaltó aquel hecho como exponente de los nuevos bríos que alientan en la Universidad española. Dijo que servir a ésta ha sido su preocupación fundamental y su empeño más decisivo. Porque servir a la Universidad es servir a España y hacer que en ésta renazca un alma nueva. La obra realizada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la que la Universidad ha de cumplir dentro de la nueva estructura que le da la Ley, son una muestra bien patente de todo lo que es capaz la cultura española cuando se la alienta con entusiasmo y con fe.

Agradeció el Ministro la ofrenda que le hacía la Universidad española. Resaltó la íntima satisfacción que para él representaba aquel homenaje, del que no se creía merecedor. «Pero sabed—añadió—que si mi inteligencia, mi corazón y mi voluntad no han buscado otra finalidad que el más noble servicio de la cultura, en la consecución de esta empresa yo no sentiré ningún desfallecimiento. Vuestra presencia en este acto—lijo dirigiéndose a todos los Rectores de España—es estímulo poderoso para que la viva ilusión que alienta en esta tarea de reconstruir espiritualmente a España no sólo no decaiga, sino que en el futuro se mantenga, como ahora, ardiente, esperanzada y fecunda».

El Ministro terminó con los gritos de «¡Arriba España!» y «¡Viva Franco!»

Por último, fué servido a todos los asistentes un vino español.

Las insignias ofrecidas al Ministro son un acabado modelo de orfebrería. Están labradas en oro, brillantes y esmaltes.

Por el
engrandecimiento
cultural de España



EL JARDIN MAS Suntuoso
Y AGRADABLE DE MADRID

EL ROSALAR

CENAS A LA AMERICANA

Avenida del Comandante Franco, 4
Teléfono 42526

CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

ULTRAMARINOS Y VINOS
PEDRO CALLEJA

Castelar, 17 - Telefono 34127

CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

VINOS Y LICORES
Nicasio Fernández López

Plaza del Generalísimo, 10

VICALVARO (Madrid)

FABRICA DE LADRILLOS
Viuda e Hijos de Inocencio Tomás

ELENA GONZALEZ

C/ de Extremadura (Portazgo, kilómetro 6)

CARABANCHEL BAJO (Madrid)

ELADIO GARCIA RODRIGUEZ
"La Terraza" - Restaurante - Teléfono 33146
CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

ANTONIO PEREZ
"El Descanso" - Vinos - Cuesta del Zarzal, 3
CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

" EL JARDINILLO "

Petra Izquierdo Heras

BAR RESTAURANTE



Ramón Lázaro, 70

CHAMARTIN (Madrid)

ALQUILER DE BICICLETAS

PEDRO MINGUEZ

Jose Antonio, 28 CARABANCHEL BAJO

(Madrid)

B A R

José Delgado Núñez

Castelar, 14

CHAMARTIN (Madrid)

TALLERES MECANICOS

Maximino y Romerales

Reparación general de automóviles - Motores de aceites pesados - Rectificación de bloques - Maquinaria en general

San Luis, 1 CHAMARTIN DE LA ROSA

Restituto Herguera

CARNICERIA

Avenida de Jose Antonio, 13 - Telefono 11

VICALVARO (Madrid)

FABRICA DE LADRILLOS
Enrique Chapa

Carretera de Extremadura, 38 - Teléf. 36568

CARABANCHEL BAJO (Madrid)

TORIBIO GARCIA FERRUERO
Bar "La Curva"-Av. J. Antonio, 21-Tel. 47291
CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

FELIPE ALONSO DORADO
Frutas y verduras - Perea, 12
CHAMARTIN DE LA ROSA (Madrid)

AURELIO GONZALEZ
Ultramarinos finos - Balle, 3

VILLAVERDE ALTO (Madrid)

ANTOLIN FERNANDEZ
Ultramarinos

Calle del Barco, 15

MARIANO SERRANO MOREJON

Ultramarinos y carnicería

Calle del Barco, 24

ANGEL TELLES MARTIN

Ultramarinos finos

Iglesia, 2

JESUS OLAYA

Vinos y licores

Iglesia, 1

LORENZO RODRIGO GARCIA

Pescadería

Iglesia, 5

FELIX RODRIGUEZ

Carnicería

Iglesia, 5

EMILIO GARCIA

Ultramarinos

Plaza del Generalísimo, 5

VILLAVERDE (Madrid)

PANADERIA

Vda. de Agustín San Juan

Avenida del Generalísimo, 12 - Teléfono 12

COLLADO MEDIANO

Anselmo López

Fábrica de gaseosas y agua de seltz

COLLADO VILLALBA

(Estación) Teléfono 18

Casa Regueira

"LA PREFERIDA"

Comestibles - Tejidos - Paquetería

La mejor casa surtida - Teléfono 97

COLLADO VILLALBA (Madrid)

PRIMERA CASA EN COLONIALES

Hijo de Cuesta

Avenida del Generalísimo, 1 - Teléfono 19

ESTACION DE VILLALBA (Madrid)

PASTELERIA

JULIO DE LA CAMARA

VILLALBA (Madrid)

LA HIGIENICA

FABRICA DE HIELO

COLLADO VILLALBA

(Estación) Teléfono 52

(Madrid)

Toribio Berrocal

FABRICA DE PAN

ELABORACION ESMERADA

COLLADO VILLALBA

(Madrid)

FABRICA DE BALDOSAS HIDRAULICAS

Caparrini y Capote, S. L.

Teléfono 59

ESTACION DE VILLALBA (Madrid)

ACEROS AL HORNO ELECTRICO

MATA y CIA., S. L.



Teléfono 32

VILLAVERDE (Madrid)

DROGUERIA Y PERFUMERIA

BENITO DEL MAZO

ESTACION DE VILLALBA

(Madrid)

FABRICA DE HARINAS

LA PROVINCIAL HARINO-PANADERA

Ramón y Cajal, s. n.

GETAFE (Madrid)

CINE ALVAREZ

EL MEJOR APARATO SONORO
DE LA PROVINCIA

Calle Mariano Prados
COLMENAR VIEJO

MOLINO INDUSTRIAL DE PIENSOS

Pascual Palomino López

Carretas, 15
COLMENAR VIEJO



POR EL ENGRANDECIMIENTO
CULTURAL
DE ESPAÑA

María del Carmen de Mesa

FARMACIA

Plaza de España, 6
LEGANES (Madrid)

JOSE PAREDES LOZANO

EBANISTERIA

Pilar, 10 - Teléfono 48409
VALDECONEJOS (Madrid)

FELIPE OLLERO MEDRANO

COMESTIBLES

Laso, número 1
NAVALCARNERO (Madrid)

ANTONIO MERLO ANTONAYA

BAR "LA CENTRAL"

Nuestra Señora de Valverde, 42
FUENCARRAL (Madrid)

FABRICA DE AGUARDIEN-
TES Y LICORES-ALMACEN
DE VINOS

ANSELMO BLANCO ALONSO

Nuestra Señora de Valverde, 54-Teléfono 34
FUENCARRAL (Madrid)

GRAN ECONOMATO DE VENTURA CASTRO
(Sucesor de A. Vázquez) - Juan Muñoz, 12
LEGANES (Madrid)

GERMAN SANCHEZ
Droguería y perfumería - Juan Muñoz, 5
LEGANES (Madrid)

Miguel de la Morena

FABRICA DE QUESOS

Libertad, 20 - Teléfono 38
COLMENAR VIEJO (Madrid)

VIUDA DE ANTUNEZ
Café Nacional - Plaza de España, 21 - Tel. 32
LEGANES (Madrid)

JUAN MANUEL SERRANO
Pescadería y fábrica de hielo - Duque Torre, 1
COLMENAR VIEJO (Madrid)

PANTALEON ALMENDARIZ VALLEJO
Fabricante de queso - Cuesta, 6 - Teléfono 45
COLMENAR VIEJO (Madrid)

BAR "LA TERRAZA"

RESTAURANTE

COLMENAR VIEJO
(Madrid)

EMILIANO MARTINEZ
Bar - Café - Restaurante
Nº 5ª Valverde, 24 - FUENCARRAL (Madrid)

FELIX MARTINEZ
Comestibles - General Mola, 8
NAVALCARNERO (Madrid)

BENITO PEREZ Y F. DE SOTO
Mercería Generalísimo, 13
P I N T O (Madrid)

TOMAS GRANADO MARTINEZ
Generalísimo, 12
P I N T O (Madrid)

CONSUELO CARVAJAL
Panadería - Queipo de Llano, 6

ANDRES GUTIERREZ PRIETO
"El Paraiso" - Ventura Rodriguez, 2

VICTORIANO BAYONA FERNANDEZ
Vinos y licores - Plaza del Generalísimo, 3

EDUARDO COSTA SANCHEZ
Panadería - A. de Oro, 19

SEGUNDO DE LA VARA
Vinos y licores - Plaza del Generalísimo, 1
CIEMPOZUELOS (Madrid)

FABRICA DE CURTIDOS
Antonio Torres Torres
Teléfono 5
COLMENAR VIEJO (Madrid)

FABRICA DE QUESOS
Mariano Almendáriz Vallejo
Alferez, 3 - Teléfono 16
COLMENAR VIEJO (Madrid)

BAR - CAFE
DOMINGO MILLAN
Avenida de José Antonio, 12
VICALVARO (Madrid)

ULTRAMARINOS
Casa J. Blasco
■■■
COLMENAR VIEJO (Madrid)

ULTRAMARINOS

● *Luis Costas*

Jerónimo del Moral, 7 - Telf. 51
CIEMPOZUELOS

TABERNEROS Y PUBLICO EN GENERAL
NUEVO ALMACEN DE VINOS

DIEGO DOMINGUEZ

Vinos filtrados finos de mesa, bien fijados,
sin peligro a enturbiarse - Exquisitos vina-
gres, fabricados con vinos puros de vid
Primero prueben los vinos, y si les gustan,
pidan precios, que les gustaran más

Calle Jerónimo del Moral, 9
(Callejon sin salida)

CIEMPOZUELOS

Ultramarinos
Manuel Sánchez Fernández
Plaza del Generalísimo, 5
CIEMPOZUELOS (Madrid)

ULTRAMARINOS FINOS
Isaac García Fernández
Generalísimo, 8
P I N T O (Madrid)

ULTRAMARINOS
Juan Galdo Pérez
Generalísimo, 11
P I N T O (Madrid)

GREGORIO GOMEZ
Vinos y licores - Avenida de José Antonio, 10
VICALVARO (Madrid)

ANTONIO CORTEZON BARRIO
Vinos y licores - Celestino Coronel, 4
VICALVARO (Madrid)

LA TIPICA

BAR-RESTAURANTE DE P. FERNANDEZ

Bruno Ortega, 1
EL ESPINAR

Florencio Montero González

CARNICERIA

José Antonio, número 7
EL ESPINAR

Mariano Salgado

CARPINTERIA MECANICA

Real, número 3
LOS MOLINOS

HOTEL LARIS

CONFORT . AGUAS CORRIENTES

Teléfono 19
LOS MOLINOS

Hotel Español

SIMEON VAZQUEZ

Gran confort . Amplias y hermosas habitaciones con agua corriente (Próximo a la Estación del Apcadero) Teléfono num. 11

SAN RAFAEL (Segovia)

BAUTISTA BARRERO

CARNICERIA

Avenida del Capitán Pertegner . Telef. 10
SAN RAFAEL
(Segovia)

JULIAN FEITO PARRONDO

CARNICERIA

Serrano, s. n.
SAN RAFAEL
(Segovia)

Domingo del Castillo

ULTRAMARINOS Y BAR

Avenida del Generalísimo, 14 . Teléfono 6
COLLADO MEDIANO

MARTIN GARCELLAN MONJE

TABERNA Y HUEVERIA

Real, número 23
LOS MOLINOS

TERESA CARRALON DE LUCAS

CARNICERIA

Comercio, número 17
LOS MOLINOS

DOMINGO ANTON HERRERO

PANADERIA

Juego de Pelota, 3
LOS MOLINOS

EMILIO MANCHON MONJE

TALLER DE CERRAJERIA

LOS MOLINOS

FLORENCIO GONZALEZ GONZALEZ

CARNICERIA

Avenida del Capitán Pertegner . Teléf. 37
SAN RAFAEL
(Segovia)

Felisa Martín Valajo

BAR RESTAURANTE

Avenida del Capitán Pertegner . Teléf. 7
SAN RAFAEL
(Segovia)

José García Carballo

DROGUERIA Y PERFUMERIA

Avenida del Capitán Pertegner, s. n.-Tel. 33
SAN RAFAEL
(Segovia)

JULIAN DUQUE

Bar restaurante en San Rafael y La Granja

Avenida del Capitán Pertegner, s. n.
SAN RAFAEL (Segovia)

PANADERIA

FELIPE NÚÑEZ PEÑA

Coronel Monasterio, s. n.

VILLALUENGA

(Toledo)

VINOS Y LICORES

RESTITUTO ROJAS AGUADO

General Franco, s. n.

YUNCOS (Toledo)

FABRICA DE HARINAS

Moreno Hermanos y M. Cabañas

Desengaño, 6

YUNCOS (Toledo)

FONDA

MARIANO PLAZA DIAZ

VIAJEROS Y ESTABLES

General Franco, s. n.

VILLALUENGA (Toledo)

TALLER DE CARRUA-
JES Y CARPINTERIA

Baldomero de la Hera Mejía

Norte, s. n.

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

FABRICA DE GASEOSAS

Viuda de Ignacio Díaz Escribano

Cervantes, s. n.

AÑOVER DE TAJO. (Toledo)

ULTRAMARINOS Y CARNICERIA

INOCENCIO LOPEZ VISO

Plaza de España, s. n.

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

PANADERIA Y ULTRAMARINOS

JULIAN GARCIA CABRERA

José Antonio, 1

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

PANADERIA Y CASINO

Eduardo Alonso Ruano

Millan Astray, 29

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

"EL CERRO"

FABRICA DE YESO

Baldomero Martín y Francisco Alonso

Defensores del Alcázar, 13

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

FABRICA DE YESOS
"PROGRESO DE LA SAGRA"

Gamero, Jerez, Encinas y Compañía

Teléfono 12

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

"LA SIN IGUAL"

FABRICA DE YESO

FELIPE DEL VISO LOPEZ

Defensores del Alcázar, 10 - Teléfono 8

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

ULTRAMARINOS Y CARNICERIA

ANTONIO PINTO SANCHEZ

Iglesia, número 12

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

"EL BARATO"

Ferretería y tejidos

Manuel Gutiérrez Hernández

Coronel Yagüe, número 3

ALAMEDA DE LA SAGRA (Toledo)

ULTRAMARINOS

Gregorio Sánchez Ortega

Generalísimo, 7

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

PANADERIA

Juan Vara del Pozo

Ugena, s. n.

YUNCOS
(Toledo)

ADRIAN LOPEZ EGEA
Drogas

Rafael Tejeo, 6 CARAVACA

JOSE SANCHEZ CASTILLO
Alpargatas y elaboración de cáñamos
Rafael Tejeo, 12 CARAVACA

JUSTO M. CORBALAN
Farmacia - Medicamentos puros
CALASPARRA (Murcia)
MANUEL RUIZ GARCIA
Fábrica de alpargatas con piso de cáñamo,
yute y goma
Condes, 34 CARAVACA (Murcia)

Mariano Martínez-Reina Romero
Fábrica mecánica y manual de alpargatas y
zapatillas con piso de goma, cáñamo y yute
Almacén y despacho: Vidrieras, 4 - Tel. 45
Telegramas: Martínez-Reina
CARAVACA (Murcia)

FABRICA DE ALPARGATAS
MANUEL CAMPOS
Poeta Ibáñez, 5
CARAVACA (Murcia)

RAMON LOPEZ ASENSIO
Fábrica de alpargatas con pisos de cáñamo,
yute y goma - Hilados de cáñamo - Cáña-
mos en rama y rastrillados
CARAVACA (Murcia)

Ferretería - Paquetería - Explosivos
MIGUEL SANCHEZ-OCAÑA
Sucesor de Hijo de J. J. Fernández
CARAVACA (Murcia)

SASTRERIA Y PAÑERIA

A. Caparrós

Manuel Martínez, 34

CARAVACA (Murcia)

FABRICA DE ALPARGATAS
Juan Celdrán
Poeta Ibáñez, 32
CARAVACA (Murcia)

FABRICA DE ALPARGATAS
JUAN GIRONES GARCIA
Direcciones:
Almacén y despacho: Canalejas, 12 - Tel. 99
Telegramas: Gironés-Alpargatas
CARAVACA (Murcia)

FABRICA DE ALPARGATAS
GUILLERMO LOPEZ ALFOCEA
CARAVACA
(Murcia)

POR EL ENGRANDECIMIENTO
CULTURAL DE ESPAÑA

FABRICA DE ALPARGATAS
FRANCISCO RUIZ GUIRAO
CEHEGIN
(Murcia)

Colegio de Nuestra Señora del Sagrado Corazón
PRIMERA ENSEÑANZA
Dirigido por HH. Terciarias Franciscanas
Calle de los Santos, 17
CALASPARRA (Murcia)

FABRICA DE ANISADOS
FRANCISCO LOPEZ FERNANDEZ
San Abdón, número 14
CALASPARRA
(Murcia)

Adolfo García
ESPARTOS
Socorros, 6
CALASPARRA (Murcia)

HARINAS - ABONOS - ESPARTOS
HIGINIO MARIN FERNANDEZ
Telefonos 2 y 51
Calle Larga, número 2
CALASPARRA (Murcia)

AYUNTAMIENTO
DE
MOLINA DE SEGURA

Población: 15.000 habitantes

FABRICA DE CONSERVAS VEGETALES Y EXPORTACION DE FRUTAS Y PIMENTON

FERIA Y FIESTAS EN EL MES DE OCTUBRE

JÓSE A. ESPALLARDO
Conservas

MOLINA DE SEGURA (Murcia)

- CARLOS DAVALOS LINARES
Exportación e importación

MOLINA DE SEGURA (Murcia)

CRISTOBAL ZAPATA
F^a de harinas "La Española", por cilindros
Carretera de Pliego, s. n. - MULA (Murcia)

IMPRENTA MEDINA
Fabrica de cajas de cartón - Teléfono 1902
Sardoy, 1 MURCIA

ALMACENES "EL RIO DE LA PLATA",
Tejidos - Pañería - Sastrería

TOMAS PEREZ MIRALLES

Plaza Diaz Cassou, 9-10, y Rulpérez, 2
Teléfono número 2648 - MURCIA

COMIDAS ECONOMICAS
APERITIVOS, VINOS Y CERVEZAS

FRANCISCO LAJARIN

Calle de Santa Isabel, 9

MURCIA

FABRICA DE ANISADOS Y LICORES

JUAN MOYA MARTINEZ

Calvo Sotelo, nº 17

BULLAS (Murcia)

BAR - RESTAURANTE
CASA EMILIO

Almirante, 30 - Teléfono 20122

MADRID

POSADA DE SAN ANTONIO
Habitaciones económicas - Servicio esmerado
San Antonio, 14 MURCIA

MARI - SEFA
Confecciones de niños y forrería de botones
P. de Calvo Sotelo, 4 MURCIA

JOSE GONZALEZ GOMEZ
Tejidos

VILLAF^a DE LOS BARROS (Badajoz)

PEDRO MOYA AMOR

Almacenista de vinos y vinagres
BULLAS (Murcia)

JOSE GARCIA MARTINEZ
Confitería - José Antonio, 92 - Teléfono 69
MOLINA DE SEGURA (Murcia)

FRANCISCO TOMAS
Panadería

Almenara, 1 MURCIA

Destilerías Arce

DAMIAN ARCE LORENTE

Especialidad en anís "La Murciana",
seco y dulce

TORREAGUERA - Teléfono 53 - MURCIA

FABRICA DE EMBUTIDOS Y FIAMBRES
"El Cerdito" Marca registrada

HIGO DE PEDRO ABELLAN

CEHEGIN
(Murcia)

LOPE MARTINEZ PUERTA
Fabrica de anisados y alcoholes

Anís Bullas

BULLAS
(Murcia)

JOSE ARTERO MOYA

Ebanistería - Carpintería - Muebles en
todos los estilos - Contrata de obras

Talleres: Herreros, 2

Exposición y venta: Calvo Sotelo, 20
CEHEGIN (Murcia)

EUSEBIO ALFARO

VINOS - COMIDAS

Paseo del Prado, número 48

MADRID

DOMINGO AGUADO
MUÑOZ

PANADERIA



General Varela, 51 - FUENLABRADA

VINOS Y LICORES

Agapito Martín Aguado

Generalísimo, 4

FUENLABRADA

(Madrid)

FABRICA DE HARINAS

PABLO NOZIERE

Castillejos, s. n.

FUENLABRADA

(Madrid)

COSECHERO DE CEREALES
Y GANADERIA

JOSE ESCOLAR

Dos de Noviembre, 45

FUENLABRADA

(Madrid)

CAFE - BAR

JOSE GONZALEZ

Plaza de la Constitución, 6

FUENLABRADA

(Madrid)

CARNICERIA

Damián Naranjo Martín

Plaza de la Iglesia

FUENLABRADA

(Madrid)

VINOS Y COMIDAS

GREGORIO HERNANDEZ

General Varela, número 36

FUENLABRADA

(Madrid)

ULTRAMARINOS FINOS

Hijas de GREGORIO CARMENA

Don Manuel Escribano, 9

FUENLABRADA

(Madrid)

ULTRAMARINOS

Luis del Cerro Carmena

Plaza de Colon, 2

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

VINOS Y LICORES

JOSE SANCHEZ ESTEVE

Plaza de Colón, número 2

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

ULTRAMARINOS

EVARISTO CUÉLLAR SANCHEZ

Esparteros, s. n.

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

FABRICA DE GASEOSAS

CARLOS CARMENA

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

VINOS Y LICORES

JUSTO VILLASECA GOMEZ

Plaza de Colón

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

PANADERIA

Gerardo García Batres

Toledo, número 5

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

PANADERIA

Manuel Hernández Rodríguez

Soberanía, número 10

AÑOVER DE TAJO

(Toledo)

Talleres Mecánicos
de Reparación de Carrocerías
y Carpintería en general

Eulogio Plaza García

Travesía Madrid, 6; teléf. 302

GUADALAJARA

LA INDUSTRIAL

S. A.

FABRICA DE HIELO
Y GASEOSAS

Arrabal del Agua, 1. - Teléfono 25

GUADALAJARA

FABRICA DE LADRILLO
DE

Viuda de

ANDRES RIENDAS

Teléfono núm. 248

GUADALAJARA

LA AMPARO

FABRICA DE HARINAS
DEL PUENTE

Teléfono núm. 52

GUADALAJARA

ALMACEN Y VENTA
DE MADERAS

Juan Antonio Matesanz

Calle de la Mina, núm. 54

GUADALAJARA

GARAGE, TALLER DE REPARACIONES,
NEUMATICOS Y ACCESORIOS PARA
AUTOMOVIL

TABERNÉ, S. L.

AGENCIA MICHELIN, PIRELLI, FIRES-
TONE Y CONTINENTAL. NEUMATICOS
AGENCIA OFICIAL DE " F O R D "

Teléfono 38

GUADALAJARA

D. MUÑOZ

CONSTRUCCION Y REPARACION DE
CARROCERIAS. OMNIBUS DE CAR-
GA, FURGONETAS, ESPECIALES

Ingeniero Mariño, 26

GUADALAJARA

Pedro Hernández
Aparicio

SE HACEN TODA CLASE DE TRABA-
JOS DE EBANISTERIA Y CARPINTERIA

Topete, núm. 5

GUADALAJARA

VICENTE QUILES E HIJOS

CONSTRUCTORES
DE CARRUAJES



Madrid, 19. - GUADALAJARA

ALMACEN POR MAYOR Y MENOR
DE HIERROS Y FERRETERIA
MAQUINARIA AGRICOLA
CEMENTO "VALDERRIVAS"

Viudas de
Andrés y Tomás Taberné

Sociedad Regular Colectiva

Miguel Fluiter, 41

Almacenes: Francisco Cuesta, 4 y 5 - Telefono 60
GUADALAJARA

Julián Gálvez Muñoz

Taller de carpintería - Puertas, ventanas
y balcones - Se arreglan y reforman toda
clase de muebles

Talleres: Dávalos, 11 GUADALAJARA

FABRICA DE JABONES

Vda de Hermenegildo Martínez

Doctor Benito Hernando, 26

GUADALAJARA

D U A R T E

REPARACIONES MECANICAS

GUADALAJARA

B O D E G A S

F. JURADO

Casa central: CABANILLAS DEL CAMPO
Doctor Benito Hernando, 35 - Teléfono 181
GUADALAJARA

TALLER DE CARPINTERIA MECANICA

Luis González Casado

Calle de la Mina, 21

GUADALAJARA

FERRETERIA Y HERRAMIENTAS
BATERIA DE COCINA

RAFAEL NEGRILLO

D. Victor, 15 - Telefono 107

TOMELLOSO (Ciudad Real)

RELOJERIA - PLATERIA Y BISUTERIA
OPTICA

VIUDA DE LEOCADIO DIAZ DEL CASTILLO

Talleres y exposición: Roque, 1

TOMELLOSO (Ciudad Real)

BODEGAS DEL TAJUNA

ROMAN GARCIA ROMO

Fabrica de aguardientes - Almacén de vinos
y licores - Coloniales y productos del país
Ingeniero Mariño, 6 - Teléfono 24
GUADALAJARA

VICENTE PACHECO ROMAN

TOMELLOSO (Ciudad Real)

ROMAN ANGULO

Joyería - Relojería - Radio

Don Victor, 17 Teléfono 141 - TOMELLOSO

J U S T O P U L L A

Planchistería con soldadura autógena
Ingeniero Mariño, 35 GUADALAJARA

J E S U S A R C O

Bicicletas y accesorios

Cervantes, 18 GUADALAJARA

N U E V O B A R

Viuda de Antonio Lozano

Casa de viajeros GUADALAJARA

BAZAR DEHESA

Miguel Fluiter, 15 GUADALAJARA

PABLO DE LUCAS VILLAVERDE
Teléfono 90

Tejar de la Plaza de Toros-GUADALAJARA

A N T O N I O O R O Z C O

Teléfono 93

Belanque, 6 GUADALAJARA

Manuel Vara Tenacio

PANADERIA

Calle de la Iglesia, núm. 1

TORREJON DE VELASCO
(Madrid)

Víctor de Castro Hernández

PANADERIA

Calle de la Soledad

P A R L A
(Madrid)

Gregorio Bravo San José

TABERNA
VINOS Y LICORES

Plaza de España, núm. 18

TORREJON DE VELASCO (Madrid)

Esteban Navarro

TABERNA
VINOS Y LICORES

José Antonio, núm. 15

P A R L A (Madrid)

Lucio Velasco Ocaña CARNICERIA

José Antonio, núm. 28

P A R L A (Madrid)

Miguel Bermejo Ajenjo

COMESTIBLES
Generalísimo, 6
P A R L A (Madrid)

BAR ESPAÑA

ANICETO ALFONSO

Real, 10 - Teléfono 7

ALPEDRETE (Madrid)

BAR - RESTAURANTE

Estanislao Martín Casado

Plaza de la Pozuela, 19 - Teléfono 11

ALPEDRETE (Madrid)

Rafael Núñez y Cuñado

Molino de harinas "N. Señor Jesucristo"
Molino de aceite "San Antonio"
Cortijo Marqués

RIOGORDO (Málaga)

Francisco Martín Loeches

BAR - VINOS Y LICORES

Carretera de Loeches

TORREJON DE VELASCO (Madrid)

JOSE BUENO

Molino de harina "Nuestra Señora de Vélez"
RIOGORDO (Málaga)

LUCIA MARTIN MARTIN

Ultramarinos - Estanco - Pl de la Pozuela,
ALPEDRETE (Madrid)

OLIVARERA "SAN MIGUEL"

Fábrica de aceite de oliva y orujo
Av. José Antonio, 2 - **RIOGORDO** (Málaga)

EMILIO PASCUAL GODOY

Fábrica de aceite "San Antonio"-Iglesia, 15
RIOGORDO (Málaga)

DANIEL ESTEVEZ AVILA

Comestibles y carnicería - Red, 10 - Tel.
ALPEDRETE (Madrid)

JOSE LUIS MIGUEL

Taberna - Avenida de Franco, 30
GALAPAGAR (Madrid)

JULIAN CALLEJA

PANADERIA

Huertas, número 3

AZUQUECA
(Guadalajara)

BENITO GARCIA NAVARRO

PANADERIA

SESEÑA
(Toledo)

CLEOFÉ GAVILÁN GARCÍA

COMESTIBLES

Queipo de Llano, número 5

SESEÑA
(Toledo)

PEDRO MEJIAS NAVARRO

BAR - SALON DE BAILE

Plaza de Bayona

SESEÑA
(Toledo)

AYUNTAMIENTO DE VILLASECA
(TOLEDO)

COLABORACION PRO CULTURA
DE ESPAÑA

ENRIQUETA REDONDO

FERRETERIA

Plaza, s. n.

BOROX
(Toledo)

MARIANO RUIZ PORTALES

CARNICERIA

Plaza de la Iglesia

BOROX
(Toledo)

CRESCENCIO SANCHEZ MATEO

TABERNA, VINOS Y LICORES

General Franco

BOROX
(Toledo)

LUIS NAVARRO

TEJIDOS Y PAQUETERIA

Don Segundo, s. n.

BOROX
(Toledo)

ALEJANDRO GARCIA HERNANDO

TABERNA, VINOS Y LICORES

Santa Barbara

ESQUIVIAS
(Toledo)

MATIAS MARTIN MATEO

TABERNA - BAR

Capitán Miñano

ESQUIVIAS
(Toledo)

JACINTO HERMIDA

VINOS Y LICORES

Capitán Miñano

ESQUIVIAS
(Toledo)

JULIO GONZALEZ SANCHEZ

VINOS Y LICORES - BAR

Barranco Grande, 1

ESQUIVIAS
(Toledo)

FELIPE PEREZ FERNANDEZ

PANADERIA

Queipo de Llano, 20

ESQUIVIAS
(Toledo)

JUAN MANUEL SANCHEZ

ULTRAMARINOS

Cuesta del Carril

ESQUIVIAS
(Toledo)

VICENTE LOPEZ MARTIN

Comestibles - Plaza Bayona

SESEÑA

(Toledo)

VIUDA DE LAFONT

Ferreteria - General Vives, 3

AZUQUECA

(Guadalajara)

AYUNTAMIENTO DE MECO (MADRID)
COLABORACION PRO CULTURA
DE ESPAÑA

TEJIDOS Y PAQUETERIA
JOSE SANCHEZ FRESNO

Ave Maria, 4

M E C O
(Madrid)

Guillermo Martín Miguel

TABLAJERIA

Plaza Imperial, 6
GALAPAGAR
(Madrid)

CAFE ECONOMICO
Calixto Berrueca

GALAPAGAR
(Madrid)

BAR
Telesfora Graciano Prá

VIUDA DE CASTRO
Plaza de la Maja
GALAPAGAR
(Madrid)

PIENSOS Y CEREALES
Aurelio Martínez Andrés

Plaza Imperial, 5
GALAPAGAR
(Madrid)

BAR "LOS CLAVELES"
Alejandro Sánchez Sáenz

Luis F. Moreno, 1 - Teléfono 2
TORREJON DE ARDOZ
(Madrid)

PANADERIA
Domingo Gallego Bravo

Avenida de Franco, 23
TORREJON DE ARDOZ
(Madrid)

CARNICERIA
Victoriano Marcos Gómez

Mayor, número 31

M E C O
(Madrid)

CARNICERIA
Gregorio Martínez García

M E C O
(Madrid)

PANADERIA
Antonio Rubio Miguel

Calle de los Cantos
GALAPAGAR
(Madrid)

TAHONA MECANICA
Justo Zamorano Zamorano

Plaza de la Maja, 1
GALAPAGAR
(Madrid)

PIENSOS Y CEREALES
Mariano Escohotado

Avenida de Franco, 5 - Teléfono 16
GALAPAGAR (Madrid)

PANADERIA
Francisco del Campo Burgos

Fraguas, 6
TORREJON DE ARDOZ
(Madrid)

VINOS Y LICORES
Félix López Yagüez

Avenida de Franco, 6
TORREJON DE ARDOZ
(Madrid)

PANADERIA
Telesforo Damián Delgado

Allende Salazar, 32
TORREJON DE ARDOZ
(Madrid)

V. MONTES
Sastrería - Teléfono 17690

Plaza de Herradores, 8 MADRID

MANUEL LLOREDA CHICHARRO

Sastre - Teléfono 23763

Mayor, 31 MADRID

CESAREO RODRIGUEZ
Sastre

Mayor, 33, entresuelo MADRID

JUAN LUCAS E HIJO
Sastres - Teléfono 23383

Mayor, 37, pral. MADRID

PENSION ZAMORANA

(Junto a Gran Vía)

Dirigida por Manuel García Domínguez

Tudescos, núm. 7

M A D R I D

SASTRERIA Y CONFECCIONES
Caballero y niños

ASTERIO GONZALEZ

Plaza de Cascorro, 22 - Teléfono 73422

M A D R I D

C A M I S E R I A

C L U B

Príncipe, núm. 1

Teléfono 14107

M A D R I D

JOSE VILLACAMPA

S A S T R E R I A

Bordadores, 3, pral. - Teléfono 24019

M A D R I D

PENSION HESPERIA

TODO CONFORT

Aguas corrientes - Cuartos de baño

Calefacción - Ascensor - Tel. 25153

Avda. de José Antonio, 56, 2ª dcha.

M A D R I D

SASTRERIA

DIEZ RIVAS

Últimas novedades en géneros del país
Vestidos-Abrigos (Se admiten géneros)
Avenida de José Antonio, 33 - Teléfono 14631

M A D R I D

S A S T R E

A. POLO

Mayor, 11, 1ª dcha. - Teléfono 23243

M A D R I D

Pensión CASTILLO

COCINA DIRIGIDA POR SU DUEÑO

Precios módicos - Calefacción - Baño

Arenal, 23 - Teléfono 11091

M A D R I D

S A S T R E

R. ARIAS

Arenal, 16 y 18, entlo.

Teléfono 11483

M A D R I D

SASTRERIA

E. GARCIA

Caballero-Señora-Uniformes-Hechura fina

Preciados, 37, 1ª dcha.

M A D R I D

SASTRERIA

RICARDO

Señoras - Caballeros - Uniformes

Leganitos, 17, entlo.

M A D R I D

SASTRERIA

S. OJALVO

Caballeros - Señoras

Tetuán, 26, 1ª - Teléfono 12520

M A D R I D

Viajeros

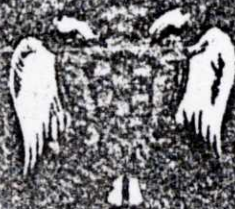
LA CASTELLANA

M A R I A G A R C I A

Viuda de Encinas

H.-PENSION VIGO

Habitaciones individuales - Sitio céntrico
Cuartos de baño - Ascensor - Tranvía y
Metro en todas direcciones - Agua corrien-
te caliente y fría-Excelente cocina-Tel. 26292



Precio: 8 ptas.